

EXODO



Cesar M Zabala

Éxodo

Hacía un día precioso en Ribadesella. El cielo estaba azul, el mar en calma, y todo presagiaba una buena travesía. El Porfina estaba siendo cargado con lo necesario para la expedición.

Juan, diseñador del buque, Silvia, bióloga investigadora, y Pedro, el capitán, estaban llenando de víveres la bodega y haciendo las últimas comprobaciones técnicas para asegurarse de que todo estaba en perfecto estado.

Con solamente una tripulación de tres personas, hecho a medida para este trabajo, el Porfina parecía más una mezcla de catamarán y plataforma flotante de esas que se ponen en algunas playas como entretenimiento para los turistas que un barco.

En la parte interior tenía una especie de piscina, un hueco de unos diez por diez metros que daba directamente al mar, por donde sería descolgado un batiscafo prácticamente esférico de unos cinco metros de diámetro. Toda esa parte interior estaba cubierta —de esa forma se podía caminar sobre ella— por una superficie metálica que se abría hacia arriba en forma de dos puertas. En cada una había una forma semicircular de manera que al estar cerradas completaban un círculo por donde podía introducirse parte de la forma esférica del ingenio, quedando así perfectamente asentado para la travesía. Una grúa móvil que lo depositara en el mar hubiera requerido mayor complicación y presupuesto, ya que para que la embarcación no se desestabilizara moviendo ese peso debería haber sido bastante mayor. Por ello Juan optó por construir la grúa fija en la estructura del barco y mucho más sólida de lo necesario. Para sumergir el batiscafo sólo había que elevarlo unos metros, levantar las puertas —la plataforma del suelo— y dejarlo descender.

No había una actividad frenética. Se trabajaba con rapidez, pero sin prisa. Como deben hacerse las cosas importantes.

Silvia llegaba con una gran caja de botes de conservas en los brazos al barco, donde la esperaba impaciente Juan:

—Date prisa, Silvia. Estas últimas dos horas me están pareciendo semanas.

—Tranquilo, Juan. Disfruta. Después vas a tener muchas horas para que se te hagan largas —bromeó.

* * *

La doctora en biología marina Silvia González llevaba varios años preparando esta investigación con su amigo. Se trataba de calamares gigantes. Esos seres que misteriosamente estaban apareciendo muertos en algunas de las costas del planeta. Esos seres que hasta que no se dejaron ver por algunas de nuestras playas, muchos no creían que fueran más que viejas historias de marinos. Pero estaba claro que la presencia de los cadáveres demostraba su existencia. Nadie sabía con certeza el tamaño que podría llegar a tener un ejemplar vivo, porque los estudios realizados a las piezas encontradas, de hasta doce metros de longitud, daban a entender que no estaban ni siquiera en su etapa de pleno desarrollo. No eran leyendas. No eran historias de viejos marinos que hubieran tomado forma en sus mentes después de alguna fuerte tormenta... o después de muchos años en la mar. No eran monstruos marinos. Eran... calamares. Ni más, con todo lo que a aquellos de desbocada imaginación pudiera desilusionar, ni menos... con lo que puede significar la existencia de unos seres tan espectaculares.

Ahora, estaban cargando la embarcación para comenzar la expedición. El momento que tanto habían esperado. Ya no era un plan para el futuro. Era real... e inmediato. Los recuerdos de los últimos meses se le agolparon a Silvia en la cabeza. Recordaba con claridad, como si hubiera sido el día anterior, cuando consiguió por fin los fondos necesarios para sufragar los gastos.

—Esta investigación es muy importante, Alfredo. Le aseguro que incluso puede repercutir en beneficios económicos para las poblaciones costeras.

—No lo dudo ni por un momento, Silvia —repuso Alfredo Herranz, encargado de los fondos monetarios para la investigación marina española—, pero nos jugaríamos prácticamente todo el presupuesto que tenemos en una sola empresa.

—Bueno —dijo Silvia con suavidad—, quizá sea mejor hacer algo bien cada año que no diversificar siempre los fondos tanto de forma que nunca se pueda realizar ninguna investigación lo suficientemente seria en ningún campo.

—Si a mí personalmente me parece estupendo. Lo que ocurre es que yo soy el responsable de un dinero que no es mío, ¿entiende? Se juega mucho en esta... — tardó un momento en elegir la palabra, como si fuera a decir locura— expedición, Silvia. Si los fondos pertenecieran a cualquiera de esas grandes empresas que siempre están a la caza de beneficios, posiblemente lo tendría más fácil.

—Son esas empresas las que precisamente no quieren saber nada. Sobre un descubrimiento ya palpable, es posible que realizaran alguna inversión si con ello estuvieran seguros de ganar algo. Pero para esto, a lo que después habría que buscar una utilidad, “es tirar el dinero” —dijo Silvia recordando las palabras exactas que le contestaron cuando fue a pedir subvenciones a empresas privadas.

—¿No acaba de decir que podría repercutir en beneficios?

—Sí... para la gente que vive en la costa. No para una empresa.

—De acuerdo —Alfredo se levantó del sillón de su despacho y se colocó detrás de Silvia, espalda contra espalda, mirando hacia la puerta—. Vamos a ponernos en el peor de los casos. ¿Qué ocurrirá si no se consigue nada y queda perdida toda la inversión?

Silvia quedó en silencio unos segundos, para finalmente contestar con aire de resignación:

—Será la forma de saber que para la próxima vez necesitaremos más fondos —mientras Silvia hablaba, Alfredo pensó en la gracia que tenía lo que acababa de sonar en esos labios finos y bien formados: más fondos... para investigar los fondos—, porque posiblemente necesitemos permanecer más tiempo en las profundidades, o incluso descender más.

Alfredo estaba dubitativo mirando la puerta como si pudiera ver a través de ella. Silvia buscó su mirada en espera de una respuesta, y al volver la cabeza hacia él su media melena morena y lisa se expandió como si fuera una medusa. Todo en ella parecía marino. Desde pequeña, cuando acompañaba a su padre a la playa, todo le gustaba del mar: el olor, el color, la grandeza... pero sobre todo le llamaba con mucha fuerza lo que no podía ni ver ni tocar ni oler. El fondo. Lo submarino. Lo misterioso. Esa gran parte del planeta donde se creía que había comenzado

todo. El origen de la vida. Y ella estaba dispuesta a demostrar que es mucho más importante conocer nuestros orígenes antes de lanzarse al espacio a ver lo que se encuentra fuera. ¿No es más lógico conocer tu propia casa antes de ir a conocer la del vecino? ¿Y conocer tu ciudad antes de salir a conocer otra? Tenía la sensación de haber estado toda su vida trabajando para este momento. Y, al parecer, todo dependía de que una única persona decidiera darle los fondos necesarios.

Quizá la única oportunidad de su vida para hacer las cosas como ella quería.

—Si encuentra... —dijo Alfredo sacándola súbitamente de sus recuerdos— ... si encuentra esos calamares, si logra grabarlos en vídeo... —permaneció en silencio un momento que se hizo eterno— ¿de qué servirá exactamente?

Silvia se quedó por un momento paralizada, sin palabras. ¿Acaso éste era el plan para rechazar su propuesta?

—¿Que de qué servirá? —pensó— ¿Cómo puede hablar en serio? ¿De qué sirve saber que Andrómeda está a dos millones de años luz? ¿De qué sirve saber que los orígenes del hombre se remontan a millones de años? ¿De qué sirve saber? El conocimiento es avance. El avance es evolución. Y la evolución nos lleva por el camino de una continua mejora. Necesitamos mejorar... en muchos aspectos. Y mucho. ¿Acaso no está claro?

—No me puedo creer —dijo molesta— que me haga esa pregunta, cuando muchos de los descubrimientos científicos han sido en gran parte inservibles hasta que otra persona se ha aprovechado de ellos para un avance posterior. En principio se busca conocimiento—hizo una pausa deliberada—. Después es cuando se pueden establecer relaciones con otros conocimientos. ¿Dónde cree que estaríamos si nadie hubiera hecho el primer e *inservible* descubrimiento? —había algo de burla en su negra e intensa mirada—. ¿Para qué le sirvió al matrimonio Curie investigar la radioactividad? ¿Sólo para morir? —dijo tras una pausa—. Casualmente eso sirvió para salvar muchas vidas posteriormente.

—Nuestro triunfo como especie —continuó— es que nos podemos aprovechar de todos los conocimientos anteriores, ¿no es así?. El saber es nuestra mejor herramienta. El mejor invento. ¿Me pregunta que de qué servirá la expedición si tiene éxito? Servirá —dijo recalcando las palabras— para saber. Para aprender. ¿Es que eso le parece poco?

Lógicamente, de salir bien el proyecto, tenía posibilidades de servir para algo más. Él lo sabía. Ella también. Pero Silvia no quiso hablar de dinero en lo que consideró su última argumentación. El avance de los conocimientos le parecía que tenía mayor importancia en este momento, ya que era a lo que realmente había dedicado su vida.

Alfredo continuaba cerca de la puerta aparentemente mirándola. La estancia quedó en silencio. Si sus palabras habían hecho efecto o no, lo sabría pronto. De momento, sólo cabía esperar.

Esperar...

Si la investigación tenía éxito, era muy posible que todos los pueblos pesqueros de gran parte del Cantábrico pudieran vivir mejor —por el aumento de las capturas—, y ese tanto político sería para él. Un logro en la mejora de la economía no es algo que cualquiera pueda realizar en un puesto de paso como el suyo. Y además...

—De acuerdo —dijo Alfredo dándose la vuelta hacia ella después de lo que pareció medio siglo—. Voy a recomendar al consejo la aprobación de su proyecto.

Una luz apareció por dentro de los ojos de Silvia, y a punto estuvo de verse a través de esa bonita sonrisa que desplegó. Tenía muy bien llevados los treinta y seis. Con una bonita figura, sin exceso de un gramo en su peso pero sin ser delgada. Era atractiva. Muy atractiva. Alfredo intentaba centrarse únicamente en el proyecto, pero era difícil.

—Y espero —dijo mirándola a los ojos con lo que parecía una sonrisa— por el bien de los dos, que no comprobemos esa mayor necesidad de fondos de la que hablaba.

—Quizá hagan falta —contestó Silvia con ilusión— porque lo consigamos y necesitemos bajar de nuevo —como buena comunicadora que era se había dado cuenta hacía tiempo de que utilizar la primera persona implica más a la que se tiene enfrente. Así hacía partícipe a Alfredo del posible descubrimiento, involucrándole y motivándole más a colaborar.

—Ojalá Dios la oiga —se le acercó con la mano extendida a modo de aprobación y a la vez de despedida.

—Desde allí abajo no lo creo —pensó Silvia.

Silvia, al igual que sus padres, no era creyente. No lo había sido nunca, pero no contradecía este tipo de comentarios porque sabía que no tenía nada que ganar y posiblemente mucho que perder en algunas ocasiones... Si lo hubiera hecho se habría dado cuenta de que sólo fue una frase hecha que Alfredo utilizó sin pensar demasiado, pero la tensión del momento no la dejaba estar todo lo relajada que quisiera. Tenía que convencer a Alfredo de que le concediera la subvención, y éste era el momento culminante de mucho tiempo de trabajo.

Sin embargo, a pesar de que Silvia era una persona tranquila, se notaba extrañamente nerviosa por algo que no sabía identificar muy bien.

Se levantó hacia él con la mano extendida, y se produjo en silencio un cálido apretón de manos mientras ambos se miraban a los ojos. Parecía como si en la estancia hubiera algo más que un acuerdo económico.

—Seguro que no se arrepentirá, Alfredo.

Alfredo. Su nombre, sin saber por qué, le sonó dulce en labios de aquella mujer. Sintió un bienestar inexplicable. Sus manos continuaban estrechadas...

—Estoy seguro de ello. Ya tengo ganas de volver a verla y de que me cuente cómo ha ido la expedición.

—Bueno... todavía hay que construir...

—Téngame al tanto, por favor.

—Lo haré.

—Podría ser fuera de aquí, dando un paseo —estuvo tentado de decir Alfredo. Pero sabía que eso podría parecer que los fondos habían sido concedidos por motivos personales, y eso no era así... aunque en realidad sí notaba en su interior un motivo personal que le impulsaba.

—Quizá... quiera seguir de cerca el proyecto —dijo ella sin saber muy bien por qué.

—Quizá. Si eso es un ofrecimiento, no dude de que me pasaré a menudo por el astillero para ver cómo va todo.

—Sí lo es. Me refiero a que sí es un ofrecimiento. Espero verle por allí.

Las manos continuaban estrechadas.

—Pues... nada —dudó Alfredo—. Nos veremos, entonces.

—De acuerdo —dijo Silvia separando la mano como algo desorientada—, hasta la vista... y gracias. Muchas gracias.

Rodeó a Alfredo, que no se movió, para ir hacia la puerta que se encontraba detrás. La abrió con suavidad, y antes de cerrarla lo miró por última vez. Aún permanecía mirando hacia el despacho de espaldas a la puerta.

—Muchas gracias. No se arrepentirá —repitió de nuevo como última despedida.

Alfredo estaba paralizado, como si dos polos de una corriente hicieran contacto en él. No pudo contestar. No pudo hablar.

Silvia cerró con suavidad la puerta, y mientras caminaba por el pasillo dirigiéndose hacia la salida se le iluminó la cara, radiante. Sabía perfectamente que exponer la idea al consejo era solamente un mero trámite. Su excusa política por si acaso no lograban el objetivo. Estaba claro. Ante un fracaso, el consejo había aprobado el proyecto. Ante un triunfo, él se llevaría el mérito. Y él estaba de acuerdo. “De acuerdo”, pensó casi en voz alta. Cogió aire en los pulmones como si fuera la primera vez que lo hacía. “¡Lo hemos conseguido! Podremos comenzar la construcción del *subático*. Cuando se lo diga a Juan...”.

De pronto un recuerdo la devolvió a unos minutos atrás. Alfredo se había quedado allí de pie... sin moverse. Silvia no sabía muy bien por qué, pero notaba algo en su interior que parecía compartir con él..., y una extraña sensación la embargó.

Se bajó de su coche intencionadamente despacio, intentando controlar la emoción que sentía. Pulsó el botón del cierre a distancia al lado mismo del coche en lugar de hacerlo ya mientras se alejaba, como hacía habitualmente. Al darse la vuelta se fue acercando despacio hacia donde se encontraba Juan, pero desde que lo vio en la distancia aceleró el paso, como si ésta fuera tanta que nunca fuera a recorrerla. Juan sólo tuvo que verle la cara para saber que todo había ido bien.

Era un hombre alto, fuerte y de rostro afable. Se conocieron en la facultad,

aunque él era algo mayor que ella. Y prácticamente desde que terminaron los estudios tuvieron la misma ilusión en mente. Conseguir ver alguna vez en su entorno natural a uno de esos seres que fascinaban tanto a sus descubridores en las arenas de las playas como a aquellos que se acercaban a contemplar sus restos al museo del calamar de Luarca. ¿Era posible que criaturas así deambularan por las profundidades de los mares? ¿Qué tamaño podrían llegar a tener aquéllas que nunca habían sido vistas? Desde pequeño, cuando iba con su madre a la playa y veía esas criaturas gelatinosas tan graciosas tiradas por la arena tuvo la curiosidad de saber cómo eran en el agua, en su medio. Y por qué eran venenosas. Y por qué se quedaban tiradas en la arena. Fue casi por instinto dedicarse a la ingeniería naval, con el sueño de fabricar un vehículo capaz de conseguir su propósito: poder observar la vida marina tal como es. Al natural. Pero a mucha más profundidad de la que siempre había visto en los documentales de televisión que recordaba de cuando él era pequeño.

Fue su proyecto de fin de carrera. Un diseño sin precedentes en el que una persona podía descender hasta los diez mil metros de profundidad y permanecer allí durante una semana completa. El trabajo fue excelente, la nota fue excelente, pero como muchas otras veces todo quedaba en el papel hasta poder disponer del suficiente dinero para su construcción. Y era mucho. Es difícil encontrar a alguien que esté dispuesto a realizar una inversión de tal envergadura.

Sin embargo ahora, con un poco de suerte, podía ser el momento. Últimamente habían aparecido varios ejemplares más de esos calamares que querían investigar, y con la escasez de pesca que se iba notando en los últimos años decidieron aprovechar la circunstancia política. Había alguna posibilidad de que debido a cambios de temperatura que se habían registrado en los últimos meses, estos animales se alimentaran más cerca de la superficie acabando con la mayoría del pescado que se encontraba por esa zona. También existía la posibilidad de que estos animales estuvieran siendo afectados por las ondas de frecuencia media que utilizan los barcos para exploraciones geológicas, dañando éstas su sistema circulatorio, nervioso y auditivo —terminando por ello muertos y siendo arrastrados por las corrientes hacia las playas—. Aunque sin demostrar, Juan y Silvia no querían hacer mucho hincapié en esta teoría por miedo a la reacción de los pescadores, que de enterarse de que con un simple “aparato de ondas” podrían terminar con aquéllos que les estaban “robando” el sustento, nadie podría impedir una matanza a gran escala. Una investigación de los acontecimientos recientes unida a la de los seres que posiblemente estaban diezmando la pesca —sólo se trataba de una teoría—, podría aportar quizá alguna solución a la cada vez más complicada economía de los pescadores.

Todo esto sirvió de medio impulsor a Silvia y a Juan. Ella podría investigar la vida de esas criaturas, y él podría investigar las profundidades.

Pocos lugares son idóneos en el mundo para realizar el estudio de los calamares gigantes. La mayoría se encontraban al otro lado del globo. Pero uno de ellos... estaba aquí mismo. Cerca de Asturias, aproximadamente a dos horas y media de navegación —a unas veinte millas de Ribadesella— se encuentran unos caladeros —Las Tiberas, La Felguera, La Estrella, El Garrucho,...— de mucha profundidad. De entre ellos, el caladero de Carrandi fue el elegido para esta operación debido a su gran profundidad, ya que se aproximaba a los cuatro mil metros de fondo.

Esta zona ya fue elegida para lo mismo hace tiempo. La “operación Kraken” —así llamaban los antiguos marineros alemanes a este *monstruo* de tentáculos gigante—, intentó filmar a estos seres en su entorno natural.

Pero ahora se contaría con una tecnología no utilizada anteriormente.

Cuando Silvia se encontraba ya a unos pocos metros de Juan, éste avanzó a su vez hacia ella levantando lentamente los brazos. Sin mediar palabra, se dieron un gran abrazo, emotivo, desbordando sentimientos de muchos meses acumulados. Permanecieron así un buen rato hasta que se separaron, todavía ambos con las manos en los hombros del otro.

Fue Juan el primero en hablar.

—¿No te lo dije? Si en algún momento había de suceder, era éste.

Silvia, emocionada, no pudo contestar. Volvieron a abrazarse, como lo hacen dos amigos que saben la gran oportunidad que se les presenta.

—Ahora queda lo más laborioso —dijo Silvia sin poder retener unas lágrimas de emoción—. Se me va a hacer eterno.

—Sí. El tiempo va a pasar ahora muy rápido y despacio a la vez.

Y así fue. Planos, proyectos, realizaciones, construcción... Toda una serie de trabajos muy minuciosos y laboriosos que hacen que el tiempo se acorte, que siempre parezca no haber suficiente... e ilusión. Mucha ilusión. Lo que hace del

tiempo algo relativo, alargándolo, y que los días no pasen lo suficientemente rápido como para ver los sueños cumplidos.

Pero aquél día parecía ya muy lejano en la memoria. Ahora, mientras Silvia bromeaba con Juan acerca de lo largas que se le harían las horas de espera, se encontraban cargando material para la partida.

Había llegado el día tan esperado.

* * *

—En eso tengo que darte la razón —dijo Juan mientras continuaba cargando víveres en el barco—. Es muy posible que la semana que estés allá debajo me parezca un año.

—O más —bromeó Silvia.

—No tiene gracia, ¿eh? —Juan se paró en ese momento, fingiendo un gesto de enfado—. Todavía no sé por qué vas a descender tú y yo me tengo que quedar arriba sufriendo.

—Sí, hombre. Finge. Yo no te importo. En realidad tú no sufres por lo que me pueda pasar sino por no poder bajar primero.

—Nunca he tenido suerte en los sorteos.

—De lo que me alegro, porque así me tocó a mí. Así que después de esperar varios años, lo mismo podrás esperar una semana más.

—Si lo sé hubiera diseñado el “subático” para dos personas —entre ellos lo llamaban así por la idea de tener un “ático con vistas submarinas”.

—Claro. Sólo tendría que haber pedido el doble de presupuesto —miró hacia arriba, como quien intenta hacer una cuenta de memoria— ... no, espera. Con que nos hubieran dado el de dos años ya lo tendríamos resuelto.

—No te rías, encima —dijo Juan mientras reanudaba la tarea de embarcar víveres—. Si me hubiera tocado a mí, te volverías loca esta semana.

—De eso estoy segura.

—Además —añadió guasón—... seguro que Alfredo hubiera estado encantado de concederte los fondos de varios años.

—No digas eso...

—Habérselo preguntado cualquiera de los días que ha venido para... “supervisar” —dijo con retintín.

Silvia sintió algo extraño. Habían pasado ya varios años desde la reunión que tuvo lugar en aquel despacho, y sin embargo tenía la sensación por una parte de que no hubieran transcurrido más que unos días, y por otra de que fuera un hecho tan lejano en el pasado como... la revolución francesa. Se habían visto en numerosas ocasiones, porque él había estado al tanto de todo el proyecto con visitas casi semanales, lo que agradó bastante a Silvia. Pero al recordar aquél día, en el despacho, notó algo que no sabía muy bien qué era.

No hacía ni dos días que había vuelto a hablar con él:

—El proyecto ya está listo, Alfredo. Pensé que le gustaría saberlo.

—Muchas gracias, Silvia —se recreó pronunciando el nombre—. Esperaré impaciente noticias tuyas. ¿Saben ya el día de partida?

—Sí, claro. Mañana mismo.

—De acuerdo, pues. Que tengan mucha suerte.

—Sí...y que sea de la buena —estuvo tentada de decir, pero prefirió no bromear con un tema tan serio.

Silvia se dirigió hacia la furgoneta donde tenían las mercancías para recoger otra caja. Cuando iba a coger una vio, a través del cristal delantero de la furgoneta, acercarse un coche hacia ellos. “¿Quién será? Aquí no permiten la circulación, pensó”. El vehículo se detuvo a dos o tres metros de donde estaba ella, y paró el

motor. Pudo ver a través de la ventanilla la cara de Alfredo, que se bajó lentamente del coche y se quedó allí de pie con una mano apoyada en la puerta:

—Hola, Silvia.

—Buenos días, Alfredo —una sensación de intranquilidad la embargó. ¿Ocurría algo?

—¿Quiere... quiere que le ayude a cargar cajas?

—¿A cargar cajas? No me diga que ha dejado sus asuntos de oficina para venir al muelle a cargar —pensó Silvia.

—¿Cargar cajas? —es todo lo que se le ocurrió decir en ese momento—. ¿Ha venido a eso?

—No, no. Claro que no —respondió azorado—. En realidad he venido para... desearle que sea muy buena.

—¿Eh? —preguntó extrañada sin estar segura de haber entendido bien.

—¡Para desearte porque estás muy buena! —exclamó Juan acercándose por detrás asustándola. Cogió otras dos de las cajas que había y se encaminó hacia el barco. Y si no tuviera buena vista, bien pudiera haber cogido a Alfredo, ya que en ese momento parecía una caja de tomates.

—Perdónele —dijo Silvia ruborizada—. Siempre está de guasa.

—Por lo que sé, no es el único.

—¿El Único? No. En realidad, hay muchos como él en otros universos.

—¿Cómo? —Alfredo hizo una extraña mueca.

—El... “Único” —parecía más una disculpa por la broma que una explicación—. ¿No has visto la película?

—Pues... no.

—Da igual. Déjalo —sacudió la mano al aire dando a entender que era una bobada—. ¿Para desear qué? —interrogó retomando la conversación.

—¿Te das cuenta de que después de tanto tiempo me acabas de tutear?

—Lo... lo siento. No me he dado cuenta.

—No. Si me ha gustado. La verdad es que lo prefiero. Es menos formal, y... lo cierto es que lo podríamos haber hecho desde hace mucho.

—De acuerdo entonces. ¿Para qué *dices* que has venido?

—Para desearte —hizo énfasis en el tuteo, y posiblemente también en el verbo—... que sea muy buena. Ya sabes... la suerte.

—¡Ah!... —miró para arriba como despistada, lo que le daba una expresión muy bonita—, he estado lenta, perdona. Gracias, muchas gracias; aunque... de todas formas nunca viene mal una ayuda —dijo resueltamente mirando las pocas cajas que quedaban.

—Eso está hecho.

Cogieron sendas cajas y se encaminaron hacia el barco. A estas alturas un paseo al lado de ella era como una recompensa para Alfredo, ya que hasta que no concluyera la investigación no consideraba profesional ni ético pretender intimar.

—Y... ¿no tiene... tienes nada que hacer? No me malinterpretes —se apresuró Silvia a decir antes de parecer mal educada—. Es que se me hace extraño que con todos los quehaceres que supongo tendrás, pases por aquí sólo para desearnos buena suerte —Silvia era consciente de que Alfredo se había referido a ella concretamente, y no a todos.

—¿Os habéis enterado de lo de los japoneses?— comentó Alfredo distraídamente.

—¿De eso se trata? ¡Acabáramos! —pensó molesta.

Hacia unas semanas, un equipo de japoneses del Museo Nacional de la Ciencia de Tokio, siguiendo a un grupo de cachalotes —son los depredadores naturales de los calamares gigantes— por el pacífico, cerca de las islas Ogasawana, habían suspendido un cebo con una cuerda a novecientos metros de profundidad. Instalaron en ella una cámara, y con ella consiguieron hacer más de quinientas fotografías de un calamar gigante, que después de morder el cebo, tardó cuatro horas y cuarto en librarse del anzuelo perdiendo un tentáculo de cinco metros y

medio en el empeño.

—¿Cómo no voy a saberlo? —reprochó—. Se publicó en la “Proceedings Of The Royal Society” la semana pasada.

—¿Y eso puede... perjudicaros en algo?

—¡Claro que no! —sentenció Silvia—. Si nuestro proyecto sale como está planeado, no tendremos fotografías; tendremos mucho más, y... —su cara adoptó una expresión agria— sin necesidad de “pescarlos”. Comprendes la diferencia, ¿verdad?

—Sí, sí, claro que sí —“no tenía que haber sacado el tema, pensó”—. Ya me doy cuenta de que esta expedición quiere averiguar no sólo cómo son, sino también cómo viven, por qué están subiendo a la superficie a comer si es que lo hacen, y por qué están muriendo en estas extrañas circunstancias. Y..., dentro de lo posible, ayudarlos. Tengo muy claro el fin de la investigación, Silvia. Yo... sólo ha sido un comentario. No tenía intención de...

—¿Qué tal el paseíto? ¿Relajante? —les interrumpió Juan con un poco de retintín viendo lo despacio que se acercaban.

—Veníamos hablando de los japoneses —dijo Silvia.

—¡Ah! —exclamó, y añadió—: Nada por lo que preocuparse, ¿verdad?

—Verdad —cortó Silvia un poco seca.

Por un momento se quedó ensimismada, pensando en el porqué de la visita de Alfredo de última hora. ¿Solamente habría venido para...?

—¡Silvia! ¡Hola...! —casi gritó Juan.

—¿Eh? —contestó aturdida saliendo de sus pensamientos.

—¿Qué te pasa? Dame la caja, anda, que yo la subo —dijo desde la borda.

—Sí... sí, claro.

Le entregó la caja, y volvió con Alfredo hacia la furgoneta a por la última caja que quedaba.

—Alfredo... —comenzó a hablar dudando— ¿te puedo hacer una pregunta?

—Claro —suspiró aliviado notando el cambio de tono de Silvia.

—¿Has venido para saber si la misión corre peligro por el descubrimiento de los japoneses? —un extraño nerviosismo invadió a Alfredo. “Qué directa, pensó” —. Porque si es así... con una llamada lo habrías solucionado, ¿no?

—Sí, sí. Quiero decir... no —se excusó con bastante torpeza—. No he venido para hablarte de los japoneses. —“En buena hora saqué el tema para entablar conversación con algo que creía le iba a interesar...” — He venido...

Se quedó un momento pensativo.

—¿Para? —preguntó Silvia viendo que no acababa.

Se detuvieron al lado de la furgoneta, en silencio.

—¿Para desearme suerte? —pensó— ¿Y qué más? Si tú a mí también me gustas, bobo...

—Bueno —dijo algo malévola cogiendo la última caja que quedaba—, pues entonces... todo dicho. Muchas gracias.

—Que vaya todo bien. Llámame —dijo Alfredo paralizado por la contradicción entre sus sentimientos y su trabajo.

—Cuando vuelva. Y te cuento todo.

—De acuerdo.

—¿Cenando? —lo miró de una forma que a punto estuvo de sonrojarle.

No pudo contestar, pero hizo un gesto afirmativo. Silvia también asintió con la cabeza mirándole, y se dio la vuelta encaminándose hacia el barco.

Un encargado pasaría después a recoger la furgoneta, de modo que se quedó allí con las llaves puestas. Quieta. Esperando.

Igual que Alfredo.

Al embarcar por fin con la última de las cajas, soltaron amarras y zarparon rumbo a su destino: el caladero de Carrandi.

Llevaban tres horas y cuarto de navegación.

El sol continuaba luciendo espléndido. El mar continuaba en calma — incluso en demasiada calma para tratarse del Cantábrico.

—No podíamos haber tenido mejor día. Ojalá dure este tiempo toda la semana.

Silvia miraba hacia su punto de destino como si pudiera ver algo que no estaba al alcance de la vista. Con la mirada entre impaciente y soñadora respondió a Juan:

—Sí.

—Estamos prácticamente a cinco minutos del punto establecido —casi gritó Pedro desde la cabina de mando—. Ya tiene que verse.

Sabían que no estaba marcado con nada —alguna boya o señal visible—, por lo que el ver una “parcela” de mar venía a ser poco menos que una frase hecha. Pero Silvia llevaba ya un rato mirando como si lograra adivinar en qué lugar exacto se encontraba ese punto.

El sistema de GPS les proporcionaba una ubicación única para detenerse, aunque no podrían anclar la embarcación debido precisamente a que el lugar elegido tenía una gran profundidad.

El Porfina estaba diseñado con gran precisión para este trabajo. Contaba con cuatro motores de gran potencia, que al igual que los del Queen Mary-2 podían girar sobre sí mismos.

El Queen Mary-2 es un gran trasatlántico concebido para no necesitar remolcadores, ya que sus motores —más de los convencionales— pueden girar casi trescientos sesenta grados en sentido horizontal, de manera que puede desplazarse de lado.

Y hacía mucho tiempo que esta idea le pareció estupenda a Juan para su proyecto: un navío que pudiera desplazarse hacia cualquier dirección —en un sentido o en otro— en cualquier momento, con la rapidez necesaria como para contrarrestar vientos cambiantes o corrientes marinas.

Cuando finalmente se encontraran en el punto elegido, estos motores que llevaba el Porfina —uno en cada esquina de la plataforma— se encargarían de mantener mediante el GPS a la embarcación en el mismo lugar durante las más de dos semanas que duraría la operación con un margen de error de unos treinta centímetros.

Más que suficiente para conseguir una buena verticalidad entre las sujecciones del batiscafo y la plataforma. Y en este trabajo esto era de vital importancia, ya que tenían previsto descender entre tres mil y tres mil quinientos metros de profundidad, y se necesitaba una gran estabilidad para que Silvia —que sería la primera en descender— no se zarandeara como un péndulo, con lo que todo el trabajo podía irse al traste.

—¡Chicos! ¡Hemos llegado! —gritó Pedro deteniendo los motores.

La vibración de los motores cesó. Todo quedó en silencio. De repente sólo se oía el chapoteo del mar contra la embarcación. Una sensación extraña embargó a Silvia: era como si se hubieran detenido en medio de un lago.

Pedro salió de la cabina, y se dirigió a Juan:

—Te dejo los honores —dijo haciendo como un pase de torero hacia la cabina.

—Muchas gracias, caballero —continuó Juan la broma haciendo un ademán de quitarse el sombrero.

Entró en la cabina, conectó una serie de aparatos, y extendió el dedo índice de la mano derecha, que levantó hasta la altura de la ventanilla, mirando a sus compañeros.

—Ahí vamos, amigos.

Y bajó la mano con decisión pulsando un botón —azul brillante— en la consola de mandos.

Se iluminó una pantalla de unos cincuenta por cincuenta centímetros. En la esquina superior izquierda comenzaron a aparecer unos números rojos que indicaban la latitud y longitud en la que se hallaban, y otros números verdes debajo dentro de una especie de marco que indicaban la latitud y longitud en la que querían estar. Después comenzaron a aparecer unas rayas que indicaban la cartografía submarina de la zona. Por último se encendió un punto luminoso de color azul brillante que representaba a la plataforma donde se encontraban ellos.

Los tres esperaban de pie, en silencio. Como si el que alguien hablara pudiera interrumpir alguna parte del proceso o interferir en la comunicación con los satélites.

El agua murmuraba con tranquilidad a la nave. El batiscafo esperaba, apoyado en la plataforma que se encontraba encima de la “piscina”.

De pronto los números rojos de la consola parpadearon, y la máquina emitió tres pitidos. Dos de los motores se pusieron en marcha y la embarcación comenzó a desplazarse. Al cabo de un momento, se conectó un tercer motor, y también el cuarto.

Pasados unos segundos, todo se detuvo. El mismo silencio de nuevo.

Ahora todos los números se veían verdes, encuadrados juntos en un marco negro que parpadeaba. Se encontraban en el lugar deseado.

Arrancó el motor de una de las esquinas y se detuvo. La pantalla indicaba cuál o cuáles de los motores se ponían en funcionamiento.

Pedro, desde la cabina, pudo ver en la pantalla cómo se conectaban tres de los motores prácticamente a la vez, para detenerse dos de ellos y, al cabo de unos segundos, el tercero.

—Bueno —dijo Silvia visiblemente emocionada—, Juan. Aquí tienes a “tu pequeño” funcionando. Enhorabuena.

—¿Qué os parece si antes de nada comemos? —dijo Pedro.

La verdad es que ya había pasado el mediodía hacía tiempo.

—Yo estoy de acuerdo —añadió Silvia tocándose el estómago—. Carguemos antes nuestra bodega y después la del subático.

Rieron los tres mientras se dirigían a comer.

Después de terminar, los tres se levantaron con tranquilidad y comenzaron los últimos preparativos.

La gran ilusión por el proyecto, el haber conseguido la subvención suficiente, el haber podido construir todo lo necesario, se contrarrestaba ahora un poco con el hecho inminente del descenso. La realidad palpable, no exenta de peligro, estaba ya al alcance de la mano. Y aunque el GPS se encargaría de que no hubiera oscilaciones, siempre podía haber complicaciones no previstas.

Silvia se quedó con los brazos en jarra mirando el batiscafo que acababan de cargar.

Los tres lo miraban, como si estuvieran contemplando una obra de arte en algún museo.

Fue Pedro, el capitán, el primero en decir algo:

—Bueno. Pues... ya está. Ha llegado la hora de la verdad.

—Sí...

Juan se movió de repente hacia la cabina del barco y salió de ella con algo en las manos. Parecía como un tubo portaplanos. De él extrajo un rollo de tela roja.

—Bueno, señorita —dijo acercándose hacia donde estaba Silvia—. Conectar al “pequeño” era mi honor. Éste es el tuyo —desenrolló la tela hacia la puerta del batiscafo—. Adelante.

—Una alfombra roja. Qué bobo.

—Sí. Una alfombra roja para la estrella de esta actuación —y añadió serio—: Estaremos en contacto permanente, ¿de acuerdo?

—Venga, no te preocupes —se volvió hacia los dos—. Nos veremos en una semana.

Silvia entró en el batiscafo, y cerraron la puerta.

Una extraña sensación se apoderó de ella. Ya había estado en su interior en

las pruebas que habían realizado en más de una ocasión, pero esta vez era diferente. Esta vez era verdad. Esta vez... descendería a las profundidades.

Sola.

—¿Todo bien? —le animó la voz de Juan por un altavoz.

—Sí. Todo bien.

—Adelante, pues.

Se oyó un zumbido, y el cable de sujeción se tensó. El batiscafo comenzó a elevarse prácticamente a la vez que las compuertas. Cuando por fin quedó suspendido encima de la “piscina” abierta al agua, empezó a descender.

Las compuertas se cerraron, con lo que ya sólo se veía el cable desaparecer en el círculo de casi tres metros de diámetro que había dejado vacío el batiscafo.

Encima del rollo de cable de acero de la grúa se encontraba otro rollo de hilo de cobre, de forma que se iban soltando los dos a la vez. Para que no se separaran demasiado, el cable de sujeción contaba con una especie de anillas —a modo de caña de pescar— cada cinco metros. Al final del cable superior se encontraba una pequeña estación emisora-receptora con la que establecerían contacto con el batiscafo, pero no de tipo radiofónico, con la intención de interferir lo menos posible en el fondo marino.

El “subático” acababa de desaparecer bajo la superficie del mar.

—Silvia, ¿todo bien? —dijo Juan.

—Sí. Todo bien. Adelante.

—Comenzando a soltar cable. La velocidad es de cincuenta metros por minuto aproximadamente. En una hora estarás a tres mil metros.

—En una hora a tres mil metros. De acuerdo.

Soltando cable.

Su única conexión con el barco, con todo lo conocido.

Se le antojó extraño. Tenía la sensación que podría tener un astronauta liberado al espacio unido a su nave tan sólo por un cable. Su vida dependía ahora de un “simple” cable. Como si fuera... un cordón umbilical.

Mil metros.

Muchas cosas importantes no lo parecían ahora tanto. Tenía mayor importancia en este momento el cable que “sujetaba” su vida al exterior que incluso la investigación.

Dos mil metros.

Silvia miró su reloj. Cuarenta minutos descendiendo.

Adoptó una posición cómoda en su asiento y comenzó a respirar pausadamente. Contando la inspiración, contando la espiración.

Al poco se sintió mejor. A pesar de no tener miedo a los espacios cerrados, la sensación era más oprimente de lo que podía haberse imaginado en los ensayos. Estaba comprobando personalmente que estar sola a... ya dos mil seiscientos metros de profundidad —y descendiendo—, era algo que no podía haberse imaginado nunca.

—Todo bien —dijo por el micrófono un poco menos tensa.

—Todo bien. De acuerdo —sonó la voz de Juan por el altavoz.

Repetían siempre la frase del compañero, para confirmar sin lugar a dudas que habían sido entendidos.

Silvia notó cómo las casi tres toneladas del batiscafo deceleraban. Continuaba descendiendo, pero con mayor lentitud.

Tres mil metros.

Paró por completo.

Hasta ese momento había notado movimiento, algún sonido proveniente del cable de sujección. Ahora, de repente, podía oír con claridad los latidos de su corazón. Notaba el sonido que hacía la sangre al pasar por sus oídos, como si se encontrara en una cabina sensorial. Era una sensación inquietante.

—Bueno, chicos. ¿Preparados? —dijo escuchando su propia voz como si fuera un trueno.

—Preparados, Silvia. Adelante —le contestó Juan por el altavoz.

Silvia manipuló unos mandos para conectar unas cámaras exteriores de infrarrojos, y levantó una tapa que protegía un botón.

Se quedó unos instantes pensando con el dedo índice apoyado sobre él.

Por fin lo pulsó.

La luz que había llevado durante el descenso desapareció. Se quedó totalmente a oscuras en medio de un mar oscuro.

Para interferir lo menos posible en la vida real de los calamares la investigación se realizaría totalmente a oscuras. Los animales no debían notar ninguna luz extraña a su entorno, ya que eso es algo que los hace huir.

A partir de este momento Silvia podría disponer únicamente de luz siempre que cerrara las cuatro “ventanas” que tenía al exterior. Si no, todo lo que quisiera hacer debería ser a oscuras. Por ese motivo estaba protegido el botón de la luz. No debía accionarse accidentalmente.

El batiscafo no estaba aislado acústicamente, pero ningún sonido llegaba hasta ella.

Allí abajo...”no existía el ruido”.

—Silvia. ¿Todo bien? —atronó la voz de Juan.

Silvia bajó el volumen del altavoz y seguidamente desvió el sonido hacia los auriculares, que se colocó en la cabeza.

—Sí. Todo bien. Ya he conectado las cámaras.

—Cámaras conectadas. De acuerdo. Aquí dejamos la comunicación abierta. Recuerda conectar las señales horarias.

Silencio.

—Señales horarias conectadas. Me avisará cada hora, y me pondré en contacto con vosotros.

—Cada hora. De acuerdo. Pues... que te diviertas.

Juan no sonreía al decir esto, y Silvia lo pudo apreciar a través del altavoz.

Desconectó el sistema de comunicación. Si llamaban de arriba se oiría un tenue zumbido, con lo que sólo tendría que colocarse de nuevo los auriculares para comunicarse.

Recordó los ensayos que habían realizado para conocer y poder moverse por el batiscafo a oscuras. Buscó a tientas, una tras otra, las cuatro ventanas y las abrió. Al terminar con la operación quedó paralizada un momento, debido a la impresión.

Se veía lo mismo.

Nada.

Respiró pausadamente, porque notó que una sensación de ansiedad quería apoderarse de ella. Mientras descendía era consciente de lo que iba a experimentar. Pero ahora... ahora estaba ahí abajo, con las ventanas abiertas, y daba exactamente lo mismo que tenerlas cerradas. Una oscuridad absoluta la envolvía por todos lados. Y su corazón empujaba con fuerza la sangre... que discurría con un golpeteo por sus oídos.

—Mmmmmmmmm...

Silvia se sobresaltó.

—¿Ya ha pasado una hora? —pensó. Tanteó los mandos y conectó el sonido a los auriculares, que se puso en la cabeza.

—Me ha sonado el avisador. Me parece extraño que haya transcurrido una hora. ¿Todo bien?

—Todo bien, Silvia —oyó a Juan—. Me alegra oírte decir que se te ha pasado rápido. ¿Entretenida?

—Hago lo que puedo.

Nada tenía por qué ir mal, pero así todo animaba saber que todo iba bien por la superficie.

Dos días. Cuarenta y ocho horas.

Sumergida “en otro mundo”, Silvia dejaba pasar el tiempo entre sus sentidos.

—¡Atención! —sonó un susurro en el altavoz de la cabina del barco—. ¡Creo que estoy viendo algo!

En ese momento se encontraba a la escucha Pedro.

—¡Juan! —gritó haciendo un gesto de llamada con la mano— ¡Rápido!

Juan se precipitó sobre la cabina preguntando:

—¿Qué ocurre? ¿Pasa algo?

—Sí. Pero tranquilo. Silvia está viendo algo.

—¿El qué?

—No lo sé. No lo ha dicho.

Juan se inclinó sobre los mandos del equipo para acercarse al micrófono.

—¿Qué pasa, Silvia?

Un eterno instante de silencio.

—Nada... creo —contestó—. Me había parecido ver una luz.

—¿Una luz?

—Sí. Pero es probable que fuera algún pez. ¿Podéis confirmarlo con la grabación del disco duro?

Juan y Pedro se miraron. “¡Claro! ¡La grabación!”.

—Toma. Siéntate —ofreció Pedro su asiento—. Lo harás más cómodo.

—Gracias —y casi sin estar del todo sentado comenzó a teclear las órdenes al ordenador—, serán dos segundos. Nos vamos a la hora cuarenta y ocho... —pensó en voz alta— ¡aquí está! ¿Silvia?

—Sí.

—No se ve nada. Si hubiera algo con luz ahí abajo, alguna de las cámaras lo habría resgistrado.

Silencio.

—Puede ser que estés cansada —dijo Juan para quitar importancia al asunto.

—Puede ser. Dos días aquí...

—¿Estás bien?

Silvia recordó, sin saber por qué, aquellas películas que había visto en las que al protagonista era encerrado en una celda de castigo. Aislado de todo. “De... *castigo*”.

—¿Silvia?

—Sí, sí. Todo bien. No os preocupéis. Descansaré un poco.

—De acuerdo. Todo bien —dijo Juan no muy convencido—. Descansa.

Tres días. Setenta y dos horas.

Silvia vio de nuevo algo que le pareció una luz, pero...

—¡Bah! No será nada. Desde ayer están vigilando la grabación, y si se hubiera visto algo... se habrían puesto en contacto —pensó—. Creo que comienzo a notar el cansancio.

Cuatro días. Noventa y seis horas.

—¡Eh! ¡Chicos! ¿Habéis visto eso? Ahora estoy segura.

—¿Ver cuál? ¿Segura de qué? —preguntó Juan—. Aquí no se ha visto nada.

—¿No? —parecía desorientada—, eran como... como unos fotóforos. Lo he visto claramente. He distinguido hasta los colores.

—Los fotóforos —explicó Juan a Pedro con una extraña excitación— son unos órganos que tienen los calamares —entre otros animales— emisores de luz. Esta luz varía de color y es muy llamativa... porque sirve para atraer a sus presas... ¡pero aquí no se ha visto nada! —se volvió hacia el micrófono, preocupado—. ¿Qué has visto exactamente, Silvia?

—No sabría decirte. No se aprecian muy bien las distancias... ¡Lo tenéis que haber visto!

—Negativo, Silvia. Te repito que la grabación no muestra absolutamente nada.

Siete de la mañana del sexto día. Ciento veintisiete horas.

—¡Juan! ¡Juan! ¡Dime que eso sí lo habéis visto! —la voz de Silvia era como una mezcla de entusiasmo y miedo—. ¡Lo tengo delante! ¡Hacia abajo!

Pedro se despertó sobresaltado —era su turno de descanso— al oír los gritos de Silvia por el altavoz. Se suponía que debía de hablar en voz baja. Vio a Juan inclinado más de lo normal sobre el monitor, como si buscara algo que no veía.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—No lo sé —respondió Juan preocupado—. Silvia dice que ha visto algo... pero yo no consigo saber el qué. En el monitor no se ve nada... y la grabación tampoco ha registrado algo más que oscuridad —conectó de nuevo el micrófono—. ¿Qué has visto, Silvia?

—¿Cómo que qué he visto? ¿Es que pretendes tomarme el pelo? ¡¡No puedes decirme que no lo estáis viendo!! —contestó azorada.

Juan tardó un momento en contestar, como si de su respuesta dependiera la cordura de Silvia.

—Aquí arriba no se ve nada, Silvia —dijo lentamente—. Pero dime lo que tú...

Tardó más de lo que hubiera querido en acabar la frase.

—¿Crees haber visto? —dijo Silvia.

Un silencio incómodo, que duró más de lo que debiera.

—He visto un fotóforo —continuó—, y esta vez sin lugar a dudas. Lo tenía cerca. Me ha dado la sensación de que tenía... —se quedó pensando un momento en lo que iba a decir— metros. ¡Míralo! ¡¡Míralo!!

Realmente Silvia estaba contemplando el señuelo de un gran calamar. Lo siguiente sucedió rápido. Muy rápido. El animal atrapó la nave, desde abajo, y tiró de ella con una única intención: comer.

Silvia notó un fuerte zarandeo y un golpe fortísimo. Uno de los tentáculos de sujeción del calamar hacía presa en una de las ventanas —Silvia había encendido la luz—, y... ¡la tapaba absolutamente!

—¡Sólo se ven ventosas!... —sintió atemorizada.

Un nuevo golpe la sacó de su asombro, para introducirla más en el miedo. Sonaba como cuando una ardilla intenta comer una nuez, ronchando la cáscara. Como si alguien arrastrara una aguja gigante sobre el metal del batiscafo. Ese efecto que produce a veces una tiza en una pizarra... pero multiplicado por mil.

En ese momento Silvia se dio cuenta realmente de que tenía miedo. De que su vida podía estar en peligro. No sabía lo que podía ocurrir. Lo que sí sabía era que... se la estaban intentando “merendar”.

—¡Por favor! ¡Sacadme de aquí! ¡Izad esto! —pero nadie le contestó— ¿Pedro? ¿Juan? —casi gritó, pero tampoco obtuvo respuesta.

De pronto, cesaron los golpeteos, los crujidos, y todo volvió a la calma.

Silencio.

Silvia sudaba mientras intentaba recuperar el control de su respiración. Los golpes que ahora oía eran los de su corazón. Notó un líquido viscoso y caliente sobre su cara. Era sangre. Su sangre, que manaba de su cabeza debido al golpe que se había dado con la parte superior de la nave.

—¡Silvia! ¿Estás bien? —oyó por el auricular—. ¡Silvia!

Se apresuró a contestar como si estuviera llegando al final de una carrera:

—¿Dónde porras estabais? ¡Sacadme de aquí! ¡Rápido!

—¿Qué demonios ha pasado ahí abajo? —la voz de Juan estaba alterada. No era él— Por Dios santo. ¿Me lo puedes explicar?

—¡Sacadme de aquí! ¡Antes sacadme de aquí!

Por toda contestación obtuvo un silencio.

—¿Es que no me oís? ¡Arriba! —pensó desesperada.

—¡¡Vamos!! —gritó.

—Silvia, escúchame —dijo Juan preocupado—. No podemos subirte.

Se produjo un silencio, como para revalorar la situación.

—¿Cómo que no podéis subirme? ¿Qué quiere decir eso? —pensó con rapidez— ¡Explícate! —espetó al micrófono soltando adrenalina.

—Nosotros aquí arriba no hemos visto nada, pero es evidente que algo había, porque... —esperó para continuar hablando sabiendo que cualquier palabra que fuera a encontrar no sería la adecuada— porque ha “tirado” del batiscafo con tanta fuerza que ha arrancado la grúa.

No le pasó desapercibido que Juan había dicho “batiscafo”, quizá por primera vez. Algo serio ocurría en la superficie.

—Qué... ¿qué dices? —balbuceó incrédula.

—No podemos poner en marcha la grúa. Pedro está reparándola.

—¿Cuánto tardará?

—Unas horas...

—¿Qué daños hay?

Estaba claro que Silvia aún no lo sabía. Y ninguna forma era buena para decírselo.

—Son graves, Silvia —no quiso mentir Juan—. Lo que ha tirado de ti hacia abajo ha desgarrado prácticamente todos los anclajes de la grúa, y ha hecho saltar por los aires varias piezas del freno.

—Y eso quiere decir... —dijo Silvia ya más calmada pero profundamente intranquila.

—Has descendido seiscientos metros más.

—¿En este momento?

—Sí.

Silvia se sentó, y se llevó despacio las manos a la cara. Apoyó la barbilla en los pulgares y el entrecejo en los índices, mientras su nariz se introducía en el hueco que dejan ambas manos. Se relajó así un momento, y dijo ya más serena:

—Sacadme de aquí, por favor.

Si en algún momento podía haberse sentido sola, no tenía comparación con esto. La nueva situación en la que se encontraba era totalmente nueva. Sola en el océano... con un gran depredador pensando en ella.

—Seamos lógicos —pensó en voz alta intentando darse ánimos—. Ha intentado comer el batiscafo y no ha podido... o no ha querido. Es un animal. No volverá a intentarlo. No le gustó... y sólo los humanos repiten cosas que no les gustan.

Doce del mediodía del sexto día. Ciento treinta y dos horas sumergida, y treinta y seis horas de oxígeno en los tanques de uso normal. Cinco horas esperando que Juan y Pedro repararan los daños producidos.

—Silvia —sonó la voz de Juan—, Pedro ha terminado con la reparación.

—Sí, te escucho, Juan.

—Ha soldado un cordón alrededor de toda la pieza. ¡Vamos a sacarte!

—De acuerdo.

El zumbido del motor comenzó a sonar empezando a enrollarse el cable con rapidez. Un fuerte chasquido lo siguió.

Pedro hizo señas a Juan con los brazos a la vez que gritaba:

—¡Para! ¡Para!

—¿Qué ocurre? —preguntó Juan deteniendo el motor.

—No aguanta. Ve más despacio.

Bastante preocupado, Juan volvió a conectarlo, pero esta vez desde la mínima velocidad.

—¡Dale más potencia! —gritó Pedro desde al lado de la pieza reparada—. ¡Poco a poco! ¡Si se escucha algún sonido extraño, bajaremos un poco la potencia!

Juan fue aumentando la potencia del motor, hasta que se pudo oír cómo crujía de nuevo.

—¡Ahí, Juan! ¡Bájalo un poco!

Un momento de suspense, para comprobar que todo funcionaba correctamente, lo cuál les alivió.

Juan se volvió hacia el intercomunicador:

—Silvia. Está arreglado, pero tenemos que subirte despacio.

—¿Cómo de despacio?

—A unos —miró el indicador del motor— ... veinte metros por minuto. En tres horas estarás arriba.

—Tres horas... —pensó—. ¡Si tres minutos son demasiado!

—¿Estás bien, Silvia?

—Sí... —dijo no muy convencida, quizá porque no había otra respuesta que dar.

A las ciento treinta y tres horas de inmersión, tras una hora de ascenso, la soldadura realizada por Pedro quebró. Fueron necesarias emplear otras siete horas en el nuevo arreglo, que se dio por terminado a las ocho de la tarde. Mientras, Silvia tuvo que permanecer a dos mil cuatrocientos metros de profundidad. Sola.

Las piezas de sujeción de la grúa parecían un amasijo de hierros; no se podría decir que horas antes ahí hubiera habido planchas metálicas unidas por tornillos. La subida del batiscafo debería continuar a cinco metros por minuto, con lo que serían necesarias ocho horas más para alcanzar la superficie.

—Es suficiente, Silvia —le dijo Juan intentando darle ánimos—. Aún te quedan veintiocho horas de oxígeno. Son sólo ocho horas.

El batiscafo había descendido con doscientas horas de oxígeno. Ciento sesenta y ocho horas —siete días— para la misión. El resto... por precaución, como era habitual en cualquier inmersión. Silvia sabía perfectamente el tiempo que le quedaba. Sabía que Juan no había incluido el tanque de reserva.

—¿Sólo ocho horas? —su voz denotaba cierto pesimismo—. Antes iban a ser tres.

Silencio.

—Lo siento —Juan no sabía qué decir.

—Tengo... —dijo Silvia despacio con el tono de voz algo deprimido—, tengo la sensación como de ver el final más lejano. ¿No te ha ocurrido nunca? Es esa sensación como de pesadilla en la que cuanto más avanzas más te alejas de allí a donde quieres ir.

—No digas eso, por favor. Te puedo asegurar que te estás acercando.

El ascenso era lento. Minuto tras minuto, hora tras hora...

Cuatro horas después, cuando Silvia se encontraba ya a mil doscientos metros, las soldaduras comenzaron a reventarse. Tuvieron que detenerse, presa del miedo a que todo saltara por los aires y el batiscafo cayera irremediabilmente al fondo del océano. Juan, sudando, se quedó mirando a Pedro sin saber qué hacer. Paralizado.

—¡Esto ha dado de sí todo lo que puede! —dijo Pedro gritando desde la grúa—. No puede arreglarse de nuevo, Juan —continuó mientras entraba en la cabina de controles—. Me da miedo hasta tocarlo, por si cae todo al fondo.

—¿Qué podemos hacer? —la angustia casi no dejaba hablar a Juan—. Tenemos que hacer algo. No la podemos dejar ahí. ¡No la podemos dejar ahí!

Mientras, Pedro se sentó al lado del micrófono para pedir ayuda a puerto, pero las especiales características de la ayuda que necesitaban no podían ofrecérselas. Podían enviar barcos de búsqueda, aviones... pero no contaban con nada que pudiera levantar —y antes enganchar— algo de tres toneladas.

Pasaron unos minutos que se hicieron siglos.

—Chicos... ¿me he detenido? —la voz de Silvia les sobresaltó— ¿O sólo me lo ha parecido?

¿Cómo contestarla? ¿Cómo decirle que... no hay forma de subirla a la superficie?

—Silvia... —comenzó Juan— no sé cómo decirte esto —pensó un momento—, pero... se ha roto la grúa.

—¿Qué quiere decir exactamente que se ha roto? —preguntó Silvia con un hilo de voz—. Pues arregladla de nuevo.

—No podemos. Esta vez no.

—¿Por qué?

—Porque si la tocamos otra vez, es posible que se caiga todo.

—¿Y... cuál es la solución?

Juan esperó más de lo que hubiera querido para responder.

—Me temo que no lo sé. Hemos llamado a puerto para pedir ayuda, pero al parecer no pueden prestárnosla.

—¿Por qué?

—Dicen que no hay ningún barco capacitado para ese trabajo.

—Aquí Abril-II. Aquí Abril-II. ¿Me recibe, Porfina? —La sorpresa de Juan le impidió responder al momento— Aquí Abril-II. Aquí Abril-II. ¿Me recibe, Porfina? —se repitió la llamada.

—Un momento, Silvia, por favor. Sí. Aquí Porfina. Adelante, Abril-II. Le recibo.

—¿Necesitan ayuda? Quizá podamos echarles una mano.

—¿Qué tipo de barco es el Abril-II?

—Hemos escuchado su conversación con puerto. Sabemos que necesitan una grúa —dijeron con un poco de alegría—. ¡Somos una grúa! El Abril-II es un buque grúa de plataformas petrolíferas. Confírmeme si necesitan todavía esa ayuda, porque ya nos encaminamos hacia allí.

—¡Por supuesto que sí! Vienen ustedes del cielo. ¿Cuánto tardarán en llegar?

—Nos encontramos aproximadamente a mil quinientos kilómetros de su posición. Si vamos rápido... en un par de días estamos allí.

El rostro de Juan se ensombreció.

—¿Dos días?

—Afirmativo. Menos imposible.

Juan se quedó helado. Haciendo cuentas en la cabeza, respondió:

—Tenemos a una persona ahí abajo. Le quedan poco más de cincuenta horas de oxígeno —y era consciente de que esta vez sí había contado incluso con la reserva de que disponía Silvia.

—¿A qué profundidad está?

—A mil doscientos metros.

—¿El cable está en buen estado?

—Sí. Lo que está destrozado es el soporte.

—Tenemos tiempo —le contestaron con la tranquilidad que da el no estar personalmente allí abajo—. En cuanto lleguemos, sólo es enganchar el cable y subirla.

—¿En dos horas? —preguntó Juan algo incrédulo.

—En menos —respondieron taxativamente.

El Abril-II tenía las coordenadas de la ubicación del Porfina. Solamente cabía esperar.

Esperar... dos días. Cuarenta y ocho horas.

—¡Silvia! —se acordó sobresaltado de que no había vuelto a hablar con ella mientras se giraba hacia el comunicador.

—¡Silvia! ¿Me oyes? ¡Un milagro!

—¿Qué ocurre? ¿Por qué me has dejado con la palabra en la boca? —casi estuvo tentada de decir: “Me has asustado”, pero realmente esto ya no era cierto— No me contestabas.

—¡Un milagro, Silvia! —repitió Juan—. Vienen en nuestra ayuda. ¡Te vamos a sacar de ahí!

—¿Cuándo?

En un instante se le pasó el entusiasmo. “¿Cuándo?”

—El barco llegará en dos días, pero nos han asegurado —continuó antes de que ella pudiera hacer ningún comentario— que hay tiempo suficiente.

Silvia también era consciente del oxígeno del que disponía.

—Es muy justo, Juan —dijo extrañamente tranquila—. ¿Y si se retrasa? Es muy justo —repitió.

—Sí, es muy justo —reconoció Juan—, pero hay tiempo. Está dentro del límite.

Le siguió una pausa larga —casi más de lo que Juan podía soportar—, en la que Silvia parecía estar sopesando los pros y los contras de la situación.

—Quiero —dijo por fin—... quiero que me pongas en contacto con mi padre, por favor.

—¡Silvia! No vas a morir.

—Oh, sí. Todos vamos a morir. Lo que no sabemos es cuándo. Bueno —continuó pensativa—, en mi caso quizá no sea muy arriesgado hacer apuestas. Aunque te agradecería que no te aprovecharas para ganarte unos euros —Juan supo por el tono de voz que Silvia sonreía.

—Silvia...

—No, por favor. Escúchame. Quizá sólo me queden dos días de vida; y si es así, no voy a quedarme esperando estúpidamente. Quiero hablar con mi padre y posiblemente despedirme. Sí, ya sé —continuó— que cabe una posibilidad de que salga de aquí. Pero está muy ajustada y pueden fallar tantas cosas... Por otra parte —agregó sin parecer más preocupada por ello—... tampoco sé si me quedan las cincuenta y seis horas de oxígeno, porque seguramente haya consumido más de lo necesario. Por si fuera poco, el susto del calamar —sintió algo de miedo al recordarlo—... las subidas... las roturas del motor... han hecho que consuma aún más. Qué quieres que te diga —dijo con una chispa de humor—; soy tranquila, pero determinadas cosas me ponen bastante nerviosa. Ese barco es una bendición, pero es muy probable que llegue un poco tarde. Es posible —dijo sonriendo aunque nadie la veía—... que esta vez “Abril” llegue tarde a mi vida.

—No digas eso.

—¿Por qué? Tú no llevas aquí diecisiete horas esperando a que te saquen — dijo sin reproche en su tono—. ¡Ahora! Ahora no. ¡Ahora! Ahora no. Deseo salir — su voz sonó firme—, pero también deseo ser realista: probablemente no lo haga. Y me apetece despedirme. ¿Acaso crees que si me despido de alguien y después consigo salir de aquí le va a parecer mal?

* * *

Sonó el teléfono en el interior de la vivienda. Fernando estaba recogiendo unos tomates en el pequeño huerto que tenía en la parte trasera. Los dejó en el suelo con calma, y se dirigió hacia dentro.

Fernando González era un hombre peculiar. De esos hombres que los demás no comprenden. En un momento de su vida cambió, sin motivos aparentes, una brillante carrera de físico astrónomo por nada. Con varios trabajos publicados —lo que repercutió considerablemente en su situación financiera—, y en un momento cumbre de sus investigaciones, lo dejó todo para dedicarse a vivir. Sencillamente. Mantenía por entretenimiento un pequeño huerto, que alternaba con la lectura y con las magníficas vistas que le proporcionaban los paseos por la montaña tinerfeña. Continuaba mirando las estrellas, pero no ya con el ansia de búsqueda de antes. La mayoría de los conocidos y amigos achacaban este cambio de actitud a la muerte de su esposa, ya que fue a partir de entonces cuando decidió vivir de otro modo. Él siempre les contestaba que no tenía ninguna relación, pero no le creían.

Daba lo mismo.

Los humanos no suelen decir lo que piensan, y por eso no suelen creer lo que les dicen. La mayoría necesita sentirse creído. Fernando no. Vivía para él, no para los demás. Hacía las cosas con sinceridad, para hacerlas, no para que le vieran hacerlas.

—¿Diga? —contestó al auricular.

—¿Doctor Fernando González? —preguntaron al otro lado del hilo.

Hacia casi treinta años que nadie le llamaba doctor.

—Sí. Soy yo.

—Tenemos una llamada por radio de su hija —se limitaron a decir.

—¿Por radio? —recordó que Silvia se encontraba en el mar Cantábrico investigando a los calamares gigantes—. De acuerdo. Pásemela, gracias.

Durante unos momentos sonaron interferencias, para escuchar después la voz clara de su hija:

—¿Papá?

—Sí, cariño, soy yo. ¿Qué ocurre?

—Estoy en el Porfina —Fernando sonrió, recordando cuando su hija le contó que al acabar su construcción los amigos exclamaron “por fin acabado”, y fue debido a aquel juego de palabras por lo que se quedó con ese nombre—... más concretamente en el batiscafo —también recordó que siempre lo llamaban subático. Algo ocurría—. Quería hablar contigo, porque... porque es posible que sea la última vez que pueda hacerlo.

—¿Qué ocurre, hija? —preguntó algo preocupado.

—No puedo subir a la superficie. Estoy a mil doscientos metros de profundidad, y es posible —lo más posible, pensó— que no pueda salir de aquí.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué no puedes subir?

—Pues —dudó un momento—... paradójicamente, por el éxito de la investigación. Parece ser que hemos encontrado a uno de esos calamares... bueno, en realidad nos ha encontrado él a nosotros. Pero nunca hubiéramos sospechado que podían llegar a tener ese tamaño —instintivamente miró por las ventanas al decir esto, notando cómo se le erizaba el vello de todo el cuerpo.

—Sí, pero... ¿qué ha pasado? —volvió a preguntar Fernando.

—Pues que el batiscafo le ha parecido comida.

—¿El batiscafo? Pero si tenía al menos cinco metros de diámetro, ¿no?

Durante unos instantes hubo un silencio, en el que parecían pensar ambos las verdaderas dimensiones que tendría que tener un animal para intentar comerse esa esfera metálica.

Silvia miró por la ventana que tenía a su espalda.

—Sí —continuó girándose de nuevo hacia el micrófono—. La cuestión es que ha tirado de él con tanta fuerza que a poco arranca la grúa que lo sujeta. Estoy segura de que si Juan hubiera diseñado la de desplazamiento horizontal no podría estar teniendo esta conversación contigo.

—¿A poco? Y entonces, ¿por qué no puedes subir?

—Porque está destrozada. Juan y Pedro la han podido arreglar un par de veces y subirme hasta los mil doscientos metros. Pero al parecer ya no aguanta más. Si la tocan de nuevo corren el riesgo de que todo caiga el fondo.

—Entonces —dijo Fernando lentamente mientras se sentaba en el sillón que tenía al lado del teléfono—... ¿cuánto tiempo tenemos?... querrás hablar con alguien más.

En ese momento Silvia pensó en Alfredo. Fue algo involuntario, no consciente. Y se dio cuenta de que tenía que haber un buen motivo para ello.

—No —dijo—. Quiero hablar contigo.

Su padre siempre había estado ahí cuando lo necesitaba. Pero ella también había estado para él, lo cuál no era muy común. Tenían una relación que sobrepasaba la que suele haber entre padre e hija. Eran más que eso. Eran amigos.

—Otro buen amigo —añadió Silvia refiriéndose a Juan— está aquí conmigo, en el barco. Con él acabo de hablar.

—Me honras, hija —Fernando estaba visiblemente emocionado—. Estoy orgulloso de ti.

—Tengo más de cincuenta horas de oxígeno, así que lo peor de todo puede ser la factura de teléfono —dijo sonriendo. Sabía que su padre sonreía también—. Viene hacia aquí —continuó— un buque grúa que va a intentar sacarme.

—Entonces, tienes alguna posibilidad de salir.

—En realidad, sí. Pero es bastante escasa. No quiero hacerme muchas ilusiones.

Le contó en pocas palabras la situación, y lo justos que irían de tiempo para realizar la operación.

Mantuvieron prácticamente un contacto continuo durante los dos días de espera hablando de mil cosas. De la vida. De la muerte. De Laura, la madre de Silvia, que desapareció misteriosamente en el mar veintinueve años atrás.

Se encontró vacío el barco en el que iba, como si se hubiera esfumado en el aire. Lo más extraño de lo sucedido fue que un grupo de médicos que se hallaba de excursión encontró el barco con, según ellos, el cadáver de una persona que parecía haber sufrido una caída, a la que posteriormente identificaron como Laura. Entre ellos se encontraba un médico forense que afirmó el estado de muerte de aquél cuerpo. Llamaron a las autoridades pertinentes y mantuvieron una distancia prudencial, pero cuando éstas llegaron no había ningún cuerpo en el barco encontrado. Sólo restos de sangre, que se mantenían intactos, tal y como podía verse en las fotos que habían tomado desde diferentes ángulos —quizá por defecto profesional—, motivo por el que la policía no creyó que se tratara de una broma pesada. Fernando, a su vez, pudo identificar a su mujer en las fotos tomadas por las personas que la encontraron. Sin lugar a dudas, era ella. Y sin lugar a dudas... ¡no estaba!

Lo que ocurrió, por qué o cómo desapareció, nunca se supo. La embarcación se encontró anclada en un lugar muy tranquilo al que solían ir a menudo los dos — los tres, desde que nació Silvia— a contemplar las estrellas. Había una taza con té colocada en la mesa, aún sin tomar. Nada indicaba violencia alguna, salvo por el hecho de la aparente caída.

Laura era el amor de su vida.

Una persona que nunca ocultó lo que pensaba, ni decía las cosas que los

demás querían oír, sino lo que ella tenía que decir. Siempre la verdad.

—¿Aunque duela? —le habían preguntado en más de una ocasión.

—La verdad no duele —respondía siempre—, sólo duele el cómo te la tomas.

Y Laura tenía mucha razón. Un hecho en sí no nos afecta en absoluto, ya que puede haber ocurrido y nosotros continuar nuestra vida como si nada. Sólo nos afecta cuando nos enteramos de él... y decidimos que lo haga.

—Papá, acaban de decirme que está llegando el Abril-II.

—¿El Abril-II? —preguntó Fernando extrañado.

—Es el barco que va a intentar sacarme —aclaró.

—Se... se me ha pasado el tiempo volando. ¿No debía de haber llegado antes?

—Sí. Llega con seis horas de retraso. Creo que se han cruzado con una tormenta.

—¿Qué te quedan... unas dos horas de oxígeno, verdad? ¿Tienen tiempo?

—Por lo que dicen Juan y Pedro sí, pero —dudó—... estoy cansada. Noto sueño... y no sé; puede ser síntoma de comenzar a respirar mal.

—¡Silvia! —dijo Fernando de repente—, perdí a la persona que más quiero en el mar. No te quedes tú ahí también, por favor. Aguanta. Si te quedas... volveré a perder de nuevo a la persona que más quiero... en el mismo lugar.

—Perdonadme que os interrumpa —se excusó Juan por escuchar la conversación—, pero tengo buenas noticias: acaban de echar un vistazo a la situación, y nos han dicho que en una hora estará terminado el enganche. Después, el ascenso será rápido.

—¿Cómo de rápido? —quiso saber Silvia.

—Unos veinticinco minutos.

—Juan, no sé si aguantaré. He empezado a notar falta de aire.

—No me digas eso. Hora y media, Silvia. Después de todo... ¡hora y media! Tumbate, relájate, no hagas nada en este tiempo.

—Lo... intentaré.

—Cariño —sonó la voz de Fernando—, agradezco mucho que hayas estado hablando conmigo este tiempo, pero quizá sea mejor que hagas lo que dice Juan. Descansa... ahorra aire —se quedó en silencio un momento—. Te quiero.

—Gracias —contestó Silvia con el tono de voz débil—. Lo que tenía intención de hacer ya lo he hecho. Espero volver a verte. Yo también te quiero.

Tras esto, con gran esfuerzo, consiguió acomodarse en el suelo. Había que sumar, a la falta de aire, tantas horas de conversación sin apenas comer ni descansar. Pero no era el momento de pensar en descansar. Quizá eso fuera lo único que hiciera a partir de ahora. Por algún motivo, se acordó de Alfredo. De la misión, de la cena...

El enganche del cable se completó con éxito, y la grúa del Abril-II comenzó a elevar el batiscafo con rapidez.

Mil metros, novecientos, ochocientos...

Los minutos pasaban con una lentitud asombrosa.

Setecientos, seiscientos, quinientos...

—¡Ya estás a cuatrocientos metros, Silvia! —gritó Juan al micrófono para darle ánimos.

Trecientos, doscientos, cien...

—¡Silvia! Cincuenta metros. En menos de un minuto estás arriba. Ve hacia la puerta. Tú podrás abrirla antes que nosotros.

Por algún motivo extraño, unos segundos de silencio se hicieron más largos que toda la espera anterior.

—¿Qué ocurre? —preguntó Pedro al ver la cara de Juan.

—No contesta —dijo preocupado.

—¿Crees que... —no acabó la frase por no escuchar lo que los dos estaban pensando— ¡Rápido! —dijo saliendo velozmente de la cabina mientras se dirigía hacia “la piscina”.

Unos segundos podían ser cruciales. Silvia podía estar sin oxígeno, y era necesario abrir la puerta cuanto antes.

Por fin, el batiscafo apareció en la superficie. Se elevó mientras lo miraban impacientes, con lentitud —ahora las maniobras debían ser más lentas—, hasta alcanzar la suficiente altitud que permitiera cerrar las puertas de la piscina, donde debía apoyarse. No podía soltarse de golpe, de manera que lo dejaron descender despacio para encajarlo en su base. Era exasperante tanta lentitud. Aún no estaba apoyado del todo, cuando Juan se acercó hasta la puerta para ir abriéndola.

—Cuidado con los pies —le dijo Pedro.

—Sí, sí —contestó mirando rápidamente hacia abajo, pero sin dejar de manipular el volante que abría la puerta.

¡Por fin abierta! Notaron como si ellos mismos respiraran mejor.

—¡Silvia!

No hubo respuesta.

Pedro y Juan se miraron durante unas décimas de segundo, e inmediatamente Juan se precipitó al interior, gritando:

—¡¡Silvia!!

—¿Cómo está? —preguntó Pedro desde fuera. Pero no hubo respuesta—. ¡Juan! ¡¿Está bien?!

Juan apareció por la puerta visiblemente desconcertado.

—¿Qué pasa? —preguntó Pedro. Juan estaba con la mirada perdida, como catatónico.

—No sé... no sé cómo decírtelo.

Pedro comenzaba a inquietarse. Impaciente, apartó a Juan para entrar en el batiscafo:

—¡Déjame pasar!

Juan se quedó en la plataforma de pie, desorientado, sin decir nada. El capitán del Abril-II tuvo la sensación de que algo fatal había ocurrido. De que no habían llegado a tiempo. Preguntó, con aprensión:

—¿Y... su compañera...?

—No lo sé...

—¿Cómo que no lo sabe?

Al momento apareció por la puerta Pedro, con cara de absoluta incredulidad. Miró a Juan. Miró al capitán del Abril-II, que ya impaciente, le inquirió:

—¡¿Qué?!

—El batiscafo —baluceó—..., el batiscafo..., ¡está vacío!

Silvia despertó.

Lo primero que sintió fue como un agradable bienestar en todo el cuerpo. Recordaba haber notado esa sensación anteriormente más de una vez. Esa sensación que se tiene cuando se ha descansado bien, y el cuerpo “te pide” moverte no por aburrimiento, sino porque tiene tanta energía que parece insultante no utilizarla. Sin gana alguna de comer, pero satisfecha. Sin ganas de beber, pero saciada. Con ganas de levantarse, alzar los brazos, y levitar sobre el suelo.

Y con la sensación de creer poder hacerlo.

En poco tiempo se dio cuenta de que no sentía el cuerpo. Sentía más bien... fuerza. Notaba como si su ser fuera etéreo.

Energía.

Comenzó a mirar todo aquello que le rodeaba. Parecía una habitación. Las paredes eran lisas, y no había ningún tipo de decoración. Daban la sensación de ser luminosas, pero de un tono amelonado. En una de ellas había algo que parecía una percha con una especie de sábana blanca colgada.

De pronto, recordó: “¡El batiscafo! ¡Juan! ¡Pedro!”

Se incorporó sobre lo que parecía una cama, y al instante oyó una voz que susurraba en... ¿la habitación de al lado?

—Ya está despierta.

Silvia miró hacia abajo, y se sintió algo extraña. Estaba desnuda, pero no notaba frío alguno. Tampoco tenía calor.

Puso los pies en el suelo. Tampoco lo notaba frío. Ni caliente. Era como no haberlo tocado.

—¿Hola? —dijo tímidamente.

Escuchó una voz que le respondía:

—Hola, cariño —y tras un instante, añadió—: Tienes ahí colgada una especie de túnica. Si vas a estar más cómoda puedes ponértela.

“¿Cariño?” En ese momento es cuando realmente se dio cuenta: “Estoy desnuda”. Se acercó hacia la percha y tomó la túnica en sus manos. Comenzó a colocársela, más por costumbre que por encontrarse incómoda sin ella. Al terminar de pasársela por la cabeza, se dio cuenta de que la pared de la percha era un espejo. “¿Cómo no me he dado cuenta antes?” Podía verse de cuerpo entero. Se vio guapa. Casi... demasiado guapa... los recuerdos de nuevo. Se llevó instintivamente una mano a la cabeza. No había sangre. Tampoco había ninguna herida. “¿Qué ocurrió?”

Notaba tan agradable el tacto con el suelo, que ni se molestó en buscar calzado o preguntar por él. En la habitación había un lugar por donde no se juntaban las paredes —no se veía ninguna puerta—, y Silvia se dirigió hacia allí. Al salir, vio a una persona que se encontraba de espaldas, de pie, como esperando. Esperándola a ella.

—¿Dónde estoy? ¿Cómo he llegado aquí?

—Bienvenida al... *paraíso* —le dijo dándose la vuelta hacia ella.

Silvia sintió como si entrara de repente en una cápsula de presión a cien atmósferas. Sin respirar —¿acaso continuaba respirando?—, sólo acertó a balbucir:

—Mmmamá...

—Sí, cariño —le contestó con toda la naturalidad del mundo.

—¿Cómo es posible?

De improviso, una serie de recuerdos de toda una vida pasaron por delante de ella. Veintinueve años desaparecida. Toda la vida, prácticamente, sin su madre, y ahora se la encontraba con toda la naturalidad, como si fuera parte de lo cotidiano desaparecer y encontrarte años después con un ser querido —o con cualquiera—. Se la encontraba allí. En...

—¿Dónde estamos? —preguntó sin acercarse.

—Yo lo llamo... *Paraíso*.

—¿De verdad eres tú?

Laura asintió con la cabeza, mientras extendía los brazos. La emoción fue más fuerte que cualquier otra cosa. No había rencor en el corazón de Silvia, ni resentimiento. Había... mucho amor, simplemente, que no tuvo ocasión de dar en muchos años, salvo al universo, a las estrellas, y al mundo que la rodeaba. Antes el cariño, la ternura, después ya podrían llegar las explicaciones de lo ocurrido. Ahora lo importante era su madre, delante de ella, esperando un abrazo. Y si dudó por un instante, fue más por incredulidad que por falta de ganas.

Se acercó hasta ella, y se fundieron en un abrazo. Fue una sensación extraña. Su cuerpo continuaba con la misma energía que poco antes, y casi notó un éxtasis. Un placer emocional cercano al infinito.

—Me quedaré así para siempre —dijo emocionada.

—Para siempre... es mucho tiempo —contestó su madre, aunque ella no entendió muy bien por qué. Al parecer, continuaba con el mismo buen humor de siempre.

Se separaron. Pero el “éxtasis” continuó un rato más.

Silvia sonrió —Laura también—, y mirando hacia ambos lados como para asegurarse de que nadie las iba a interrumpir, preguntó ya más confiada:

—¿Qué pasó, mamá? ¿Dónde has estado? ¿Por qué desapareciste?

—¿La verdad? —preguntó con una mirada cómplice— ... ¿aunque duela?

Era una broma. Silvia sonrió, se acercó a ella y se dieron otro abrazo. Casi podía oír decir, cuando era pequeña, a su madre: “La vida es algo muy bonito y valioso como para perder tiempo y esfuerzos con mentiras. Si a alguien no le gusta la verdad, es que no le gusta la vida”.

—La verdad no duele —dijo Silvia concluyendo el recuerdo.

—Esta es mi “niña” —le atusó el pelo de la cabeza como antaño.

Se abrazaron, recordando Silvia los abrazos de cuando era pequeña.

—La verdad, gran parte de ella quiero decir, es lo que hay en este lugar — Silvia no comprendió el significado de lo que su madre quería decir—, pero antes, quiero presentarte a alguien.

Se separaron, y Laura se dirigió con la mirada hacia un lugar donde posiblemente podría haber otra puerta —aunque no era el caso—:

—Jesús, ¿puedes acercarte?

Silvia recordó haber oído dos voces cuando estaba tumbada.

Entró Jesús, vestido al igual que ellas con una túnica blanca. Llevaba como cinturón algo que parecía hecho de... espejo. Sólo el metal pulido le recordaba ese tipo de brillos, pero incluso eso se quedaba corto.

—Hola, Silvia. ¿Cómo te encuentras? —dijo a modo de saludo.

—Bien —le tendió la mano, que Jesús tomó entre las dos suyas con afecto.

—¿Quién eres? —preguntó casi arrepintiéndose al momento por su falta de tacto—. Quiero decir...

—No te preocupes —la tranquilizó Jesús rápidamente—. Esto les ocurre a muchas personas al llegar.

—¿Al llegar a dónde? —preguntó un poco intranquila sin poder evitar echar una ojeada a su alrededor.

—Eso depende de cómo lo mires —dijo esquivamente—. Tu madre lo llama "Paraíso".

—Sí, ya me lo ha dicho —insistió Silvia—. Pero, ¿dónde estamos?

—Y a mí —continuó como si no la hubiera oído— me conocen muchos por el nombre de Jesucristo.

Silvia se quedó sin aliento. ¿Qué quería decir ese hombre? ¿Que era conocido como Jesucristo... o que él era jesucristo?

Por si le quedaba algún tipo de duda, Jesús añadió:

—Yo soy Jesucristo. Has oído hablar de mí, ¿verdad? —bromeaba, pero Silvia no se dio cuenta de ello.

Miró a su madre instintivamente. Ella nunca mintió, ni siquiera en las cosas más banales. Y podía percibir que eso no había cambiado en absoluto, a pesar del tiempo. Laura asintió con la cabeza, confirmando lo que Jesús decía.

—Pero entonces —comenzó a decir algo desorientada—... Pedro, Juan, el batiscafo, ¿dónde están? ¿Qué ha pasado?

—Tranquila —prosiguió Jesús—. Todo a su tiempo. Ahora estás aquí, y no hay prisa. Tendrás acceso a gran conocimiento, pero poco a poco. Yo te recogí del batiscafo, y Juan y Pedro se encuentran bien.

—¿Pero dónde están?

Jesús y Laura se miraron.

—En la Tierra —dijo su madre—. En la superficie, quiero decir —se explicó—.

No había que atar muchos cabos para imaginar... Sus amigos se encontraban en la Tierra —suponiendo que creyera lo que le estaban diciendo—, ella, en el “Paraíso”. Su madre estaba a su lado —la que, por cierto, llevaba “muerta” veintinueve años—, y por si fuera poco, el mismísimo Jesucristo. O todo era una broma muy cruel, o la realidad era que estaba...

—Muerta —susurró—. Estoy muerta, ¿no es así?

Jesús y Laura volvieron a mirarse, y se rieron. Era una reacción bastante común en las personas recién llegadas.

—No, cariño, no. No estás muerta, ni mucho menos. Yo diría, incluso, que estás más viva que antes.

—¿Más viva por qué? ¿Qué quieres decir? ¿Qué está ocurriendo? —dijo Silvia desubicada, como alguien al que tratan de volver loco mientras intenta aplicar la razón a lo que le sucede.

—Tranquila, Silvia. Todo es muy real, pero has de tener paciencia. La mente ha de asimilar las cosas a un ritmo. Es como un desagüe —explicó Jesús—, si echas demasiado líquido no le das tiempo a tragar.

—Ésta —dijo Laura—, es mi casa. Donde yo vivo desde hace casi treinta años. Se encuentra sumergida en el océano, dentro de una gran estancia que conocerás en breve. Comamos algo, charlemos un rato, y más tarde saldremos para que lo vayas conociendo.

—De acuerdo —asintió Silvia, aunque no notaba muchas ganas de comer.

Echando un vistazo por encima, vio las paredes lisas, y lo que podría ser una especie de encimera de unos noventa centímetros de alto por sesenta de fondo. Tendría un metro y medio de largo más o menos, y la mitad de la superficie la ocupaba una especie de caja adosada a la pared y a la encimera, sin puerta.

No veía un horno, o un frigorífico, o una lavadora. Ni tan siquiera veía un grifo.

—Perdona un momento —le dijo su madre agarrándola por el brazo y moviéndola hacia un lado con suavidad.

Del suelo, como por arte de magia, se elevó una plancha aparentemente metálica de unos dos metros por uno, hasta estar a una altura de setenta y cinco centímetros del suelo, a la que seguían otras dos piezas de dos metros por cincuenta centímetros. Cuando cesó el movimiento, había en la estancia una mesa con un banco a cada lado. Y los tres objetos estaban...¡flotando!

Todavía no había salido de su asombro, cuando al darse la vuelta pudo ver en el “cajón” que estaba sobre la encimera lo que le parecieron unos pimientos con otras hortalizas variadas. No había llegado a distinguirlo del todo, cuando tras un breve resplandor, todo cayó al fondo hecho cubitos del tamaño de un dado de parchís.

Vio cómo su madre lo cogió todo, lo colocó en una fuente —que no sabía tampoco de dónde había salido—, y volvió a introducirlo en el cajón. Otro resplandor, y lo que allí apareció le abrió el apetito de inmediato: una fuente de verduras horneadas recubiertas de queso gratinado.

En la encimera, al lado, había tres platos y tres vasos —que tampoco supo de dónde salieron—. Los cogió y los dejó en la mesa —no sin antes preguntar, no

fuera a ser que se hundiera, o cayera, o cualquier cosa parecida, porque continuaba suspendida en el aire—, y al darse la vuelta de nuevo, vio en la encimera tres magníficos platos de ensalada.

Cuando se sentaron a la mesa, ésta tenía de todo lo que le pudiera apetecer a alguien —y si no, daba la sensación de que podría aparecer—, incluidos frutos secos, pan, y un sorbo de vino.

Durante toda la preparación —que pudo durar menos de veinte segundos—, Silvia no pronunció palabra alguna. Tendría que, como los niños hacen de pequeños, preguntar por todas y cada una de las cosas que acababa de ver. Pero éstas se sucedían más rápido de lo que ella podía preguntar.

Se sentaron a la mesa y comenzaron a comer. Silvia pensó que ahora sí era el momento de buscar respuestas.

—Bueno —comenzó diciendo, intentando aparentar en lo posible que todo le parecía normal—, no sé si comenzar a hacer preguntas, o quizá sea mejor que me vayas contando... lo que quiera que sea que tengas que contarme, mamá —y antes de que nadie dijera nada, añadió con tristeza—: Aunque la verdad... me gustaría saber qué ocurrió, y sobre todo, por qué no volviste a casa, ya que te encuentras bien. Papá y yo te hemos echado tanto de menos...

—Bueno. Pues lo mejor será comenzar por el principio —Laura sirvió ceremoniosamente vino en las tres copas, y alzó la suya a modo de brindis. Las tres copas se elevaron un poco por encima de sus cabezas—. Salud —bebieron, mientras Jesús y Laura mantenían una mirada cómplice—. Aquél día de... ¿1.976?, sí, aquél día, como digo, salí con el barco y me dirigí hacia “nuestra” cala; ¿la recuerdas?

—¿Cómo no voy a recordarla? —contestó Silvia añorando aquellos momentos—. Íbamos allí a menudo a contemplar las estrellas.

—Ese día —continuó Laura— tú habías ido con tu padre a una conferencia que tenía que dar —Silvia asentía con la cabeza—, y yo decidí salir con el barco. Lo que te voy a contar a continuación te va a parecer extraño, pero como podrás comprobar, va a haber muchas cosas que te parecerán rarísimas en estos días.

“Estaba en el barco esperando que oscureciera para contemplar las estrellas. De repente, cuando salí a cubierta, me encontré con un hombre. No me resultó amenazador ni nada de eso, pero... estaba en el mar, y por allí no había más

embarcación que la mía. No me lo explicaba. Era algo inaudito. “¿Quién es usted... y cómo ha llegado aquí?”, le pregunté —Laura se llevó a la boca una porción del apetitoso gratinado y comenzó a masticar despacio, continuando después de tragar—. “Ven conmigo, me contestó, aquí corres peligro” “¿Peligro? ¿Por qué?” “Se está formando una fluctuación telúrica por esta zona”.

—¿Una qué? —preguntó Silvia.

—Eso mismo pregunté yo. Algo que podría hacerme desaparecer, dijo. “De acuerdo. ¿Hacia dónde quiere poner rumbo?”, le dije. “Esto es demasiado lento. Ven conmigo” “¿Contigo? ¿Dónde?” “En mi nave” “¿Me tomas el pelo?”, le dije algo preocupada mirando a los alrededores. “No. Está aquí, sobre nosotros”. Yo miré pero no vi nada. Entonces él hizo un gesto, y allí arriba apareció, sobre nosotros, como una especie de bola azul. “No tenemos más tiempo”, me dijo mientras se me echaba encima para intentar abrazarme. Le intenté esquivar, pero no recuerdo si pude.

“De pronto el barco se movió, o eso me pareció a mí, y caí. Fue como si me hubiera quedado sin suelo que pisar. Una sensación muy extraña. Al caer me golpeé la cabeza y quedé tendida en el suelo sin poder moverme. No podría decir el tiempo que pasé así, pero cuando tuve consciencia de nuevo vi a aquél hombre, que continuaba allí. Nos estuvimos mirando un tiempo... no sé cuánto. Me di cuenta de que movía los labios e intenté hablar. “¿No vas a ayudarme?” “¿Quieres que lo haga?” “Sí”, le contesté.

“Después de eso lo vi ascender por el aire cinco o seis metros, y desaparecer. No estaba muy segura, pero me dio la sensación de estar muriéndome y de que todo aquello no hubiera sido nada más que un delirio, una alucinación.

“Lo siguiente que recuerdo es haber despertado aquí.

—¿Aquí... dónde? —preguntó Silvia.

—Ellos... son una civilización de fuera que vive bajo el océano —dijo Laura como si no tuviera importancia alguna lo que había dicho.

Continuó comiendo, a la espera de alguna pregunta de su hija. Era el momento de parar un instante, para ver si asimilaba o no lo que había oído.

Transcurrieron unos momentos, en los que Silvia no sabía realmente si la estaban tomando el pelo o no. Si estaba muerta y era una “novatada” del... cielo —

ahí esperaba, al menos, estar—, podría tener gracia quizá más adelante. Ahora, desde luego, no. Pero si como le habían dicho, estaba viva —¿cómo puede llegar una persona a vivir un momento en el que no sepa si está vivo o no?—... o su madre había perdido el juicio —cosa que no le parecía en absoluto— o era la historia más insólita que hubiera escuchado jamás.

Ni su madre ni Jesús dijeron más. El silencio era un poco raro, pero al parecer, Silvia tenía el turno de la palabra. Como si quisieran su consentimiento para continuar. La aprobación de haber entendido lo que había oído hasta el momento.

—¿Ellos? ¿Una civilización de fuera? —acertó a decir enarcando las cejas, esperando que su madre continuara con la historia.

—Así es —le contestó Laura.

—¿Y... de dónde son?

—El origen es muy lejano, pero esa es otra historia que te contará, si tú quieres, por supuesto, el padre de Jesús.

—¿El padre de Jesús... Dios? ¿Dios en... “persona”? —preguntó un poco mezcla entre sobresalto e incredulidad.

—Mi padre no es Dios —puntualizó Jesús—. Pero como tu madre te ha dicho, esa es otra historia de la que te enterarás, si quieres, más adelante.

Hubo un silencio, en el que Silvia parecía intentar encajar las piezas de un puzle en la memoria.

—Antes de que continúes me gustaría saber algo.

—¿El qué? —Laura la miró, intuyendo la pregunta.

—¿Por qué no volviste a casa? ¿Por qué dejaste a papá solo? ¿Por qué, si le continúas queriendo, vives tú aquí sola? —y añadió con tristeza—: También me dejaste a mí...

—Os dejé, pero no os abandoné.

—¿Cuál es la diferencia? Yo no he vuelto a verte.

Laura hizo un gesto como indicando que estaban juntas. Que se estaban viendo. Era evidente que para ella era como un paso lógico del camino, y se limitó a decir:

—Os espero.

—¿Nos esperas? —dijo Silvia sin enfado pero algo molesta—. ¿Cuánto tiempo crees que podrás esperar a papá? Tiene sesenta y cinco años...

Como tú, estuvo a punto de decir, pero en ese momento se dio cuenta de que su madre rondaba en aspecto los cuarenta... o treinta. No era posible, y sin embargo la tenía delante. Según el recuerdo que tenía de la imagen que había visto hacía poco en el espejo de sí misma, podrían ser hermanas gemelas.

De repente, como si acabara de comprender algo lógico e implícito a la conversación que estaban teniendo, le asaltó una duda, y cambió repentinamente de tema:

—¿Tú tienes... dos mil años? —se dirigió a Jesús.

—No... —comenzó a hablar Jesús.

—¿Entonces —prosiguió Silvia sin darse cuenta de que lo interrumpía—, lo de “Jesucristo” es una especie de... apodo?

—Nada de apodo, Silvia —retomó la palabra Laura—. Te ha dicho que no tiene esa edad, porque en realidad tiene más —de nuevo se cruzaron una mirada mutua que parecía decir: ni te imaginas cuántos más—. Y eso tiene relación con lo que estamos hablando. Aquí las personas viven muchísimo tiempo. Y las que venimos de “fuera” también. Por eso te he dicho que os espero. El tiempo que conocemos y lo que vivimos aquí es bastante diferente.

—¿Quieres decir que desde que tú estás aquí... no has envejecido?

—Eso es.

—¿Y que aquí se puede vivir durante —miró a Jesús— ... miles de años?

—Eso es —volvió a decir su madre como si no tuviera gran importancia.

—Y... ¿cuál es el precio?

Hubo un momento de silencio.

—Ninguno —se limitó a decir su madre.

Algo no encajaba en la mente de Silvia. Nadie da algo por nada. Pero mucho menos... ¡la vida eterna!

Aunque quizá decir eterna fuera exagerar.

—¿Te permiten vivir miles de años a cambio de nada? —volvió a preguntar incrédula.

—Solamente a cambio de que comprendas lo que significa —respondió Laura como si fuera lo lógico.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que alguien que no sepa valorar la vida en lo que se merece, tampoco tiene por qué poseerla.

Silvia se movió en su sitio.

—Así que es eso. ¿Y quién es el encargado de determinar si una persona la valora lo suficiente? —pensó.

—¿Cómo saben quién la valora? —preguntó un poco incómoda— ¿Y cómo estás segura de que... papá, por ejemplo vaya a poder “entrar” aquí? Y es más. Si yo no lo merezco, ¿qué harán conmigo?

Casi que al momento se arrepintió de lo que acababa de decir.

—Es muy sencillo, Silvia. La valora el que la posee. Quizá ahora no lo entiendas, pero te aseguro que es tan sencillo como decirlo.

—Nadie necesita una vida longeva para apreciarla —intervino Jesús—. ¿No te has dado cuenta de que eso no depende del tiempo que se posea? Afuera —dijo mirando hacia arriba— hay muchas personas que desperdician su vida, teniendo en cuenta que para ellos es larga. Otros la aprovechan al máximo sabiendo que va a ser corta. Pero el que realmente la aprovecha es el que la vive “hacia dentro”, para él. Independientemente del tiempo que viva.

Jesús hizo una pausa estudiada, antes de preguntar:

—¿Qué harías tú si te dijera que quedan dos semanas para que este planeta explote por causa del Sol?

Silvia se sobresaltó.

—¿Es cierto eso? —miró a su madre.

—¿Qué harías? —volvió a preguntar Jesús.

Silvia dudó antes de responder. ¿Era una pregunta capciosa? ¿Acaso quedaban realmente dos semanas? O se trataba de alguna especie de prueba... Sin embargo, Alfredo entró en su mente interrumpiendo sus pensamientos sin permiso.

—No sé —comenzó a decir dudando— ... creo que nada en especial.

—¿Tienes dinero ahorrado? —Jesús parecía un poco burlón— ¿No te lo gastarías todo para disfrutar lo poco que te queda?

Silvia sonrió, dándose cuenta de lo que Jesús quería decir. Disfrutar “lo poco que te queda” es en sí algo absurdo. Disfrutar la vida es lo lógico. Entera. No lo poco o lo mucho que quede, lo cual, por cierto, casi nunca se sabe cuánto es.

—Es cierto. Conozco alguna persona —dijo asintiendo con la cabeza— que “no vive”. Dice que ya lo hará cuando se jubile. Ahora está ocupado... creando “riqueza”.

—Si supiera que podría vivir mil años, ¿qué crees que haría?

—No sé... supongo que lo mismo. “Crear riqueza” durante seiscientos años, para “jubilarse” después, y disfrutar de los cuatrocientos que le quedarían.

—Te equivocas —le dijo Jesús—. Trabajaría durante novecientos sesenta años, para disfrutar cuarenta igualmente.

—Pues quizá tengas razón.

—Quizá no —dijo sin pretender parecer presuntuoso—. Ya lo hemos visto. Sabemos el resultado, y aunque dicho así suene a experimento, no lo ha sido. La

gran mayoría de los seres humanos son así. Necesitan evolucionar, aprender lo más importante de la vida, que es vivirla para uno mismo, en beneficio propio, y sin hacer daño a nadie.

—En eso estoy de acuerdo.

—Lo sé —se limitó a decir Jesús.

Silvia se quedó pensativa unos instantes. La seguridad que demostraba Jesús la inquietaba un poco.

—Si tú tuvieras la oportunidad de vivir miles de años..., ¿qué harías?

Difícil tarea para un “mortal” imaginar el vivir miles de años. ¿Cómo imaginar qué hacer durante... siempre?

—Pues... no lo sé —comenzó indecisa—. Supongo que dependería de muchas cosas.

—¿Como qué?

—Pues... ¿tendría salud? Porque vivir siempre y estar achacoso no tiene mucha gracia, ¿no? —Laura sonrió viendo cómo afloraba el buen sentido del humor de su hija—. ¿Estaría sola? Quiero decir... mis amigos, o alguien, ¿vivirían igual que yo?

—¿Te refieres a Alfredo? —preguntó Jesús.

Silvia se sonrojó. Es cierto que había vuelto a pensar en él, pero... ¡eso no podía saberlo Jesús! ¿O sí?

—Bueno... quizá —se atrevió a decir.

—No. Ningún amigo. Nadie —dijo Jesús cortante.

Hubo un momento de espera, en el que Silvia pareció sopesar su posible situación, antes de responder con seguridad:

—No.

—No, ¿qué?

—No querría vivir. ¡Para qué!

—¿Pondrías fin a tu vida?

—Sí —contestó después de dudar—, pero no sé cómo. Seguramente algo que me dejara “deslizarme” de la vida tranquilamente.

Al momento, se dio cuenta Silvia de que si aquello era una prueba, no la habría superado. Nadie, desde luego, iba a regalar una vida así a alguien que no la quisiera por el mero hecho de aburrirse.

—Entonces, tú estás de acuerdo con que una persona decida, en un momento dado, prescindir de su propia vida.

—Esa es una de las bases de nuestro sistema —dijo con orgullo—: el derecho a la vida.

—No te confundas —le replicó Jesús—. Vosotros no defendéis el derecho a la vida —Silvia le miró extrañada—. Vosotros defendéis la obligación a la vida.

—¿Qué quieres decir? —preguntó algo contrariada.

—Si alguien tuviera derecho sobre su vida, podría hacer con ella lo que quisiera. Pero eso no es así. No puede concluirlo si lo desea. Es más, aunque lo desee, hay alguien encargado, en vuestros hospitales, de evitarlo. Encargado de hacer lo mejor. Pero... ¿lo mejor para quién?

—Hombre, visto así, es cierto que te obligan a vivir.

—Pero la vida... ¡es un regalo! —exclamó Jesús como si fuera la única forma de verlo—. Puedes abrirlo y disfrutarlo... o rechazarlo. También puedes disfrutarlo un tiempo, y desecharlo después. Es... *tuyo* —dijo recalcando la palabra.

Visto así, pocos razonamientos para rebatir esa idea eran posibles. Lo cierto es que cualquier forma de rebatirlo sería siempre anteponiendo una idea ajena a la de uno mismo. Una idea de lo que alguien cree que uno debe hacer, a la propia idea de uno sobre cómo vivir o hacer las cosas. Y lo cierto es que, siempre que no se haga mal a nadie, ¿qué les importa a los demás lo que otra persona hace? De sobra sabía Silvia que eran cosas como la envidia o el cinismo lo que impulsaba a muchos individuos a intentar obligar a otros a realizar las cosas a su modo, y no al personal de cada uno.

—Poca gente dice lo que piensa —dijo Silvia.

—Pero algunos llegan a madurar, a darse cuenta de que importa más vivir bien que vivir. De que no se vive mejor porque tu vecino lo haga peor. De que callar lo que uno piensa no hace más que crear “capas” de infelicidad, generar presión, y no dejar desarrollarse a la mente. Sólo una mente libre encuentra el camino.

—¿El camino hacia dónde? —preguntó Silvia con ingenuidad.

—El camino hacia la perfección. Este planeta podría ser un paraíso... hubo un tiempo en que... —Jesús pareció recordar momentos lejanos, pero cambió de tema—: Quizá te apetezca salir y ver nuestro espacio.

—Mmm... de acuerdo —dijo Silvia pretendiendo no parecer descortés, aunque la conversación le pareciera de lo más interesante.

Habían acabado de comer hacía ya un buen rato, y llevaban hablando... ¿cuánto tiempo llevaban hablando? Instintivamente fue a mirar su muñeca, pero ahí no estaba el reloj que llevaba habitualmente. Tampoco vio reloj alguno en las muñecas de sus acompañantes, y las paredes... las paredes no tenían nada. Estaban totalmente lisas, sin adornos.

—Te has despertado —le dijo su madre imaginando lo que pensaba—... sobre las doce del mediodía, según el horario español de la península —le aclaró, recordando que Fernando vivía en las islas Canarias y por tanto con una hora de retraso—. Y ahora son las seis de la tarde, aproximadamente.

—Gracias —dijo Silvia mirando a su madre con extrañeza—... pero, ¿cómo lo sabes?

—¿El qué —Laura rio—, la hora que es, o que querías saberla?

—Pues francamente, las dos cosas.

—Que tú querías saberla era obvio —dijo divertida—. Te has mirado la muñeca, luego las nuestras, y después las paredes. La hora que es... la sé por costumbre. Hay sentidos que no se utilizan mucho en la superficie. Es tan fácil saber la hora como notar un picor.

Algo incómoda por lo ingenua que había sido, se levantó de su asiento... ¡su

asiento! No era liso, como cuando lo vio surgir del suelo. Tenía la forma de su... anatomía. ¡Con razón había estado tan cómoda a pesar de llevar tanto tiempo en lo que al principio le pareció plano y duro. La sorpresa iba en aumento. ¡Tampoco estaba ahora duro al tacto!

—Bueno. Si queréis —dijo mientras lo miraba y tocaba— ... salgamos.

Entre los tres llevaron los platos, copas, y todo lo que había sobre la mesa a... ¡la encimera! Al momento, los bancos y la mesa comenzaron a desplazarse hacia el suelo, desapareciendo en él. Ya no había nada. La estancia estaba vacía. ¡Y la encimera también! Todo lo que habían dejado momentos antes ya no se encontraba allí. Pero es que... ¡no se encontraba en ningún lado! La estancia, ¡estaba *vacía*!

—¿Qué pasa aquí? —preguntó—. ¿Por qué las cosas aparecen y desaparecen?

Jesús y su madre se miraron. Quizá era pronto para esa explicación.

—¿De dónde vienen esos objetos —continuó, apelando a su instinto de investigadora— y a dónde van? Sé que son reales, porque los he utilizado. Pero no entiendo...

—Esta tecnología —le dijo Jesús— es el fruto del control del magnetismo. Te lo explicaremos todo, pero en su momento.

—La verdad —dijo Laura con una sonrisa— ... no hace daño. Pero a veces hay que dosificarla.

* * *

Jesús se encaminó hacia lo que parecía una salida, y Laura hizo a su hija un gesto como de galantería para que fuera delante de ella.

Mientras seguía a Jesús, Silvia echó un vistazo a lo que podía ver. Además de la habitación en la que había despertado, de unos tres metros por tres, y el salón donde habían comido, de seis por seis, no vio ninguna pieza más a la vista. Ni siquiera un cuarto de baño... mientras pensaba esto, se dio cuenta de que debía de utilizar alguno antes de comenzar su... excursión.

Jesús se encontraba ya en lo que parecía la calle, cuando Silvia se volvió hacia su madre:

—Esto... perdona, mamá —estaba apurada—. Necesitaba... utilizar el aseo.

—¿Necesitabas? ¿Ya no? —bromeó su madre—. Ven conmigo.

La cogió con suavidad del brazo, y la llevó hacia la habitación en la que despertó unas horas antes. Allí no había nada, pero eso a Silvia comenzaba a parecerle lógico. Surgió una especie de asiento, parecido a los que habían usado cuando comieron, pero algo más pequeño.

—Siéntate ahí —le dijo su madre, como si comprendiera que era ilógico, pero que así debía hacerse—. En cuanto te sientes —explicó— la base tomará tu forma y se abrirá por el centro. Te dejo para que tengas más intimidad.

—¿Se abrirá por el centro? ¿Qué significa eso? —pensó Silvia. Se encontraba en una habitación de nueve metros cuadrados, vacía, con una plataforma de cincuenta por cincuenta centímetros... en la que se suponía se abriría un agujero al sentarse.

Aparentemente, no tenía más remedio que probar.

Se sentó. El tacto era tibio, y no duro. No diría que blando, pero no era duro. Entreabrió un poco las piernas para mirar, porque tenía un especial interés personal en comprobar que efectivamente el agujero se abriera. A estas alturas, después de lo que había visto, no lo dudaba, pero le daba cierta aprensión comenzar a... sobre una superficie plana.

Con gran asombro pudo comprobar cómo el aparente *metal acolchado*

comenzaba a desaparecer de la zona central. Inconscientemente hizo fuerza con las piernas para sujetarse, por si desaparecía todo el asiento, pero no fue así.

Debajo, solamente se encontraba el suelo... y sus pies, donde aparentemente caería todo aquello que se arrojara desde arriba.

—Que sea lo que quiera que sea —pensó, mientras comenzaba a realizar una necesidad que ya no podía posponer más.

Fue una experiencia de lo más extraña. Silvia estaba segura de haberse aliviado —como para no saberlo—, pero todo aquello se encontraba exactamente igual que momentos antes de sentarse. Con un tono que le dio la sensación de parecer estúpida e infantil por preguntar algo obvio —pero que no lo era ya tanto—, preguntó a su madre elevando la voz:

—¡Mamá! ¿No necesito... —miró de nuevo la habitación, pero ésta continuaba vacía—... papel?

—Perdona, Silvia, no me he dado cuenta de decírtelo. No. No lo necesitas. Si has terminado, simplemente levántate y ya está.

Silvia se levantó con prudencia, pero según pudo comprobar todo estaba limpio. Incluso ella. Recordó que no llevaba nada debajo de la túnica, pero así todo se notaba limpia. Aquella habitación se encontraba igual que cuando ella entró unos momentos antes.

—Magnetismo —susurró sin poder evitar recordar las palabras de Jesús—... ¿pero cómo?

La calle era un lugar acogedor. Lucía un sol espléndido, pero no hacía mucho calor. El cielo estaba azul, y sólo en la distancia podía verse alguna nube lejana. Enfrente de la puerta había un parque... o algo que lo parecía. Todo estaba muy limpio. Casi... demasiado limpio. No podía verse ningún coche... ni aparentemente lugar alguno donde pudieran estar guardados, pero... ¿quién podía saber! A lo mejor aparecían cuando menos se lo esperara.

Silvia estaba algo desconcertada, mirando hacia arriba.

—Perdonad, pero... ¿no me habíais dicho que estamos bajo el mar?

—Sí —le contestó Jesús mientras su madre asentía.

—Entonces —preguntó extrañada—... ¿cómo es que puede verse el cielo?

—Ese —dijo Jesús—, es *nuestro* cielo. Lo creamos nosotros. Por decirlo de alguna manera, es el techo de nuestra *casa*.

—¿Vuestra casa?

—Ya te he dicho —dijo su madre— que vienen de fuera. Su casa es su nave, Silvia. Viven en ella.

¿Una nave? Silvia miró de nuevo a lo lejos. No veía fin.

—Pero... esto parece el campo.

—¿Bonito, verdad? Esa es precisamente la idea. Vamos —invitó Jesús—, demos un paseo para que vayas conociéndolo. Te gustará.

Comenzaron a andar por lo que parecía una calle sin aceras, aunque tampoco era asfalto el resto. No había nadie, y la sensación era un poco oprimente para Silvia, que sólo recordaba momentos así de alguna película de miedo que había visto hacía tiempo. Veía grandes árboles, muchas plantas y flores, bastante vegetación, pero se sentía, sin saber por qué, intranquila. Lo bastante como para que lo pudieran percibir desde fuera.

—¿Te ocurre algo, Silvia? —le preguntó su madre.

—En realidad, sí —no quiso mentir—... pero no sé qué.

Laura recordó algo que también le sucedió a ella, e hizo un gesto como de caer en la cuenta de algo.

—¡Claro! —exclamó—. Es posible que estés algo incómoda por el silencio.

En ese momento Silvia se dio cuenta de que se encontraban en silencio. No ellos, lo cual tampoco sería tan extraño, sino todo. Todo se encontraba en silencio. ¡Ahora caía en la cuenta! No había sonido de pájaros, ni de... ninguna otra cosa.

—Con todos los árboles que hay, ¿cómo puede no oírse ningún pájaro?

—Porque no los hay —le contestó su madre con naturalidad.

Silvia la miró extrañada.

—¿Por qué no?

Jesús se volvió y la miró de frente.

—No los necesitamos.

—¿Cómo que no los necesitáis? Los pájaros son. No es una necesidad. Es la naturaleza.

—Esto no es la naturaleza, Silvia —le dijo Laura—. Es su casa.

—¿Tú tenías —preguntó Jesús sabiendo la respuesta—, en tu casa de... *arriba*, algún pájaro?

—No, porque a mí me gusta que estén en libertad.

—A mí también. Ésta —dijo Jesús enseñándole las palmas de las manos—, es *nuestra casa*. ¿Por qué te parece mal que no queramos tener pájaros?

—Bueno —dijo Silvia dándose cuenta de que se había metido donde no la llamaban— ... cada uno puede hacer lo que más le guste en su casa.

—Podríamos tenerlos —continuó Jesús—. De hecho, durante alguna catástrofe en la superficie, los hemos tenido. No me refiero a los pájaros, sino a todo tipo de animales por parejas. Pero después los hemos devuelto a sus lugares de origen.

“Aunque te lo parezca, aquí no disponen de libertad. Tuvimos que controlar su natalidad, porque les retuvimos el envejecimiento. No podíamos dejar que se multiplicaran.

—¿Les retuvisteis el envejecimiento?

—Sí. Mucho tiempo tuvieron que permanecer aquí. Si queríamos *dejar* lo mismo que *cogimos*, así había de ser. No podíamos confiar en la descendencia, porque no toda sobrevive, ni quisimos arriesgarnos a que cualquiera de ellos muriera en el parto junto con la cría.

“No interferencia —añadió.

—¿No interferencia? —preguntó Silvia— ¿Qué significa?

—Nuestra forma de pensar es que no debemos interferir en las formas de vida... por lo menos en lo que podamos —miró significativamente a Laura.

A Silvia le hubiera gustado saber qué significaba aquella mirada, pero tuvo la sensación de que lo sabría... en su momento.

Reanudaron la marcha, mientras continuaban hablando de todo tipo de cosas, mientras se acercaban hacia una especie de puerta, pero sin puerta. Como si hubieran construido sólo el marco. Tenía como dos metros de alto por uno de ancho. En el marco había una serie de botones y de luces.

A Silvia le llamó la atención, y se fue acercando para observar la... “escultura”. Sin embargo, algo le impidió el acercamiento —el aire la rechazó—, lo cual la sobresaltó en extremo.

—¿Qué pasa? —exclamó.

—No te asustes —dijo Jesús—. Es una estación.

—¿Una estación?

—Sí —comenzó a explicarle—, mira. Tú entras por esta puerta, y sales por donde lo hayas programado.

—¿Y cómo entro si ni siquiera puedo acercarme?

—Esta es la de salida. Tiene un túnel de protección para que no pueda aparecer nadie sobre ti. Por eso el sistema de seguridad te ha impedido acercarte. La de entrada está ahí —dijo señalando el otro lado de la puerta.

“Aparecer”... desde que estaba allí todo aparecía y desaparecía. ¿También las personas?

—Hay unos lagos preciosos —dijo su madre sabiendo lo mucho que le gustaba a Silvia nadar—, ¿quieres ver alguno?

Silvia dudó.

—Sí... claro.

Jesús pulsó unos botones en el marco por el lado contrario al que ella intentó acercarse, y dijo:

—Adelante.

Antes de que pudiera pensar dónde se metía, su madre se introdujo por el marco, y sencillamente... ¡desapareció!

Jesús esperaba, mirándola sonriente, mientras le indicaba con la mano que la siguiente era ella. No tranquila del todo, se acercó a la puerta y la atravesó como quien toma impulso para empujar algo. Simplemente no había nada. Fue casi como dar un traspies. Sin embargo... ¡ya no se encontraba en el mismo lugar!

Jesús apareció detrás, preguntando:

—¿Te ha gustado?

—Es —sólo atinó a balbucir— ... ¡increíble!

Delante de ellos había un gran bosque —o por lo menos eso parecía—, y a su lado izquierdo, un lago enorme en absoluta calma.

—¿Te apetece darte un baño? —preguntó su madre—. Es un lugar precioso, ¿verdad?

Desde luego el paisaje era de lo mejor, pero un baño...

—No es un lago como los que puedas conocer —le advirtió.

¿Acaso algo de allí era como algo que conociera? ¿Por qué iba el lago a ser diferente? Pero la curiosidad de Silvia aumentó.

—¿Cuál es la diferencia?

—Básicamente, que es como una gigantesca piscina de agua pura, pero sin tratar. Y en él no hay peces, ni algas. Nada por el estilo.

—¿"Nado" por qué estilo? —preguntó Silvia de broma.

—Por el que quieras —contestó Laura continuando la broma—, pero aquí, lo idóneo es el estilo... "libre".

Si alguna palabra podía definir aquello, desde luego era esa: libre. No pasó inadvertido para Silvia el que, a pesar de la estupenda temperatura y de la cercanía de tanta agua, no hubiera ni un solo mosquito que viniera a turbar la paz del momento. Ni una mosca, ni... ¡el aire estaba limpio!

—Antes me habéis dicho que aquí no hay pájaros —preguntó—. ¿Tampoco hay mosquitos?

—Ni un solo insecto —dijo su madre mirándola divertida—. Y aire... “puro”.

—Pero —dudó—... ¿los insectos no son necesarios para...

—¡Para qué! ¿Para las plantas?

Silvia movía la cabeza arriba y abajo.

—Pues... sí. Las plantas, el ecosistema, la polinización... ¡Ya sabéis! Todas esas cosas.

—Aquí no hacen falta, Silvia —dijo Jesús—. Nosotros generamos las plantas, y si es necesario, las ayudamos a germinar.

—¿Cómo que “generáis” las plantas? —preguntó con curiosidad.

—Sí. Las fabricamos —contestó Jesús como si fuera lo más normal.

—¿Que las fabricáis? ¿Cómo se fabrica una planta?

—Te enterarás a su debido momento —dijo Jesús para después mirar a Laura—. Ahora, si te apetece, podemos darnos un baño.

Dicho esto señaló una especie de cabina que se encontraba no muy lejos de la orilla.

Según se fueron acercando, Silvia pudo comprobar que era algo parecido a una cabina de teléfonos pero sin puerta, con todos sus lados opacos incluido el techo. Y... estaba vacía. Aunque eso ya comenzaba a no cogerle por sorpresa.

—¿Para qué sirve? —preguntó mirándola.

—Aquí —le dijo su madre—, puedes conseguir bebida, comida, ropa... vamos, más o menos, lo que te apetezca. Muy práctico si quieres, por ejemplo, merendar junto al lago, o beber algo después de bañarte o hacer ejercicio.

Silvia comenzaba a habituarse a que las cosas pudieran aparecer de “ningún sitio”. Podría, efectivamente ser práctico tener de todo a disposición de uno, pero...

—¿Ropa?

—Sí. Para bañarte, si es que te apetece.

—La mayoría no la utiliza —dijo Jesús—. Como irás viendo, aquí sólo usa ropa aquél al que le apetece usarla, dependiendo del calor que pueda tener. En cualquier caso, si sale sin ella y cambia de idea puede cogerla en cualquier cabina de servicio.

—Ya... ¿y cómo se paga?

Jesús y Laura se miraron sonriendo.

—¿Aún no te has dado cuenta? —le dijo su madre—. Aquí no se paga nada.

Silvia quedó desconcertada.

—¡No se paga! Pero entonces, ¿qué ganan las personas que la hacen? ¿Cómo viven?

—Ese es nuestro modo de vida, Silvia —dijo Jesús—. Nadie hace nada para recibir algo a cambio. Lo hace porque le apetece, para ayudar, para que los demás puedan disponer de todo. Él también recibe los productos de otros.

—Pero eso es una... anarquía, y la anarquía es algo imposible. Siempre puede haber alguien que quiera más que otro. Que trabaje menos pero que desee algo más caro.

—Aquí nadie trabaja menos que otro, Silvia. Ni más. Trabaja lo que le apetece, simplemente —dijo Jesús como si esa fuera la única forma de entender la vida—, y cuando le apetece. Las personas viven para sí mismas, y el trabajo siempre es divertido, y ocasional.

—¿Y si no es así?

—No lo hacen.

—¿Y si alguien no hace nada y lo quiere todo?

—Lo coge.

La simplicidad del argumento era tan aplastante, que Silvia no pudo rebatir la respuesta de Jesús. Se quedó un momento mirando el lago.

—Si estáis aquí, es obvio que vuestra sociedad funciona. Pero no entiendo cómo.

—Lo entenderás, porque tú también formarás parte de ella, Silvia —le dijo su madre cariñosamente. Y añadió señalando hacia el lago—: Y ahora, ¿qué mejor forma de ir conociendo todo que disfrutarlo?

Las aguas más puras que jamás hubiera podido ver Silvia en toda su vida, podía ser aquello con lo único que podría comparar las cristalinas aguas del lago. Con la diferencia de que aquí no había ni gota de cloro, ni arenas que fueran movidas por las corrientes —ni corrientes que pudieran arrastrarla—, ni sal que provocara escozor de ojos, ni corales que pudieran herirla. Diría que podía ver a través de decenas de metros por debajo del agua. Y fuera del agua... kilómetros — aparentemente— de superficie.

Estuvieron los tres jugando, riendo, salpicando. Mientras recordaba cómo era la vida con su madre, Silvia iba tomando más confianza con Jesús sin darse cuenta.

Al salir del agua, desnudos —habían dejado que esta elección la hiciera Silvia, ya que “el invitado” no debe estar incómodo—, Jesús y Laura se dirigieron hacia la cabina de servicio. Entró en ella Jesús, y salió seco. Entró en ella Laura, y salió seca. Silvia levantó las manos como diciendo: “qué remedio”, y entró también.

—Pulsa aquí —le dijo su madre.

—¿Secado rápido?

—Más que secarte, lo que hace es quitarte el agua.

Silvia pulsó donde la había dicho su madre, y quedó seca al instante.

—¿Podríamos comer algo, no? Yo tengo bastante apetito —dijo Silvia.

—Vale. Elige tú.

Jesús se acercó a ella y, tomándola de una mano, la acercó a una de las paredes exteriores de la cabina.

—Vas a comenzar a aprender —y dicho esto pulsó lo que parecía un botón, y aparecieron (cómo no) muchos otros—. ¿Qué te apetece?

Los botones eran como unas mini pantallas de cristal líquido de cinco por cinco centímetros, y en ellos no había texto pero podían verse las imágenes de gran variedad de productos. No había carne en ninguno de ellos. Silvia pulsó —o mejor dicho, tocó— tres veces la imagen de una bebida que parecía un zumo. Jesús le hizo una seña para que se asomara a la cabina y recogiera lo que había solicitado. Así lo hizo Silvia, y allí estaban, esperándola, los vasos de zumo recién hecho.

—¡Un momento! —dijo curiosa—. Quiero ver cómo “llega” lo siguiente.

Jesús solicitó tres bollos de cereal. Silvia miraba atentamente. No quería perderse detalle. Una tenue luz, y allí estaban tres bollos recién hechos, aún calientes, dispuestos para ser comidos. Como en muchas películas que había visto: no había nada, y en los siguientes fotogramas aparecía... pero esto no era una película, y lo que acababa de ver no era ningún efecto especial. Los bollos, los zumos, no eran hologramas; eran bien reales y... ¡vaya olor! Le vino a la memoria una de las escenas de Star Trek, en la que los tripulantes eran teletransportados de una nave a otra. Pero esto... era real.

—¿Te ha gustado? —le preguntó Jesús.

—Pues... la verdad es que no he visto nada. Pero ha sido asombroso. ¿Cómo funciona?

—Sistema de integración.

Parecía como si quisieran darle la información con cuentagotas. ¿Por qué no podían ser un poco más claros?

—¿Os apetece comer en mesa, o lo hacemos en la hierba?

Silvia miró la hierba, verde, esponjosa, limpia, sin insectos. No conocía nada así. Era como un mullido vegetal, fresco, acogedor.

—Yo prefiero la hierba. No me perdería por nada probar algo así.

Los tres rieron mientras se sentaban.

Cuando estaban casi comenzando a comer, Silvia pudo ver cómo aparecía alguien por la... “estación”. Los miró, y después de hacerles un gesto de saludo con el brazo se dirigió hacia ellos. También vestía con una túnica blanca, sujeta a la cintura por una especie de cinturón brillante. Entonces se dio cuenta de que al salir del agua decidieron comer, y sin más se sentaron a ello. Se lo estaba pasando tan bien y la temperatura era tan estupenda, que no era consciente de que ninguno de los tres había vuelto a ponerse la ropa.

—¡Hola! —dijo a modo de saludo el recién llegado—, ¿cómo estáis?

Jesús y Laura se levantaron para recibirle. Después, señalando a Silvia, dijo Jesús:

—Es la hija de Laura, Silvia. Él es Charles.

Silvia se levantó también y se acercó para darle la mano. Sin embargo, Charles se pegó a ella para abrazarla, como si la conociera de antes.

—Tenía ganas de conocerte, ¿sabes? Tu madre me ha hablado de ti y de tu padre.

Silvia respondió al abrazo, que parecía afectuoso, aunque estaba algo desconcertada.

—¿Y tú eres...?

—Mi nombre completo es Charles C. Taylor. Teniente Charles C. Taylor, pero claro, eso a ti no te diré nada —Silvia negaba con la cabeza—. Estaba al mando del vuelo número diecinueve.... desaparecido en 1945.

—¿Desaparecido?

—Sí. En la zona de Las Bermudas.

—Lo siento. No me suena.

—¿No has oído hablar de Las Bermudas? ¿De las desapariciones que han ocurrido allí?

—Sí, sí. Lo que no me suena es tu nombre.

—Claro, mujer. Tú naciste años después.

—Pero, entonces, ¿has estado aquí todos estos años? ¿Por qué no has vuelto?

Mientras hacía la pregunta, Silvia se dio cuenta de la relación que había entre ese hombre y su madre. Tampoco aparentaba más de... treinta años, y desde entonces habían pasado cincuenta, además de los que él pudiera tener de antes. Y... tampoco había regresado.

—¿Para qué? —le respondió.

—No me digas —dijo Silvia algo recelosa—. Vives para ti, no para los demás.

—Eso es.

—Estábamos a punto de comer algo —le invitó Laura—. ¿Te apetece unirte?

—Sí. Voy a por... ¿qué tenéis, bollos?, pues venga otro para mí.

Se acercó a la cabina de servicio y volvió con su comida para sentarse junto a ellos. Charles no se quitó la túnica, aunque podría haberle dado lo mismo debido a la posición que tomó al sentarse en el suelo.

—¿Y... te gusta esto? —preguntó a Silvia.

—La verdad es que sólo llevo aquí unas horas, por lo menos despierta. Lo que he visto ha sido realmente impresionante.

—Te quedarás. Casi todos lo hacen.

—¿A quiénes te refieres?

—A los contactados que *bajan* aquí, ya sabes.

—No. No sé.

—¿No se lo habéis dicho?

—Aún no —dijo Jesús—. Prácticamente acaba de llegar.

—¡Por favor! ¿Decirme qué? ¿Qué ocurre?

—Charles habla de muchos de los desaparecidos.

—Muchos...¿eso quiere decir que...que no todos están aquí?

—No. Gran parte están... *¡desaparecidos!* —dijo Jesús poniendo énfasis en esta palabra.

—Bueno. Pues quizá sea hora ya de que me contéis algo que no sepa.

—Cualquier momento es bueno.

—Que sea éste, entonces.

—¿Sabe quién eres? —dijo Charles a Jesús.

—Algo hemos hablado antes, ¿verdad, Silvia?

—Tú has dicho que eres... Jesucristo, o por lo menos eso es lo que yo he entendido.

—¿Hay alguna cosa en especial que quieras saber antes?

—Bueno. Pues —Silvia estuvo tentada de decir: todo. Eran tantas cosas—... para empezar, y sin olvidar para después el tema *religioso*, me gustaría saber cómo es posible contemplar lo que parece va a ser una preciosa puesta de sol, si estamos, como decís, bajo el mar.

Jesús quedó pensativo unos instantes.

—También podrás ver un espectáculo de estrellas cuando oscurezca...

Comenzaré por explicarte lo del Sol.

“Nuestra civilización tiene unos conocimientos tecnológicos infinitamente más avanzados que todo lo que puedas conocer... y me atrevo a decir que incluso a imaginar. Conocemos la electricidad —Silvia enarcó las cejas—, y aprovecho —dijo Jesús dándose cuenta del gesto— para decirte que me interrumpas en el momento en que quieras para hacer cualquier pregunta —esperó.

—Ya que lo dices... nosotros también la conocemos, y por cierto, hace tiempo.

Laura, Jesús, y Charles se miraron sonrientes y asintieron como quien lo hace al lado de un niño que cree saber muchas cosas, pero que no sabe nada de lo mucho que le queda por aprender.

—Me he explicado mal —aclaró Jesús—. Al decir que la conocemos quería decir que sabemos cómo funciona, y por qué. Vosotros, hasta ahora, sólo la utilizáis, la generáis, la conducís... es como encontrar algo y darle uso. Nosotros la conocemos a nivel subatómico, y podemos producirla al momento, y en la cantidad que deseemos. Sin agua. Sin turbinas. Sin generadores de combustión.

“Conocemos también el magnetismo —Silvia estuvo tentada de interrumpir, pero prefirió escuchar—, cómo se produce y cómo se genera. Ésta es, Silvia, la clave de todo: *el magnetismo*. Sabéis lo que ocurre con él, y lo usáis, pero no sabéis por qué. Sabéis que un superconductor genera un campo magnético en determinadas circunstancias, y os aprovecháis de ello, al igual que hacéis con la electricidad, pero lo realmente importante es saber cómo se mueven esas partículas magnéticas. No generar un campo, sino generar un movimiento de partículas controlado. Que sepas qué partículas se mueven, cómo, hasta dónde, y hacia dónde.

Jesús hizo una pausa, y vio que Silvia asentía.

—Realmente —continuó— tenemos un profundo conocimiento de la materia. Sabemos cómo está formada, y podemos formarla igual. A nivel subatómico, las partículas llegan a ser masas con cargas eléctricas. Esas cargas son producidas por las partículas magnéticas, mucho más pequeñas. Y como éstas son manipulables, también podemos variar la carga eléctrica de la materia.

“El *Sol* que puedes ver es realmente una representación suya, radiactivo, incluso. Aquí llegan las mismas radiaciones que pueden llegar a la superficie,

porque nosotros lo queremos así.

—Pero —interrumpió Silvia—... eso podría perjudicaros, ¿no?

—Nuestra medicina no permite eso. Si quieres te lo explico ahora, o sigo con...

—No, perdona. Sigue. Ya me contarás eso más tarde.

—Nos gusta la superficie —dijo Jesús—, y desde aquí hacemos que pase el sol por donde justamente lo haría si estuviéramos en la superficie ascendiendo en línea vertical. Lo mismo ocurre con las estrellas... salvo algunas pocas veces.

“El sol lo ves... en la parte superior de la nave en la que vivimos. De ella salen las emisiones radiactivas, aunque esa explicación te la dejo para mi padre.

“Bien..., la materia —dijo señalándose las manos—, cualquier tipo de materia —miró a su alrededor— mantiene cierta interacción magnética entre sí. Como sabrás, hay varios tipos de fuerzas —comenzó a enumerar indicando con los dedos—:

“la nuclear débil, que es la responsable de la desintegración beta de los neutrones; su alcance e intensidad no es muy fuerte. La nuclear fuerte, que es la que mantiene unidos los componentes de los núcleos atómicos; es la más fuerte, pero de poco alcance. La electromagnética, que aunque algo menos intensa, tiene un alcance *ilimitado*, aunque sólo afecta a los cuerpos cargados eléctricamente.

Jesús hizo una pausa para continuar:

—Por último, está la fuerza gravitatoria. Lo que la diferencia de la electromagnética es que afecta a *todos* los cuerpos, aunque no estén cargados eléctricamente, y esto la convierte en la más interesante de todas. La convierte en la fuerza manipuladora por excelencia, ya que prácticamente se encuentra en toda la materia.

“Voy a explicarte cómo funciona un escáner... de los nuestros —aclaró Jesús, ya que sabía que la palabra podía dar lugar a confusiones—. Después lo verás funcionar.

“Imagínate, Silvia, un centro emisor. De él emanan unas partículas magnéticas que regresan más tarde con la información que decodificaremos. Es

como... una placa de rayos-x; en un lado está el emisor, y en el otro la placa que queda impresa. El inconveniente de esto, además de la radiación, es que necesitas poner una placa detrás de lo que quieres conocer. Con el emisor magnético no es necesario, ya que las partículas son emitidas y regresan *solas* por efecto de la fuerza gravitatoria. Sin embargo, vuelven con información de todo aquello que han atravesado. Un potente sistema informático se encarga de representar la imagen de todo.

—¿En forma de holograma? —preguntó Silvia.

—Así es.

—Vaya —acertó a decir casi sin palabras—... ¿qué tipo de informática tenéis?

—Una muy buena —dijo Jesús divertido—... que no falla.

—¿Y... lo de la estación, la cabina de servicio, cómo funciona?

—¿Tienes claro lo que te he dicho hasta ahora?

—Creo... creo que sí. Todo lo claro que...

—Continúo, entonces.

Silvia estaba comenzando a comprender el porqué le habían dicho en varias ocasiones que le explicarían todo más adelante. Despertar allí, en ese *mundo*, y que le hubieran hablado de todo esto de primeras, habría sido demasiado incluso para ella, que se consideraba bastante abierta de mente, y por qué no decirlo, bastante inteligente.

Jesús continuó explicando:

—Podemos dirigir las partículas magnéticas hacia donde queremos y como queremos. Ya que ellas regresan con *información*, usamos ésta para variar determinadas cargas eléctricas si nos conviene. Utilizando la atracción de estas partículas, podemos *atrapar* otras y moverlas de lugar —hizo una pausa para comprobar que Silvia entendía la explicación.

“Imagínate que delante tienes una manzana. Apuntas hacia ella un escaneador, y lo pones en funcionamiento. El aparato emite las partículas —que,

acuérdate, vuelven solas—, e identifica todos los componentes atómicos de la manzana.

—Con eso podrías obtener una representación perfecta de ella, ¿no es así?

—Ese es el comienzo —asintió Jesús.

—¿El comienzo?

—Así es. Te he dicho antes que podemos variar las cargas eléctricas; ¿te acuerdas?

—Sí.

—Cuando el escaneador tiene el objeto identificado, puede invertir sus cargas, de forma que las atracciones atómicas varíen.

Silvia seguía interesada la explicación.

—¿Y?

—La materia puede entonces *juntarse*. ¿Sabes que si tuvieras el tamaño de un átomo podrías *navegar* por dentro de una manzana y te parecería el cosmos? Si eliminas el espacio que hay entre toda esa materia, no podrías ver la manzana. Ni siquiera podrías ver un edificio, de lo poco que ocuparía.

—¿Así funciona el... transporte?

—No exactamente. Utilizamos esta tecnología de tres formas. Una de ellas es el transporte, como tú lo has llamado; en ese caso sólo se trasladan las partículas de sitio. No se cambia nada. Se toman de aquí, van por un conducto rápido, se recolocan allá.

“Otra forma es el desintegrador, que yo he llamado antes escaneador. Éste registra toda la información del objeto, varía sus cargas, y *junta* la materia guardándola en una celdilla especial para ello. Más adelante puede volver a reintegrarlo; sólo ha de recuperar en holograma la memoria del objeto, y volver a dejar las partículas como estaban respecto a sí mismas.

“La tercera forma es la desintegración total. En este caso el escáner, o desintegrador, no toma memoria del objeto; solamente le varía las cargas de su

estructura, diseminándolo en el aire.

—¿Desaparece... para siempre?

—Así es.

—Total... y absolutamente —intervino Charles—. Todavía le doy gracias a Jesús cada vez que me acuerdo.

—¿De qué habla? —preguntó Silvia intrigada.

—Te quiere decir... a su manera, que la desintegración es un fenómeno que se encuentra en la naturaleza.

—¿Qué quieres decir?

—Que el campo magnético de la Tierra produce este efecto en algunos lugares de su geografía.

—Pasas por allí y... ¡zas! No se supo más de ti —apostilló Charles—. Te esfumaste.

—¿Hablas de... de Las Bermudas? ¿Del triángulo?

—En concreto, ése es mi caso, pero hay más lugares así en el mundo. Yo soy uno de los afortunados, porque Jesús pasaba por allí. Me salvó.

—Igual que su padre hizo conmigo —dijo Laura.

—¿Queréis decir que hay lugares naturales en el planeta donde se produce ese fenómeno? ¿Que te puedes, sin más..., desintegrar? ¿Desaparecer? —preguntó extrañada.

Los tres movieron la cabeza afirmativamente.

—Vaya...

Silvia se quedó pensando un momento. Había visto aparecer y desaparecer muchas cosas desde que se encontraba allí. Y según le estaban diciendo, también podía ocurrir naturalmente. Algunas de esas personas que se habían encontrado en esa situación fueron rescatadas a tiempo. Pero la mayoría no.

—¿Y... nunca ha vuelto a aparecer alguien... o algo?

—No —la contestó Jesús—. La energía natural *disemina*, pero no tiene intencionalidad. No pretende memorizar la estructura de la materia para almacenarla.

Eso le recordó a Silvia todo lo que había aparecido en la estación de servicio. Los alimentos. Pero éstos debían de haber desaparecido anteriormente y..., también haber sido preparados.

—Por eso, todo lo que hemos tomado... estaba almacenado —pensó Silvia en voz alta—. Pero..., ¿dónde se prepara?

—Bueno, tampoco es necesario que esté almacenado.

—¿No? ¿Entonces de dónde sale? ¿Y cómo puede estar preparado si no hay alguien que lo haya hecho? ¿No hay nadie encargado de ello?

—No exactamente. Ya te ha dicho Jesús —dijo Laura— que aquí el trabajo es un concepto diferente. Algunas personas, por entretenimiento, se encargan de cultivar y de preparar comidas y bebidas. Cuando están preparadas, un *almacenador...* desintegrador, para entendernos, lo guarda en una celdilla. De manera que todo lo que necesitas es *desalmacenarlo*.

—Reintegrarlo.

—Eso es.

—¿Y cuánta comida tenéis almacenada en esas celdillas?

—Pero también puede formarse sin más, sin necesidad de “existir” previamente.

Silvia se quedó confusa al oír esto. ¿Cómo podía ser posible? Si algo no existe, es que no existe. No puede aparecer.

—Hemos hablado antes de un escáner —dijo Jesús cambiando de conversación—. ¿Quieres ver uno?

—¿Cuánta comida tenéis almacenada? —pensó Silvia de nuevo. No estaba segura de haber realizado una pregunta incómoda de responder, o si simplemente

no era ese el momento de oír la respuesta. En el poco tiempo que llevaba allí le había ocurrido varias veces.

Ver un escáner... una cosa era oír relatos de *ciencia ficción* y otra muy diferente verlo con sus propios ojos.

—Claro que quiero. ¿Cómo no? —casi sin pensarlo se levantó para ir a... Entonces se dio cuenta de que no sabía ni siquiera si había que moverse del lugar. Y también de que continuaba sin la túnica.

El *Sol* comenzó a ponerse, de manera que la noche no tardaría mucho en llegar. En el cielo podían verse ya algunas estrellas, y Silvia, instintivamente, miró hacia su túnica, que permanecía en el suelo. Estuvo tentada de recogerla y ponérsela por acto reflejo, pero lo cierto era que la temperatura continuaba exactamente igual que antes.

—¿No refresca por las noches?

—No, a no ser que alguien lo desee por algún motivo. Pero si es así, se pasa un aviso de ello. Lo sabríamos.

—¿Elegís el tiempo que vais a tener?

—Sí. A veces, a alguien le apetece disfrutar de una tormenta o cosa parecida. Lo solicita, se da aviso, y la disfruta. A los demás no les afecta en absoluto, salvo que vayan allí donde se va a producir.

—¿Disponéis de tanta energía como para derrocharla en algo así?

—La energía es infinita. Está en la materia —contestó Jesús con naturalidad.

—Cómo cambiaría el mundo si dispusiera de energía inagotable —dijo Silvia con aire de ensueño.

—Dispone de ella —dijo Jesús—. Pero aún no lo sabe.

—¿Y por qué no se lo decís?

—No están preparados.

—¿Preparados?

—La utilizarían para intentar dominarse los unos a los otros... o para matarse.

—No todos son malos. Podría usarse para bien. ¿No os importa lo que sea de nosotros? ¿No queréis ayudarnos?

Charles y Laura miraron a Jesús, que contestó:

—Tiene gracia que me hagas precisamente a mí esa pregunta.

Silvia quedó por un momento desconcertada. “¿Precisamente a él?”

—¿Qué quieres decir?

—Que yo, precisamente yo, he sido el voluntario de intentar ayudaros varias veces.

—¿Ayudarnos? ¿Cómo?

—¿En serio preguntas cómo? —preguntó Jesús sorprendido—. Acabas de llegar al tema *religioso* del que hablabas antes.

—Es cierto —dijo Silvia recordando—, tú eres... Jesucristo.

—Por ese nombre me conocen muchos. Yo fui a la superficie para intentar que los humanos fueran mejores. Que no pelearan continuamente por todo. Que no se mataran por absurdos. Que vivieran su vida con dignidad, y que se ganaran el derecho a poder disfrutar de una vida...

—¡Eterna! —le interrumpió Silvia.

—Bueno. Yo nunca dije eterna. Dije ilimitada, que no es exactamente lo mismo.

—Entonces —dijo Silvia casi sin palabras—... esto es... esto es “¿el Paraíso?” —miró a su madre recordando cómo lo había llamado ella cuando se vieron por primera vez en ese lugar—. ¿La tierra prometida? ¿Lo... lo que *podrán disfrutar* todos los hombres de buena fe que se lo merezcan?

—Es una forma de decirlo, pero más o menos, sí.

—¿Y qué pasa con todas esas historias de los milagros, las apariciones, las resurrecciones? ¿Son todo mentira?

—Todas no. No exactamente —dijo Jesús mientras se levantaba e iba hacia su túnica. La recogió, se la puso, y cogió el cinturón. Ese aparato que parecía estar hecho de espejo—. Alguno te lo explico ahora mismo —dijo mientras se lo ponía.

Silvia abrió la boca de asombro ante algo que al parecer a su madre y a Charles les parecía normal. Jesús, sin ninguna razón aparente, había comenzado a flotar en el aire.

Como si esa manera de moverse fuera normal para él, se desplazó hacia el lago y se detuvo en la orilla. Tocó algo en el cinturón y descendió hasta la superficie, para a continuación comenzar a avanzar andando... ¡sobre el agua! Anduvo unos veinte metros hacia adentro y, dándose la vuelta, miró a Silvia, alzó las manos hasta la altura de los hombros, y comenzó a ascender en el aire.

Silvia lo miraba, incrédula y pasmada. Seguramente tan incrédula y tan pasmada como mucha gente lo miró hacía ya muchos años aquella vez que se hizo tan famosa una ascensión parecida.

Prácticamente no se le veía ya con la poca luz que quedaba, cuando Jesús dejó de ascender para dirigirse hacia ellos a gran velocidad. Posó los pies en el suelo, con suavidad, al lado del grupo que le esperaba. Silvia aún no había cerrado la boca.

—Esto, es un cinturón gravitacional —dijo Jesús mientras se lo quitaba y se lo mostraba.

Silvia lo cogió en sus manos. Era el metal más pulido que había podido ver nunca. Se quedó, en ese momento, sin palabras. Si estaba dicho: “cinturón gravitacional”, y Jesús había salido “volando” con él, con que...

Lo miraba, absorta, sin creerse aún del todo lo que tenía en las manos.

—¿No dices nada? —le preguntó su madre—. ¿No quieres preguntar... algo? —había un tono de burla en su voz, pero no ofensivo, sino de complicidad.

—No sé... ¿no te hace daño en la cintura? —los tres se rieron, y Silvia con ellos, contagiada—. No, en serio. Que esto te sujete y tire de ti no tiene que ser fácil de soportar.

—No, qué va. La gravitación afecta a todo el cuerpo. En realidad no tira de ti, sino que te mueve entero. Pruébalo —la invitó Jesús— y lo comprobarás.

—¿Probarlo? ¿No hay que saber utilizarlo?

—Sí. Hay que saber, pero sólo para probarlo no es necesario.

Silvia volvió a mirar el objeto que tenía entre las manos.

—Si no sé ni cómo se pone.

Jesús se acercó a ella, le dio la mano para que se pusiera en pie, y le cogió el cinturón.

—Mira —dijo mientras se lo colocaba en la cintura y pulsaba algo—. Ya está.

—¡Eh! Noto como si... como si no pesara.

—Lo he graduado para que peses, pero muy poco. Observa.

Y dicho esto, Jesús le dio un leve empujón, y Silvia salió despedida por el aire como si hubiera sido lanzada con gran fuerza, pero a cámara lenta.

Incluso el pelo parecía flotar. Recordó esas imágenes que había visto a veces en las noticias cuando hablaban de la lanzadera espacial.

Pero no estaba en un *tubo* metálico, ni avión ni lanzadera. Estaba, o al menos eso parecía, en pleno campo al lado de un gran lago. Y su trayectoria no la llevaba hacia un panel de mandos, sino hacia Charles. Éste la dio un toque, y la encaminó hacia su madre, que a su vez la dirigió de nuevo hacia Jesús.

—¿Te ha gustado? —le preguntó mientras le desconectaba el cinto.

—Es... es... no hay palabras para describir esto.

—Supongo que al menos dos de los *milagros* te han quedado bastante claros, ¿no?

—Tan claros como el agua —Silvia se quedó pensativa—. Por cierto, ahora que digo agua; lo del vino...

—Desintegración, integración —dijo Jesús por toda respuesta.

—Ah —Silvia parecía ir encajando piezas— ... por lo tanto, lo de los panes y los peces ya no tiene tampoco tanto misterio. ¿Sabes lo que te digo?, que ahora soy yo la que va a hacer un *milagro*.

Silvia se levantó, y fue hasta la estación de servicio para recoger de ella otro bollo.

—¿Alguien quiere algo? —preguntó, y los cuatro rieron.

El Sol ya se había puesto totalmente, pero la enorme luna llena que apareció daba luz para ver con total claridad.

Silvia regresó con algo de comer para todos, e hizo otro viaje a por bebidas. Cuando volvía, mientras se sentaba en la hierba, dijo:

—Oye, dime una cosa. ¿Por qué nos han querido hacer creer siempre que al *final de los tiempos* los hombres vivirían en paz y concordia con todo tipo de animales?

—Esa, es otra de tantas cosas que se han cambiado de sentido con el boca a boca. Yo dije que los hombres nunca más habrían de temer a las fieras, ni a ser vivo alguno. Que vivirían en paz.

—Claro, no las hay...

—Efectivamente.

—Otra pregunta.

—Las que quieras.

—¿Cuándo vamos a ver el escáner?

Jesús se quedó pensativo.

—Podríamos ir ahora, o podemos hacerlo mañana, como tú quieras.

—La verdad es que no estoy cansada. Pero sí desorientada. No sé qué hora es. Aunque en realidad, ni siquiera sé si aquí hay horas.

—Tiempo hay en todos los lugares, aunque varía la forma de medirlo —dijo Jesús—. Quizá, para mantener la regularidad de tu cuerpo sea mejor descansar un poco.

—Sí. Además mañana comeremos con tu padre —le dijo Laura a Jesús—, y será mejor que esté despejada.

—¿Despejada para qué? —preguntó Silvia.

Jesús y Laura se miraron.

—Para la verdad —dijo su madre.

Silvia pudo ver en sus miradas que no se enteraría de... lo que fuera, hasta el momento oportuno para ello.

—De acuerdo, entonces —dijo.

Se levantaron, y Silvia fue a recoger los vasos que habían sobrado de las bebidas.

—Déjalo —le dijo Jesús—, no hace falta.

Jesús pulsó algo en la cabina de servicio, y todos los vasos desaparecieron, así como todas las migas que pudiera haber por el suelo. Aun sin comprenderlas del todo, este tipo de cosas comenzaban ya a no parecerle extrañas a Silvia.

—¡Desintegración! —dijo divertida.

—Limpieza —contestó Jesús.

Riendo, llegaron a la estación, donde Charles introdujo un código:

—Bueno. Encantado de conocerte, Silvia.

—Lo mismo digo.

Se despidieron con un beso.

—Ya nos volveremos a ver.

Charles se introdujo en el *portal* con la túnica en la mano, y eso le recordó a Silvia...

—¡Nos hemos dejado las túnicas en...

—Las he cogido yo —le dijo su madre— ... ¿te la quieres poner?

Laura tenía en su mano su túnica y la de Silvia, y se la estaba ofreciendo.

—¿Da lo mismo?

—Sí. Aquí puedes ir libremente como más te apetezca. Nadie se molesta porque seas tú.

—Eso suena bien.

Cogió la túnica y se la puso. No estaba acostumbrada todavía a entrar por un lugar y salir por...

Jesús cambió la dirección, ya que no iban al mismo lugar que Charles, y los tres pasaron, saliendo por el mismo sitio por donde habían entrado unas horas antes.

Silvia dio una vuelta sobre sí misma, intentando ubicarse.

—Si no me he despistado mucho, tenemos que ir hacia allí, ¿no? —dijo señalando la dirección en la que creía que se encontraba la casa a donde iban.

—Es buena, ¿eh? —dijo Laura a Jesús haciéndole un guiño.

—O sea, que he acertado.

—Sí.

La casa fue algo más difícil de reconocer, pero también lo hizo, aunque algo confusa. La entrada era como una pared de metal. No había puerta en ella.

—¿Por dónde hemos salido? —se acercó a tocar la lisa superficie mirándola detenidamente.

Mientras tanteaba con su mano, tocó algo que no había visto, y desapareció parte de la pared, quedando abierto el hueco de la puerta. Se podía pasar.

—¡Anda! Se abre así. ¿Y si viene cualquiera y lo abre? —preguntó con ingenuidad.

—Nadie abre algo que no es suyo —respondió Jesús—. Nadie coge algo que no es suyo.

Esa respuesta, tan simple, impresionó a Silvia. Así es como ella creía que deberían ser las cosas siempre. ¿Por qué tenían que existir personas que quitaran a otro lo que no era suyo? Pero, por lo menos de donde ella venía, eso era inherente a su raza. Lo sorprendente para ella era que realmente en algún lugar pudiera ser una realidad. El respeto por los demás, el cariño, la dedicación, y la vida en común sin contiendas absurdas, sin violencia.

—Nos vemos mañana —dijo Jesús.

Silvia entró en la casa y se quedó de pie, esperando a que entrara su madre, ya que estaba todo vacío.

—Bueno, te voy a enseñar a usar algunas cosas.

—Como por ejemplo... dónde está la cama. Yo sé que por lo menos hay una, porque la he usado —dijo bromeando.

Su madre le fue explicando cómo utilizar los mandos y cómo distinguirlos. Y cuando se dieron cuenta había pasado ya más de media hora. El cansancio se dejaba notar, y se disponían ya a echarse cuando Silvia preguntó:

—Mamá. ¿De verdad nos estás esperando? Me refiero a papá y a mí. No es que no te crea, es que... es que se me hace todo tan raro... me da la sensación de que ahora me acostaré y que cuando me despierte te echaré más de menos que nunca, porque todo esto no habrá sido más que un sueño —recordó su situación en el batiscafo—. Un sueño... que me esté produciendo la falta de oxígeno.

Laura se acercó a su hija y la abrazó, sujetándole la cabeza con una mano, largamente, con cariño.

—Te puedo asegurar que esto no es un sueño. Duérmete tranquila, porque al despertar continuarás aquí.

Silvia despertó.

Lo primero que sintió fue como un agradable bienestar en todo el cuerpo. Recordaba haber notado esa sensación anteriormente más de una vez. Esa sensación que se tiene cuando se ha descansado bien, y el cuerpo “te pide” moverte no por aburrimiento, sino porque tiene tanta energía que parece insultante no utilizarla. Sin gana alguna de comer, pero satisfecha. Sin ganas de beber, pero saciada. Con ganas de levantarse, alzar los brazos, y levitar sobre el suelo.

Y con la sensación de creer poder hacerlo.

En poco tiempo se dio cuenta de que no sentía el cuerpo. Sentía más bien... fuerza. Notaba como si su ser fuera etéreo.

Energía.

De pronto los recuerdos llegaron a su mente. Su madre, Jesús, Charles... se encontraba en la misma habitación en la que despertó no hace mucho con idénticas sensaciones. O quizá era ahora cuando realmente estaba despertando.

Acudieron también recuerdos de Juan y de Pedro, de la investigación... pero eran “lejanos”, como si fuera algo que ocurrió hacía ya mucho tiempo.

Se alzó de la cama sin esfuerzo, y salió de la habitación. Pudo comprobar que estaba en la casa que recordaba, y también vio a su madre, que aún dormía.

—No es un sueño... —pensó algo aturdida.

Hizo memoria de lo que le había explicado su madre antes de acostarse, y se decidió a preparar un desayuno. Se acercó a la *caja* que se encontraba sobre la encimera, y, después de tocar la superficie de uno de sus laterales, seleccionó una opción. Aparecieron unas fresas de estupendo aspecto. Fue tocando varios “botones”, hasta que en el interior de la caja había un buen surtido de frutas frescas. Las de piel gruesa se encontraban ya peladas, aunque sería más correcto

decir... ¡sin piel! Entonces buscó una imagen que representaba una especie de rejilla, y la pulsó. Una tenue luz iluminó las frutas, y en ese momento, Silvia supo que, aunque no había podido verlo, unos haces paralelos habían rebanado todo lo que se encontraba en el interior. Aparentemente no había sucedido nada, pero cuando tocó la piña que se encontraba de pie, ésta se movió en capas como uno de esos puzzles que se montan colocando sucesivas láminas una encima de otra.

Buscó un recipiente entre los símbolos de los botones, y una vez que lo pulsó, eligió el modelo que quería. Lo seleccionó. “Algo” le empujó suavemente un brazo que tenía sobre la encimera, y justo allí fue donde “apareció” toda la fruta que tenía preparada, ya sobre el recipiente que había elegido.

—El sistema te detecta —recordó para sí al darse cuenta de por qué su brazo había sido movido— ... y te protege.

Cuando tenía preparado casi todo, notó que su madre despertaba. Sin darse cuenta de que esa era una percepción que habitualmente no tenía, se acercó hacia donde se encontraba el otro dormitorio.

—Buenos días.

—Buenos días —le contestó su madre que aparecía en ese momento—, ¿qué tal has descansado?

—Muy bien. La verdad es que no recuerdo haber descansado tan bien nunca, aunque la verdad es que ni siquiera sé cuánto he dormido —miró a su alrededor como buscando una ventana o algo así—. ¿Qué hora es? Como no se ve nada...

—Cierto. Aquí las casas no tienen ventanas. No hacen falta.

Lo evidente es lo que se ve. Y estaba claro que ventanas no había. Pero que no hicieran falta...

Laura tocó algo en la pared.

—Esto no te lo dije ayer —Silvia se quedó conmocionada por un momento—. Compréndelo. Son tantas cosas...

De repente, se encontraban en el campo. No eran imágenes en la pared, no. Estaban, realmente, en el campo. Se podía ver —y oír— un arroyo cercano que

provenía de un lago distante. Había grandes árboles, y una magnífica salida de sol. Pero el suelo... el suelo continuaba siendo liso, aunque ahora era un enlosado de piedra que se encontraba en el porche de una cabaña de madera.

—¿Hemos... hemos cambiado de lugar?

—No, no. Seguimos en casa. Éstas son unas imágenes elegidas, que si te apetece podemos cambiar.

—Pero... ¿no es posible! —dijo acercándose a tocar la pared— ¡No es una pantalla!

—No. No es una pantalla. Es una imagen real. “Estamos” en este lugar.

—¿Cómo funciona?

—Pues verás... según me explicaron, cada partícula de la pared... o algo así, emite una longitud de onda determinada. No te olvides de que todo lo que puedes ver no es más que una recreación de lo que hace tu cerebro con las radiaciones que llegan a los ojos. Cuando un haz luminoso choca en una superficie, ésta se queda con parte de su energía, reflejando otra parte. La parte reflejada es la que llega a nosotros. Como cada superficie refleja longitudes de onda diferentes, nosotros vemos objetos diferentes, formas diferentes, colores diferentes,...

Silvia, impresionada, movía su cuerpo lentamente desde un lado hacia otro, cerca de donde se suponía que debía encontrarse la pared.

—Pero... la imagen varía. Veo en tres dimensiones. ¿Cómo es posible?

—Yo desde aquí no veo lo mismo que tú. Te repito que no es una pantalla.

—O sea que... lo que hace este sistema es recrear la luz que supuestamente sería reflejada si antes hubiera llegado a... “chocar” con este paisaje.

—Tú lo has dicho.

—Entonces... no hay ninguna diferencia entre estar viendo esto o ver un paisaje de “verdad”.

—Ninguna. A tus ojos llega la misma luz. A tu cerebro la misma información.

—Estamos viendo algo real... aunque no existe.

—Sí.

—Pero aun así, continuamos dentro de la casa —insistió Silvia.

—Sí.

—Entiendo que no hagan falta las ventanas en cuanto a las vistas, pero...

—El aire se renueva y limpia continuamente —le aclaró su madre antes de que pudiera concluir la pregunta.

Silvia giraba sobre sí misma, maravillada, admirando lo que veía. Inspiró profundamente. Era aire fresco, puro.

—Es precioso... increíble.

—A mí también me lo parece. Y reaccioné como tú cuando lo vi por vez primera. Nuca hubiera podido imaginar que podría verse algo sin que estuviera ahí. Me refiero a verse de verdad, claro. No como en las televisiones o cines que conocía.

—Aunque en realidad, todo lo que vemos es lo que interpretamos. No sabemos de verdad cómo es.

—Eso es cierto.

—Es que... ¡es increíble! —repitió Silvia sin atinar a decir otra cosa.

—Veo que has preparado un buen desayuno.

—Sí, lo que no esperaba es que fuera a ser en un lugar así —en ese momento miró la mesa—... ¡pero si hasta la mesa es de madera! —y sin poder evitarlo se acercó a tocarla— Imposible... tiene tacto de madera. ¿Cómo puede ser? Una cosa en “engañar” a la vista, pero engañar al tacto...

—No es un engaño —le corrigió su madre—. Tocas madera “de verdad”.

—¿Cómo?

—La materia se estructura de formas diferentes.

—¿Quieres decir que la mesa cambia de forma?

—De forma no, de composición. La estructura molecular recibe información para organizarse de modo diferente, al margen del color que pueda representar, pero eso es algo que te podrá explicar con más detalle Jesús... o su padre.

Recordó que, en efecto, ese día habían quedado para conocer al padre de Jesús. Pensado así parecería que iba a conocer al mismo Dios, aunque ya sabía que no era así, pero sin embargo un cierto nerviosismo se apoderó de Silvia ante esta idea. Si Jesús tenía la edad que... —por cierto, no sabía cuál era—, ¿qué edad podría tener su padre? Algo misterioso, enigmático, envolvía a aquella... ¿persona?

—Bueno —dijo su madre sacándola de sus inquietantes pensamientos—, ¿te gusta lo que ves o prefieres algún otro paisaje? Quizá...

—No, es perfecto —Silvia dudó un momento—. ¿Quizá qué? ¿Qué ibas a decir?

Laura tocó de nuevo la pared, y la estancia se transformó en la sala de estar de su casa. De su antigua casa, en donde vivía con su marido y con Silvia.

Estupefacta, Silvia intentó acercarse a uno de los objetos que había en una de las paredes, pero la imagen se hallaba más lejana que la propia pared que emitía su luz. Notó como si un campo de fuerza la impidiera avanzar más, y recordó esa sensación. Era parecida a la que unos minutos antes tuvo cuando algo la empujó el brazo. El sistema la protegía de un posible golpe contra lo que realmente se encontraba cerca de ella.

—¿Y esto? —dijo tocando la pared, aunque lo que veía se encontraba más allá—. ¡Es nuestra casa!

—Me gusta, de cuando en cuando, pasar algunos momentos aquí.

—¿Pero cómo...

—Ya lo verás. Eso es parte de lo que veremos hoy.

—Pues —dijo con aire nostálgico—... me gustaría hacer aquí el desayuno, si

no te importa.

—¿Cómo va a importarme? Me encantará. Dudaba, precisamente, de si no te traería demasiados recuerdos.

—Sí que me los trae, mamá. Pero todos son buenos.

Madre e hija se dispusieron, entre gratos recuerdos, a desayunar. Fue, para Silvia, como retroceder en el tiempo, volver a su niñez. Este último día de su vida había sido excepcionalmente extraño. Se había “asfixiado”, había conocido a una persona milenaria, había visto utilizar —e incluso utilizado— tecnologías inconcebibles para cualquier mente... Pero lo más maravilloso había llegado ahora, con el desayuno. Ella, su madre, su casa, los buenos recuerdos...

—Buenos días. ¿Se puede? —se oyó la voz de Jesús.

—Pasa, pasa —invitó Laura.

—¿Os habéis puesto de acuerdo? Acabamos de terminar ahora mismo

Jesús y Laura se miraron sonriendo.

—Intuición —contestó Jesús—... ¡vaya! Si estáis en “casa”.

Silvia miró a su madre.

—¿Conoce nuestra casa?

—¿Te parece mal? Yo también conozco la suya. No te pensarás que esto eran unas “polaroid”, ¿no? —dijo algo guasona señalando las paredes.

—Pues también es verdad. Discúlpeme usted si le he ofendido con mis malos modos —hizo de broma una reverencia a Jesús.

—Por esta vez lo permitiré —Jesús levantó la barbilla continuando la broma—, pero no se acostumbre a que no conozca sus casas. Yo... lo conozco *todo*.

Silvia dejó de sonreír.

—¿Eso es verdad?

—¿A qué te refieres? —dijo Jesús ingenuamente.

—¿Lo conoces todo? ¿Sabes todas las cosas?

Laura y Jesús no pudieron contenerse, y se echaron a reír.

—No, mujer, no. ¿Cómo voy a saber todo? ¿Quién sabe *todo*?

—No sé —dijo Silvia indecisa— ... como tú eres... quizá tu padre...

—No. Él tampoco sabe todo. ¿Crees que pueda existir en algún lugar alguien que lo sepa todo?

—Como siempre la religión ha dicho que...

—Perdona —le interrumpió Jesús—. Ya que aquí me doy por aludido, te contaré algo: yo dije que mi padre podía ver todo lo que los hombres hacen, pero nunca dije que lo estuviera viendo constantemente. Ni tampoco que le interesara.

—Otra de las tergiversaciones de los hombres.

—Así es. También dije, en alguna ocasión, que cada hombre tiene un dios en su interior. No sé por qué eso tuvo menos influencia —dijo mirando a Laura—, a mí me parecía más interesante.

Silvia se quedó absorta. Lo que acababa de oír... o lo que le parecía que había oído, podía tener una trascendencia infinita para las creencias de todo el mundo.

—Quieres decir que no sólo eres responsable de la religión... ¿católica? —oyéndolo a medida que formulaba la pregunta, ésta comenzó a parecerle absurda—, que también has generado... creado... no sé cómo decirlo, ¿otras?

—Sí —se limitó a contestar como si no tuviera mucha importancia.

—Budismo... Hinduísmo... —pensó Silvia en voz alta.

—Islamismo —pareció como si Jesús recordara— ... tres de las religiones más importantes surgieron del mismo lugar.

—Asia, Sinaí... —murmuró Silvia perpleja.

—Sí. Lo curioso es que yo dije lo mismo a todos.

—¿Entonces?...

—Mal entendimiento, además de conveniencias. Posiblemente falta de preparación. Quizá aún era pronto.

—¿Y qué les dijiste?

—Les hablé de la paz, del respeto por las cosas, por los semejantes y por los que no lo son, les dije que el cuerpo es un templo que hay que cuidar, y que conociéndolo se pueden realizar maravillas con él. Les hablé de que el cuerpo funciona solo, ayudado por una serie de “corrientes” de energía, pero que el pensamiento lo hace funcionar a tu voluntad. De que para ser felices —y que para eso se vive— el cuerpo ha de estar sano, y de que para estar sano, la mente ha de ser positiva. De que la mente es como un conductor que lleva un vehículo...

—¿Les hablaste de vehículos?

—Mujer..., entonces el ejemplo fue diferente.

—Perdona..., te he interrumpido.

—Les dije que la mente es el conductor que puede llevar al cuerpo por una autopista o por un camino de piedras. Exactamente, por un camino llano o por un intrincado sendero de montaña —dijo Jesús antes de que Silvia dijera nada—. Les dije, que si conseguían todo esto, ser buenas personas, y en definitiva, ser felices, podrían vivir ilimitadamente en un lugar paradisíaco, donde nunca sucede algo malo.

—¿Y aquí nunca sucede nada malo? —preguntó Silvia extrañada.

—No.

—¿Cómo es eso posible?

—Las personas que hay aquí son buenas.

—¿Nunca ha habido alguien que no lo haya sido?

—Sí.

Silvia esperó un momento, pero vio que Jesús no iba a decir nada más. Se atrevió a preguntar:

—¿Y... qué pasó con él?

—No le permitimos quedarse —Silvia se quedó mirando a Jesús con aire interrogativo en espera de que continuara la explicación—. Lo devolvimos a la superficie.

—Pero —dijo sin comprender muy bien—... entonces podrá haber contado todo.

Jesús la miró con cara de inocencia, levantando ligeramente los hombros.

—¿Y? Esto no es un secreto. Nos da lo mismo.

—No lo entiendo.

—¿Qué hay que entender, Silvia? Suponiendo que no lo tomen por loco, ¿crees que nos afecta en algo el que alguien diga que estamos aquí? ¿O que todo el planeta lo sepa? ¡Si nosotros tenemos la idea de darnos a conocer!... pero aún es pronto.

Silvia se quedó pensativa unos instantes.

—Vale —dijo admitiendo lo que Jesús decía—, todos son buenos. Pero, aparte de eso, ¿nunca ha sucedido algo? No sé... un accidente...

—En el sentido en que lo preguntas, no.

—Perdona —dijo desconcertada—, es que es tan difícil de creer...

—Luego lo comprenderás mejor, después de hacer “turismo” —dijo Jesús gracioso.

—¿Y... la idea del infierno, de dónde surgió?

—Eso es pura inventiva de los hombres. Quizá los que han estado aquí y han sido expulsados se han sentido como si fueran castigados a permanecer en un

lugar malo, donde necesitan trabajar para vivir, donde las enfermedades pueden matarlos, donde hay violencia, donde envejecen y mueren.

“Pero eso no es así. Es verdad que el que se lo merece se queda... pero es un premio, un regalo que le hacemos. El que no se lo merece no se queda... pero el hecho de no hacer un regalo, de no dar un premio, no es en sí un castigo.

—¿Y quién decide quién se queda y quién no?

—Nosotros. Es nuestra casa.

—¡Ah!... —comprendió Silvia con la lógica de que a su casa no invitaba nunca a nadie que no le cayera bien.

Laura desactivó las imágenes de las paredes y la casa volvió a tener la apariencia simple de paredes desnudas. Silvia tenía curiosidad por saber cómo era posible que todo permaneciera tan limpio continuamente, incluso ellos mismos, que no necesitaban asearse, pero, al parecer, esa era otra de las cosas de las que se enteraría a lo largo del día.

Fueron andando, igual que el día anterior, hasta la estación. Allí Jesús pulsó unos botones y dijo a Silvia:

—Dirección: campos de cultivos —y acto seguido se introdujo en el pasillo, desapareciendo por él.

Silvia pasó también, esta vez caminando con normalidad, y después lo hizo su madre. Al otro lado, se encontró en un lugar que efectivamente parecían campos cultivados. No tenían una gran extensión, como los que recordaba haber visto en la superficie, pero sí tenían un considerable tamaño, pudiendo ser, así a ojo, de varios kilómetros cuadrados. Detrás de ellos se veían unas montañas no muy altas, por donde discurrían varios cauces de agua.

—Jesús... ¿qué tamaño tiene esto? Me refiero al lugar, a la nave... o lo que sea donde estamos. Se ven espacios tan grandes... pero claro, después del desayuno —recordó el paisaje, “su casa” —... una no puede estar muy segura de que la distancia que ve esté realmente ahí.

—Tienes razón —dijo Jesús riendo—, podría haber una pared ahí al lado, ¿no?

—Aquí parece que todo es posible —Silvia fingió una divertida sorpresa—, y también he podido comprobar que los sentidos no son del todo fiables. Además, no hemos andado más que de casa a la estación, desde allí al lago..., y poco más. No se percibe distancia, suponiendo que de poder hacerlo sirviera de algo.

—Es cierto. Los transportes son inmediatos y no se percibe la distancia. Ahora mismo nos encontramos a ochenta kilómetros de la casa de tu madre. La nave tiene... es algo así como... un “disco” de trescientos kilómetros de diámetro por uno de altura.

—¿Tres... cientos kilómetros? —enarcó las cejas abriendo los ojos.

—Sí.

—Pero... ¿es o no es una nave?

—Sí. Lo es.

—¿Y cómo puede moverse algo así?

—Después te enterarás. Por cierto, cuando vayamos a ver el escáner, te harás una mejor idea de toda la superficie de la nave y también de dónde están ubicadas las cosas.

—¿Una especie de holograma-plano de todo?

—Algo así.

—Estoy casi segura de que podría verlo ahora —dijo resignada—, pero seguro que hay una buena razón para esperar, ¿no?

—En efecto. No quiero privarte de la sorpresa... que sobre todo quiere darte tu madre.

—¿Sorpresa? ¿Qué sorpresa? —preguntó curiosa.

—Si te lo dijera, ya no lo sería —Laura y Jesús se miraron sonriendo.

¿Qué tipo de sorpresa podía querer darle su madre? ¿Acaso no había habido suficientes sorpresas en tan poco tiempo? Y lo que es más: si todo lo que había visto se lo habían ido enseñando con tanta naturalidad, como algo cotidiano, ¿qué

clase de... “cosa” se reservaría en ese lugar para una sorpresa?

—¡Jesús! ¿Cómo va eso? Me alegro de verte —se acercó saludando un hombre.

Era joven, fuerte, e iba vestido con una túnica parecida a la de ellos. Le llamó la atención a Silvia el cinturón con el que se la ajustaba. Era... muy parecido al que llevaba Jesús: como hecho de espejo.

Luis, que así era como se llamaba, se percató de la mirada de Silvia. También se dio cuenta de que ella no llevaba.

—Me llamo Luis —dijo a modo de presentación—. ¿Lo quieres ver? —le preguntó haciendo ademán de quitárselo.

—No, no, gracias. Ni siquiera sé usarlo. Yo... soy Silvia —tendió la mano.

—¿Vienes de “fuera”, verdad?

—Sí. ¿Por qué lo sabes?

—Por la manera de mirarme el cinturón... y sobre todo, porque has dicho que no sabes usarlo.

Silvia miró a su madre:

—¿Tú sí sabes?

—Todo el mundo que está aquí sabe hacerlo. Tú también aprenderás.

—¿Y por qué no llevas uno?

—No lo necesito —dijo su madre con sencillez.

Hasta ahora, Silvia había pensado que quizá unos pocos privilegiados podían llevar ese tipo de artefactos, pero pudo comprobar que cualquier habitante de allí disponía de todo lo que había.

—Luis —dijo Jesús—, Silvia está interesada en saber cómo funciona todo

esto.

—Será un placer enseñártelo, aunque es posible que te defraude.

—¿Por qué?

—Pues porque no hay gran cosa que ver, créeme.

Los cuatro se dirigieron hacia la plantación más cercana, y fueron caminando hasta estar al lado mismo de algo que parecían sandías.

—Lo que yo hago, Silvia, es controlar qué producto está maduro para su consumo. Cuando veo alguno, lo “recojo” —Luis anduvo unos pasos hacia el interior del cultivo, y se detuvo—. ¿Ves?, ésta nos va a servir —señalaba una sandía grandísima que estaba en el punto exacto de consumo—. Ven, ven, acércate.

Silvia se acercó hasta su lado, y entonces Luis se llevó las manos al cinturón y manipuló algo en él. Una especie de resplandor, parecido al foco de una linterna que la iluminara, se dirigió hacia la sandía. Al momento, apareció en el aire un holograma de la sandía. Pero no era un holograma normal, sino que su imagen era transparente. En él podían verse todas las parte de la sandía, incluso las internas, como si fuera una de esas animaciones por ordenador que Silvia había visto más de una vez en algún documental de tecnología. Podía ver la sandía a la vez por fuera y por dentro, con todos sus colores perfectos.

—Esto —dijo Luis— lo puedo utilizar también para ver si de verdad está o no madura. Tengo buen ojo, pero a veces, cuando la escaneo puedo ver que aún le falta un poquito.

Silvia estaba hipnotizada mirando la imagen que flotaba en el aire.

—Qué cosa tan bonita.

—Sí. Bonita... y práctica. Puedes elegir la parte que deseas ver.

—Cómo... ¿una porción del todo?

—Sí. Fíjate —dijo Luis tocando el cinto.

De pronto, sólo las semillas podían verse flotar. Continuaban fijas en el aire, donde estaban antes, pero ahora no se las veía nada más que a ellas. Después

desaparecieron y apareció la “carne”, la parte comestible. Era una gran esfera roja —ya que no se veía la piel— flotando, con las cavidades de las pepitas vacías. Por último, pudieron contemplar la piel, la parte externa, que como continuaba siendo transparente podía verse su interior vacío.

—Sorprendente, ¿verdad? —dijo Luis—pues aún no has visto nada. Ahora te voy a enseñar qué hago realmente.

Luis adelantó su mano, como para querer coger la sandía del holograma, pero, como era de suponer, la atravesó. Sin embargo ésa era su intención. Llegó con su dedo índice hasta la parte comestible, y la “tocó”. Desapareció. Allí quedaron, en el aire, las pepitas y la piel.

—Y esto es todo.

Silvia estaba perpleja.

—¿Decepcionada?

—¿Decepcionada? Si no sé qué has hecho.

—Pues —miró a Jesús como en busca de confirmación—... lo que acabo de hacer es recoger la sandía. La parte roja, lo que se come, la he guardado en una celdilla, y la otra —pulsó algo en el cinto y desapareció todo—... en otra diferente.

—¿Quieres decir que podéis desintegrar selectivamente unas partes u otras —preguntó Silvia levantando una de sus cejas— y que lo que has hecho ha sido “guardar” la carne?

—Así es.

—¿Y qué hacéis con lo otro, con lo que no se come?

—Lo guardamos.

—¿Lo guardáis? ¿Para qué?

—Es materia —dijo Luis alzando un poco las manos, como si fuera obvio.

Silvia miró a Jesús. Pero éste la miró de esa forma que ya conocía, como diciendo: “te enterarás, tranquila”

—¿Cuánta gente trabaja aquí? —preguntó resignada.

—¿Gente? —respondió Luis extrañado—. No sé. Los que quieren. Hoy estoy yo.

—¿Tú solo? ¿Para todo esto? —Silvia miró los campos.

—Sí.

Hubo un momento de silencio, en el que Jesús y Laura sonreían, Luis parecía confuso, y Silvia parecía pensar.

—Entonces —dijo—... explícame cómo funciona. Cómo hacéis para que no se os estropee la cosecha, para ponerlos de acuerdo.

—Bueno, el que se estropee la cosecha es algo improbable —dijo Luis— aunque tampoco tendría importancia —Silvia le miró extrañada—. En realidad lo hacemos por gusto, no por necesidad. A lo mejor eso te aclara el porqué no tenemos unos turnos de trabajo y todo eso. En realidad esto es un pasatiempo —continuó antes de que Silvia pudiera decir nada—, pero si alguna vez alguien va apurado de tiempo, también puede hacerlo así.

Luis tocó el cinturón de nuevo, y salió de él un gran haz que abarcó decenas de metros. Al igual que antes, todos los frutos que abarcaba el haz fueron representados en forma de holograma. Luis varió el tamaño de la representación de forma que, a escala, varias docenas de metros quedaron visualizadas en apenas un metro. Seleccionó en el holograma varios frutos, y después realizó una operación parecida a la anterior, con la diferencia de que esta vez desaparecieron a la vez todas las partes comestibles. Después desapareció todo lo demás. Había recolectado docenas de frutos simultáneamente. El resto, las que no estaban maduras, continuaban allí.

—¿Ves? —dijo—si tienes “prisa”, podrías hacerlo todo a la vez. Pero te repito que es un entretenimiento.

—Ya... —atinó a decir pasmada. Y volviéndose hacia Jesús, preguntó—: Y lo de que no hace falta cultivar alimentos... ¿en su momento? —Jesús asintió sonriendo, y Silvia preguntó—: ¿Se podría recoger *todo* lo plantado a la vez?

—Sí.

—¿Y... cómo hacéis para que esto llegue a vuestras casas?

—¡Oh! —continuó Luis—, después se prepara en celdillas de ración y se llevan al “almacén”. De allí, como si fuera un supermercado, lo recogen aquellos a los que les apetece y se lo llevan.

—¿Puedo verlo? —preguntó Silvia curiosa.

—Por supuesto —Luis miró a Laura y a Jesús— ¿vamos?

Se encaminaron los cuatro, dando un paseo, hasta el lugar al que Luis llamara almacén, que se encontraba a unos quinientos metros de donde estaban.

Al llegar, Silvia no vio nada de lo que esperaba ver en un supermercado. No había estanterías, no había productos, no había máquinas registradoras, ni empleados, ni... ¡no había nada!

—¿Esto es?

—Ya te dije que te decepcionarías —dijo Luis.

—Decepcionada... no, extrañada. Aquí no hay nada.

Jesús, Laura, y Luis se miraron sonriendo.

—¿Nada? —dijo Luis—. Mira bien. Aquí hay... millones de toneladas de alimentos frescos recién “cortados”.

Estaban en una habitación de unos cuantos metros cuadrados. Silvia volvió a mirar con más atención, y entonces se percató de una especie de pared que había llena como de nichos, pero también éstos estaban vacíos. Le recordaban a esa “caja-horno-cortadora-suministradora” que su madre tenía en casa.

—Ahí están —dijo Luis dándose cuenta de que ella miraba hacia allí—. En cada apartado hay un tipo de alimento. Lo que ocurre es que las celdillas son tan pequeñas que no las puedes ver a simple vista.

—¿Has dicho millones de toneladas? —preguntó incrédula.

—Sí.

—¿Y que no lo hacéis por necesidad?

—Así es.

—Entonces...

—¿Podríamos —intervino Jesús—, paliar el hambre que se sufre en la superficie?

—Sabías que es lo que iba a preguntar —dijo Silvia sin extrañarse—, pero... ¿por qué no lo hacéis?

—¿De qué serviría? —respondió Jesús con naturalidad.

—¿Cómo que de qué serviría? El mundo sin hambre...

—¿Qué haría? —preguntó Jesús—. ¿Se daría la mano y viviría feliz? ¿Sabes lo que ocurre la mayoría de las veces que ayudas a un oprimido? Que se convierte en opresor. Venganza. Los “no hambrientos” se vengarían de los que se lo han hecho pasar tan mal.

—También hay mucho amor en el mundo —dijo Silvia como para defenderse de algo que no tenía porqué.

—Dejemos entonces que el amor sea el consejero, que aflore en los opresores para convivir todos juntos felizmente, y no fomentemos la venganza de los oprimidos.

—Pero...

—Silvia —dijo Jesús serio—, hay algo que has de entender. Nosotros podríamos exterminar a la raza humana. Y ni siquiera tendríamos que salir de aquí. Pero eso sería erigirnos en jueces de quién debe y quién no debe vivir. La vida...

—...es un regalo —acabó Silvia—. Lo sé. Pero parece tan injusto...

—Hay un rasgo de maldad en los humanos que tendrán que aprender a controlar... o a eliminar.

—¿A eso esperáis?

—Sí.

—¿Y... de vez en cuando, dais un impulso para ayudar?

—Así es. Dentro de no demasiado tiempo nos daremos a conocer, porque ya hay muchos preparados para ello. De hecho, muchos son ya los que nos conocen —dijo señalando a Luis—, e incluso viven con nosotros.

Silvia miró a Luis, y se acordó de Charles, que había conocido el día anterior. También él dijo venir de la superficie.

—¿Y tú, cómo llegaste aquí? —le preguntó.

—Desaparecí de un barco en el Atlántico sur. El Mary Celeste. Supongo que no te resulte familiar.

—La verdad es que no. ¿Cuándo ocurrió?

—El cinco de diciembre de mil ochocientos setenta y dos. Llevábamos un cargamento de alcohol industrial de Nueva York a Génova. No sé qué ocurrió. Sólo sé que “aparecí” aquí con mis siete compañeros, con el capitán, y su mujer e hija.

“Nos enseñaron todo esto, y nos pareció estupendo. Nos quedamos.

A estas alturas no le sorprendía estar hablando con una persona que tuviera más de cien años y que sólo aparentara treinta. Todavía tenía muchas cosas que comprender de aquél lugar, y por algún motivo sentía la necesidad de que fuera rápido.

—Nos queda por ver el escáner. ¿Vamos a ir ahora?

—Claro —dijo Jesús.

Los tres se despidieron de Luis y se encaminaron hacia la estación por donde habían llegado. Jesús manipuló los mandos y, tras pasar a través, salieron al lado de lo que parecía una gigantesca lente de contacto con la parte cóncava hacia abajo.

—Aquí está —dijo su madre—. El escáner. Lo que vamos a ver puede verse desde muchos lugares, pero quería que conocieras éste, porque es de donde todos los demás reciben la información. Funciona continuamente, no hay ni siquiera que

conectarlo.

Ante la mirada atónita de Silvia, anduvieron un rato antes de llegar a ella, ya que no se encontraba tan cerca como le pudo parecer en un principio. Debía de medir por lo menos cincuenta metros de altura por un kilómetro de diámetro. No había puertas, ni paredes, ni columnas. Simplemente, la cúpula flotaba a una altura de tres metros del suelo y podía accederse a ella por cualquier lugar de su perímetro. Se adentraron en ella y fueron andando hasta encontrarse en el centro. Allí había una especie de esfera de cincuenta centímetros de diámetro suspendida en el aire a un metro y medio del suelo, que Jesús tocó. La cúpula entera comenzó a descender hasta el suelo. Se encontraban absolutamente cerrados.

—Nos encontramos —dijo Jesús a modo de explicación— en el centro de la nave. Se necesitan menos cálculos de esta forma que si el escáner se encontrara en otro lugar.

—Ah...

Jesús tocó la esfera en varios lugares, y lo que a continuación sucedió quedaría en el recuerdo de Silvia para siempre.

Se encontraban, de nuevo, en una realidad virtual, parecida a la de “su casa” en el momento del desayuno. Pero, a diferencia de aquélla, en ésta había gente. Y andaban de acá para allá. El “sol” brillaba en lo alto, de forma que no sería capaz de distinguirlo de la verdadera realidad. Silvia se sobresaltó cuando una figura, como sin verla, la atravesó.

—No te preocupes. Sólo es una imagen —le tranquilizó su madre.

—Ya..., pero es tan real...

—Lo sé, lo sé. Real, justamente, es la palabra que lo define.

—¿Qué quieres decir?

—Que lo que estamos viendo es tan real como nosotros... pero sólo en imagen.

—No entiendo —dijo Silvia algo confusa.

—Esta mañana hemos visto un holograma fantástico del campo. Y hemos

desayunado con otro de casa. ¿Te acuerdas?

—Claro.

—No era una imagen grabada —dijo haciendo una pausa—. Esto tampoco. Es un holograma a tiempo real de parte de lo que el escáner está “viendo” en este momento.

—¿Quieres... quieres decir que estamos como... como mirando por una mirilla? ¿Lo que ocurre en este preciso momento?

—Así es.

—¿Y que esta mañana podría... podría haber aparecido papá por casa?

—Sí. Pero yo sabía que él no se encontraba en ella.

—Increíble...

—Voy a mostrarte las posibilidades que tiene este “aparato” —dijo Jesús gracioso.

Manipuló algo en la esfera y la visión cambió a una representación del planeta en un tamaño de unos dos metros de diámetro más o menos. Era algo sobrecogedor. Podía verse todo el planeta, translúcido, al igual que momentos antes habían visto la sandía. Estaban contemplando la corteza terrestre, los océanos, los fondos submarinos, el núcleo... como si todo ello fuera solamente una animación imaginada recreada por un ordenador.

—La forma de trabajar el escáner ya la conoces. ¿Te acuerdas de lo que hablamos ayer, verdad? —Silvia asintió con la cabeza—, de manera que te haré una demostración rápida.

Jesús continuó tocando la esfera, y quedaron a la vista solamente los mares del planeta.

—Posiblemente esto sea lo que más te interese a ti, ¿no... bióloga?

—No veo los animales...

—En este tamaño son demasiado pequeños. Pero no para el escáner, sino

para tu vista. Están ahí, aunque no puedas verlos —accionó algo que hizo como un zoom en la imagen. De pronto estaban en medio del mar, entre un banco de tiburones, lo que sobresaltó a Silvia no por los tiburones, sino por lo repentino del cambio—. ¿Ves? —volvió a tocar la esfera y de nuevo el planeta se redujo.

—Puedes seleccionar —comenzó a explicar Jesús— cualquier parte que veas, y eliminarla de la imagen, aumentarla, reducirla... lo que quieras.

—¿Puedes también —preguntó algo preocupada—... desintegrarlo? ¿Como la sandía?

Hubo un momento de silencio.

—Claro —dijo Jesús como si ello cayera por su propio peso—. ¿Te preocupa eso?

—No debería, ¿verdad...?

—Llevamos aquí mucho tiempo —dijo como si esa respuesta tuviera que bastar.

—¿Y podéis variar los colores?

—Pues... sí —respondió Jesús extrañado—, ¿pero para qué íbamos a querer hacer tal cosa?

—No sé... para distinguir mejor determinadas cosas...

—Bueno, si es por distinguir, él representa —dijo refiriéndose al escáner— las radiaciones tal como son, aunque las podamos variar... como entretenimiento.

—¿Como entretenimiento? —preguntó pensando que en realidad los colores son radiaciones reflejadas.

—Sí. El escáner identifica todas las diferencias moleculares que hay, por lo que cuando es por necesidad, no importa mucho que nuestra vista lo vea bien o no. Aunque cuando se amplía lo suficiente, siempre llega a distinguirse cualquier cosa.

Dicho esto, Jesús amplió la imagen que se correspondía con las islas canarias. Seleccionó la isla de Tenerife, y pudieron verla en un tamaño de un metro de largo. Aproximó el lugar donde vivía Fernando, su padre, hasta llegar a estar en

una realidad virtual de tamaño real. Éste encontraba solo, pensando, sentado en una silla del jardín. Miraba hacia delante, tranquilamente, y no parecía especialmente triste.

Silvia se quedó conmovida. De pronto, todos los recuerdos afloraron a su mente. Había muerto, o por lo menos eso pensarían todos. El hecho de que todo esto hubiera ocurrido antes de ayer le parecía de lo más extraño, ya que tenía la sensación de estar en ese lugar... con su madre, desde hacía meses. Unas lágrimas comenzaron a descender por sus mejillas, cuando Laura la abrazó por la cintura cariñosamente.

— ¿Es... es papá? ¿Es lo que está haciendo en este momento?

— Sí.

— ¿Desde aquí podéis ver lo que hace cualquiera en cualquier momento?

— Sí.

Silvia recordó las palabras de Jesús: “mi padre puede ver todo lo que hacéis”.

— ¿Y... podéis comunicaros con ellos?

— Es posible, sí. Lo mismo que nosotros podemos ver un holograma de ellos, también ellos podrían ver uno nuestro, con sonido incluido.

— Parecerías una aparición... fantasmal — dijo Silvia algo inquieta.

— Lo cierto es que sí.

— Entonces.. ¿por qué nunca nos dijiste que continuabas viva?

— Porque la vida, e implícitamente la ausencia de ella nos va haciendo aprender cosas nuevas que no hay que desdeñar. Está bien que cada uno viva la suya.

— Simplemente, esperas.

Laura asintió con la cabeza.

—El tiempo no es aquí como lo conoces. Tampoco para los que llegan, incluso siendo mayores. Tu padre..., vosotros, tenéis derecho a vivir la vida con libertad, y después elegir si la queréis seguir viviendo conmigo... con nosotros. No hay tiempo perdido. “No existe” el tiempo.

—¿Nos... nos has estado viendo estos años?

—En algunos momentos. A veces he pasado un rato entre vosotros, para ver que continuabais bien, sin agredir vuestra intimidad. Tengo un par de rastreadores para confirmar vuestro estado de salud.

—¿Un par de qué?

—Me quería asegurar de que si ocurría... algo, podría traerlos.

—¿Y qué hace exactamente uno de esos... rastreadores?

—Controla continuamente las constantes vitales. Si falla algo fundamental, nos avisa.

—¿Y qué puedes hacer tú desde aquí? —preguntó Silvia extrañada.

—Traerte —dijo Laura por toda respuesta.

—Traerme... ¿así, sin más?

—Ya se ha hecho muchas veces. Aquí hay muchas personas que han estado esperando, como yo. Llegado el momento, los han traído y en su lugar han dejado unos restos de cenizas.

—¿Cenizas —preguntó Silvia extrañada— ..., para qué?

—Para confirmar a las personas de la superficie que alguien se ha “esfumado”. Si desaparece sin más, es un desaparecido y comienza una búsqueda... que será infructuosa. Si, por el contrario, se ha “esfumado”, quizá no lo entiendan, pero no gastarán tiempo y medios en buscar a esa persona.

—¿No dais explicaciones, pero les ahorráis tiempo y gastos?

—Sí.

La lógica era muy clara. De acuerdo o no con ello, debía reconocer que esta gente disponía de las cosas a su manera, pero se ocupaba de no perjudicar a nadie con ello.

En ese momento Jesús volvió a tocar algo en la esfera, y la imagen fue aumentando, aumentando... más y más. Una piedra que había en el suelo se fue agrandando... hasta ocupar por completo la cúpula en la que se encontraban. Bajo esta perspectiva se hallaban en el interior de la piedra. Pero ésta continuaba aumentando de tamaño.

Al cabo de un momento, lo que parecía materia sólida pasó a convertirse en una "grieta", y ésta se fue ensanchando tanto que parecían estar en el espacio. Nada a su alrededor, salvo pequeños puntos luminosos lejanos que parecían acercarse, aunque no era así; lo que ocurría era que continuaban aumentando de tamaño.

Jesús tocó la esfera y uno de esos puntos se acercó hasta ellos, pero no por eso dejó de crecer. Cuando llegó a tener aproximadamente dos metros de diámetro, lo detuvo.

—Esto que estás viendo —dijo— es uno de los átomos que forman la piedra que se encuentra en estos momentos al lado de tu padre. Con este tamaño aún no puede verse el núcleo, pero ya ves la órbita de sus electrones.

—Es... increíble. Pero esto... ¿esto no es una representación, verdad? Es el átomo real visto a tiempo real.

—Sí.

—Increíble —repitió Silvia—... cuando me dijiste que conocías la materia a nivel atómico, nunca hubiera podido imaginar esto... ¿es que realmente es el nivel atómico!

Repentinamente, la imagen desapareció.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Silvia.

—No sé. Quizá se haya movido.

Jesús redujo el tamaño de la imagen, aunque esta vez con mucha más rapidez. Se movió todo de forma tan repentina, que Silvia tuvo un pequeño mareo.

Pero... allí se encontraba la piedra de nuevo, aunque desplazada de lugar. Su padre se había levantado de la silla y ésta, con una de sus patas, la había movido. El escáner indicaba en forma translúcida la anterior posición de la piedra que estaba siendo observada, y dónde había ido a parar: a... ¡unos dos milímetros de donde estaba antes!

—Bueno —dijo Jesús—, iba a enseñarte el núcleo, pero lo podrás ver en otra ocasión. Se va haciendo la hora.

—¿El núcleo? ¿Quieres decir que todavía se puede aumentar más?

Jesús la miró sorprendido.

—¡Claro —dijo—, si no has visto nada!

—¿Nada?

—La materia que forma los átomos es infinitamente más pequeña.

—¿Y la puedes “ver” a tiempo real?

—Si lo ralentizas, sí. Se mueve demasiado rápido para nuestros ojos.

Silvia se quedó absorta en sus pensamientos, para recordar:

—Has dicho que se va haciendo la hora. ¿La hora de qué?

—La hora de conocer a mi padre. Quedé con él para presentaros sobre esta hora... y comer juntos.

—Ah...

Mientras se dirigían hacia la casa del padre de Jesús, un pequeño nerviosismo invadió a Silvia. Allí todo parecía tan natural que no había de qué preocuparse, se dijo a sí misma, pero aun así no dejaba de tener la sensación de que iba a ser presentada a... no sabía muy bien, un rey, un patriarca o algo así. En cualquier caso, alguien sumamente importante. No tenía ni idea con exactitud de qué “grado” ostentaría ese hombre en aquel lugar, pero la idea de que fuera el padre de... “Jesús”, la abrumaba.

Silvia iba en silencio mientras pasaron por varias estaciones diferentes hasta llegar a lo que debía de ser la puerta de la casa. Estaba abierta. No era muy diferente de la de su madre, ciertamente, aunque sí era algo más grande.

Jesús y su madre entraron delante, y pudo ver cómo el primero dio un abrazo suave pero con afecto a alguien. Su madre también lo hizo. Ambos se hicieron hacia un lado, y Silvia quedó delante de aquella... persona, que la miraba.

Era... diferente. Como todos, pero a la vez diferente a todos. Bastante alto, delgado pero fuerte, ojos grandes... que la miraban... ojos grandes... irradiaba una energía que la paralizaba... o quizá sólo eran los nervios.

—Hola... —acertó a decir.

—¿Eres Silvia, hija de Laura y Fernando? —preguntó aquél hombre con una voz que bien podía ser simplemente un pensamiento.

—Sí..., sí.

—Encantado de vernos —dijo acercándose hasta ella para abrazarla tiernamente, con dulzura.

Silvia recordó las sensaciones que había sentido en aquel lugar las dos veces que despertó, porque en ese momento fue como algo parecido pero infinitamente mayor. Le pareció que... que había dejado de tener cuerpo, que era un ente flotando en el cosmos, que realmente... era parte del cosmos, que pertenecía a un todo que hasta ahora no había notado nunca.

—Yo soy Rasek, padre de Jesús. Aunque eso ya lo sabes —dijo al soltarla.

—Sí... bueno, quiero decir que sé que es el padre de Jesús, no que es... ¿Rasek? —dijo con una tranquilidad que le sorprendió a sí misma.

—Sí —asintió Rasek con una sonrisa—, pero llámame de usted... solamente si te sientes lejana a mí, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Silvia se acordó del saludo de Rasek: “encantado de vernos” y preguntó con curiosidad:

—Acabas —comenzó tuteando, ya que a nadie en este mundo se había sentido más cercana que a este hombre al que acababa de conocer—... acabas de decir “encantado de vernos”. ¿Me conocías? —preguntó algo ingenua, porque a pesar de no haberlo visto nunca, tenía la sensación de formar parte de algo con él.

—Yo te he visto en bastantes ocasiones. Pero tú a mí no —se volvió hacia Jesús—. ¿Ha visto el escáner, verdad? Me dijiste que la llevarías por la mañana.

Silvia se dio cuenta en ese momento de que ella podía haber sido observada en multitud de ocasiones, tal y como ella misma había hecho con su padre hacía un momento. Pero el percatarse de ello, por extraño que le hubiera podido parecer días atrás, no le hizo sentirse incómoda ni molesta. Por el contrario, le pareció algo natural.

—Claro... me has visto por mi madre.

—Sí.

—Entonces... también conoces a mi padre.

—Fernando —dijo asintiendo con la cabeza.

—Creo, entonces, que estoy en desventaja. Yo no sé nada de ti... de vosotros.

—Para eso hemos quedado —dijo sonriendo—, para contarte cosas sobre “nosotros” y sobre mí. Si queréis, podemos ir comiendo.

Dicho esto, pasó el brazo por encima del hombro de Silvia para conducirla hacia el lugar donde se suponía que iban a comer. Al cruzar una “puerta” —sólo el hueco, sin puerta ni marco— pudo ver toda una mesa redonda preparada. Se podría organizar, seguramente, en tan sólo unos segundos, pero el caso es que ya estaba absolutamente todo colocado. La comida caliente en los platos — aparentemente se mantenía caliente porque sí—, buen vino para beber, pan recién hecho...

—Siéntate donde prefieras —dijo Rasek a Silvia.

De repente, le dio la sensación de que los tres esperaron a que ella eligiera, como si tuviera esto una importancia que desconocía. Con algo de incertidumbre, eligió un sitio, y se paró delante de él. A fin de cuentas la mesa era redonda.

—¿Aquí mismo? —dijo esperando que los demás se acercaran a sus respectivos sitios.

Jesús y Laura se sentaron cada uno a un lado de ella, y el sitio que quedaba era el que daba a la puerta, de forma que Rasek se sentó en él dándole la espalda. Al cabo de un instante, la puerta se “cerró”, pero nadie se había movido de la mesa, y nadie había “tocado” algo, como en otras ocasiones había visto Silvia hacer.

—La he cerrado yo —dijo Rasek mirando a Silvia, como adivinando lo que estaba pensando—. ¿Un poco de vino? —ofreció.

—Sí, gracias. Pero poco, que después lo noto mucho.

Rasek miró a Jesús.

—Eso aún no lo sabe —dijo éste.

—¿Cuál es lo que aún no sé?

—El vino —dijo Rasek—. No lo notarás. Puedes comer o beber lo que te apetezca, que nada de ello te perjudicará.

—¿A no? —dijo de broma mientras miraba sonriendo la copa.

Todos rieron mientras comenzaban a comer, entre comentarios sobre lo bueno que estaba todo.

—¿Y esto de que nada te perjudica... está relacionado con lo que me dijiste de la medicina? ¿Que nadie padece nada? —preguntó Silvia mirando a Jesús.

—Sí. Aunque eso podemos verlo después. Es algo parecido al escáner.

—En realidad, también es un escáner, ¿no? —intervino Laura.

—Sí, como te irás dando cuenta, Silvia, se aplica prácticamente la misma tecnología a todo.

—Si funciona...

—Hace algo más que eso —dijo su madre—. Ya lo verás.

—Todo eso lo podremos ver después —dijo Jesús—. Ahora, aprovecha y que el “abuelito” te cuente su historia.

Silvia miró a Rasek, que a su vez la miraba.

—¿Y... cuál es tu historia?

—“Nuestra” historia —corrigió Rasek.

—Parece que Jesús tiene muchas ganas de que me la cuentes, y francamente, ya estoy bastante intrigada.

—Esta historia que te va a contar, Silvia —dijo su madre—, es el “conocimiento” al que yo me refería antes. ¿Te acuerdas? La verdad.

A punto estuvo de resbalársele la copa de la mano. “La verdad”. No tenía ni idea de lo que aquello podía significar, pero desde luego sonaba solemne. Debía ser algo sumamente importante para que hubieran esperado a que se lo contara en persona... Rasek, fuera quien fuera.

Sin intentar hacer ninguna broma, dio un sorbo, dejó la copa, y dijo mirando a Rasek:

—Estoy lista. Puedes comenzar.

—Bueno —dijo Rasek—. Nuestra historia se remonta muy atrás. Como dicen —bromeó— los contadores de cuentos, hace mucho... mucho tiempo. ¿Alguien te ha dicho que provenimos de... “fuera”? —indicó con una mano hacia abajo—. Me refiero a fuera... de este planeta.

—De fuera..., sí, me lo dijo mi madre. Pero que se refería a otro planeta, no. Eso no me lo dijo.

La historia cobraba interés de pronto. ¿De otro planeta? A estas alturas, no creía que esto fuera una broma, pero... ¿de otro planeta? ¿Cuántos años llevaban los hombres intentando encontrar vestigios de alguna forma de vida exterior? ¿Tenía algún sentido que ésta se encontrara en las entrañas mismas de donde ellos habitaban?

—Nosotros vivíamos —dijo Rasek con añoranza pero sin tristeza— felices en un planeta lejano a éste. Preparábamos, por primera vez, “excursiones”

espaciales. Nuestra civilización estaba muy desarrollada. Nuestra raza muy evolucionada... o quizá siempre fue así, no lo sé.

“Encontramos la solución tecnológica para poder comenzar a explorar el espacio gracias a la ayuda de una civilización conocida como “Sragars”...

—¿Hay más vida inteligente en el espacio? —interrumpió Silvia de repente— ... perdón, te he interrumpido.

—No, tranquila. Quiero que preguntes todo lo que desees en el momento. Así no se te pasará nada de lo quieras saber. Sí —dijo respondiéndola—, hay más vida fuera. Los Sragars compartieron parte de su conocimiento con nosotros para que pudiéramos viajar por el espacio. Su ayuda nos vino muy bien.

—¿Qué os dijeron?

—Nos enseñaron a fabricar materia “compacta” —Silvia esperaba una explicación que comprendiera—. Es, sin dar muchas vueltas en explicarlo, materia sin espacios intermedios huecos.

—Pero eso... no es posible... ¿o sí?

—Nosotros ya manipulábamos las estructuras atómicas y las cargas eléctricas de la materia, pero ellos nos ayudaron a unir materia con materia manteniendo una carga gravitacional neutra.

—¿Qué?

—Ya sabíamos unir la materia, pero teníamos un pequeño problema: una “canica” de apenas un centímetro de diámetro pesaría aquí unos... quinientos millones de toneladas. Si formáramos algo así en la Tierra, por ejemplo, la atracción de masas haría que esta canica atravesara el planeta cientos de veces, como algo que va y viene unido por una goma.

—¿De manera que... sabíais hacerlo, pero no podíais hacerlo?

—Así es.

—¿Y qué fue lo que os dijeron los... Sragars exactamente?

Rasek comenzó a emitir unos extraños sonidos oclusivos, y al cesar se quedó

mirando a Silvia:

—Eso fue, “exactamente”, lo que nos dijeron —Silvia se había quedado boquiabierta, sin reaccionar.

—Es una broma —dijo Rasek con aire divertido—. Una broma... “espacial”.

Se rieron los cuatro, mientras se servían otra copa de vino.

—Lo que nos dijeron, ahora en serio —continuó—, es la forma de anular la fuerza gravitacional. Una vez sabido esto, pudimos formar bloques relativamente grandes de materia compacta, estudiarla, y aprender a manipularla.

—¿Y cómo es posible anular la fuerza de la gravedad?

—Con el magnetismo. Con él ya variábamos los enlaces fuertes, débiles, y electromagnéticos de las partículas. Lo que no hacíamos era variar el “enlace” gravitacional. Ellos nos enseñaron. Así que, conociendo esto, pudimos formar materia que carece de este tipo de enlace por lo que, literalmente, flota; se mantiene en donde esté.

Rasek cogió su cinturón, parecido a los otros que Silvia había visto, y lo dejó delante de ella, a unos veinte centímetros de la mesa. El objeto quedó suspendido en el aire.

—Ahora —dijo Rasek señalándolo— está desconectado por completo. Esa es la particularidad de esta materia. No es atraída. No es repelida. Es en sí misma... y puede decirse que carece de masa, aunque contradictoriamente es a la vez la materia de mayor masa conocida.

Se trataba del espejo más puro que hubiera podido contemplar. Era una única forma sin empalmes ni juntas, a pesar de sus formas curvas. Silvia extendió la mano para tocarlo, y cuando llegó a hacerlo, se dio cuenta de que apenas notó nada. Ni calor, ni frío. Ni peso, ni flotación. Lo movió hacia sí, pero tampoco notó la resistencia que esperaba encontrar. Fue como... como si hubiera movido sólo su mano, como si no tuviera nada en ella.

—Qué extraño... —susurró.

—Nos dijeron —continuó Rasek— que este tipo de materia existe en el espacio de forma “natural”, si es que así puede decirse. Materia neutra, llamada

por algunos materia negra. Sólo había que anular sus enlaces gravitacionales. Eso nos animó a preparar una nave de exploración para encontrarla, aunque no hizo falta mucho esfuerzo, ya que ellos nos dijeron dónde podíamos hallarla. Facilitó bastante la construcción de una nave mayor, porque las cantidades necesarias para ello son inimaginables.

“Para construir este objeto —dijo señalando el cinturón—, por ejemplo, haría falta la materia de al menos uno de los continentes que conoces. Y habría que unir partícula por partícula... y no me refiero a los átomos, sino a la materia que los compone. “Trozos” de las partículas más pequeñas que existen, con el enlace gravitacional anulado, y unidos entre sí *uno por uno* por medio de la variación de sus enlaces de tipo fuerte.

—¿Y cómo se hace eso?

—Damos a las partículas forma cúbica. Es como juntar dados con polaridades inversas... para que lo entiendas. Todos se atraen entre sí.

—¿Pero cómo se puede manipular algo tan pequeño?

—Nosotros ya disponíamos de los escáneres que conoces. Conocíamos la materia a ese nivel, y de hecho ya trabajábamos con ella para deshacerla, transportarla, almacenarla, “construir” comestibles... ¡no fue difícil!

—Y el resultado —dijo Silvia asombrada—... es una materia sin huecos vacíos...

—Sí.

—¿Por eso brilla tanto, porque refleja toda la luz que le llega?

—Sí. Ni una sola partícula de radiación se “pierde” entre sus átomos... porque no tiene. Absolutamente toda la radiación que le llega es reflejada. Tampoco se mancha, ya que ninguna partícula tiene dónde agarrarse a su superficie lisa... y tampoco sufre desgaste.

—¿No sufre desgaste? —se interesó Silvia—. ¿Quiere eso decir que algo fabricado con este material podría durar...

—Siempre —dijo Rasek categóricamente.

—Pero las piezas mecánicas...

—No se tocarían, pero si así fuera, tampoco se desgastarían. No hay moléculas que ir eliminando con el roce.

—¿No se tocarían? —preguntó extrañada por la expresión.

—No utilizamos piezas mecánicas.

“¿Máquinas sin piezas mecánicas?” Silvia se quedó pensativa unos instantes.

—¿Y... comenzasteis a explorar el espacio? —preguntó retomando el hilo del relato.

—En cierto modo —contestó Rasek nostálgico—. Durante mucho tiempo estuvimos construyendo una nave que pudiera tener todo lo necesario. En ella iríamos un grupo de varios cientos de personas —Silvia levantó una ceja.

—¿Varios cientos? ¿Pues qué tamaño tenía?

—Cerca de un kilómetro de diámetro, y unos treinta metros de altura —le aclaró—. Estaba todo ya preparado para la partida en unos días... y entonces ocurrió. Yo me encontraba dentro contemplando lo que sería mi “casa” por mucho tiempo, cuando *todo* desapareció.

Hubo un momento de silencio en el que Rasek parecía recordar. Una sensación extraña invadió a Silvia. Era algo parecido a la pena, pero sin serlo; más bien como el buen recuerdo de algo muy grato. Y le pareció que Jesús y su madre también compartían ese sentimiento. Había algo en Rasek... que le influía en gran medida.

—¿Qué... qué quieres decir con... todo?

—Todo. Literalmente, todo. Nuestro sol explotó y arrasó todo nuestro sistema.

—¿Y tú?

—Yo estaba protegido dentro de la nave, que ya se encontraba operativa. Pude incluso ver una “grabación” del desastre. El pedazo más grande que quedó

de nuestro planeta era...

Rasek alzó levemente las manos como quien busca la manera de expresar algo pero no la encuentra.

—¿Y una explosión así... no afectó a la nave?

—No. Esta materia no es comprimible, no es rompible... ¡es compacta!

—Lo siento mucho. De veras —dijo Silvia sin saber muy bien qué decir, pero sintiéndolo de verdad.

—Pasó hace mucho.

—Entonces... te quedaste solo en el espacio.

—No me quedó otro remedio que hacer lo que íbamos a hacer de todas formas: explorar.

—¿Y cuál era tu planeta original, cómo se llamaba?

—Su nombre era Artkele. Yo soy... el último artkeliano original que queda.

—¿Dónde estaba?

—Se encontraba detrás de lo que conocéis como Andrómeda... todavía puede verse su luz desde aquí.

Silvia se quedó pensativa. Rasek, Jesús y Laura se miraron, como esperando el desenlace lógico de una situación.

—Andrómeda está a dos millones de años luz —pensó Silvia en voz alta— ... pero si aún puede verse la luz de vuestro sol, quiere decir que... ¿cómo puedes estar aquí? ¿Has viajado a mayor velocidad? —Rasek asintió—. Pero... ¡eso no es posible, no?

—Utilizo las fuerzas gravitacionales de los cuerpos que voy encontrando al paso. Cada vez puedes ir más y más rápido. Atracción, repulsión...

—Pero... cuando algo se acerca a la velocidad de la luz, su masa...

—¿Se comprime? —acabó la frase Rasek. Silvia asintió—. Eso la materia que tiene masa. Recuerda que esta materia no se puede comprimir. No la tiene —dijo tocando el cinto—. No tiene moléculas móviles. No se calienta, no se enfría. Puedes atravesar con ella una estrella, incluso permanecer dentro, que su estructura no se vería alterada en absoluto —Silvia estaba sin palabras—. Viajar por el espacio es algo muy serio. ¿Crees que comenzaríamos a explorarlo de cualquier modo?

—No... no lo sé —dijo torpemente mientras pensaba en la “conquista” del espacio de sus semejantes.

—Las distancias espaciales son enormes. Se necesita mucha seguridad, ya que el tiempo de permanencia en el espacio es mucho.

Silvia asintió dándole la razón.

—Continúa, por favor —dijo.

—La llegada hasta aquí fue en realidad una búsqueda. Escaneaba cada planeta al que me acercaba... ya has visto cómo funciona, podía ver toda su estructura, composición... ninguno era lo suficientemente parecido al mío, hasta que llegué a éste.

—¿Y decidiste quedarte al ver una civilización?

Rasek, Jesús y Laura se miraron.

—No... no fue así exactamente —continuó—. Vi un planeta en el que había vida... un tipo de vida parecida a la mía. Encontré unos seres que evolucionando, se habían comenzado a distinguir de otros semejantes. Su hueso ilion, el de la cadera, era más corto y ancho que en los demás, lo que les permitía equilibrar el cuerpo a cada paso. La pelvis era más cóncava para poder alojar los órganos internos en posición erguida. La parte alta de los miembros inferiores formaba un ángulo hacia el interior de la cadera permitiendo a las rodillas soportar mejor el peso al andar... erguido. Los dedos de los pies eran más cortos y flexibles para poder actuar como palancas impulsando el cuerpo a cada paso. La abertura en la base del cráneo a través de la cual se conecta la médula espinal con el cerebro estaba más adelantada para permitir a la cabeza mantenerse en equilibrio sobre la columna erguida. Ésta, tenía forma de ese para aumentar la rigidez y el equilibrio... “de pie”. Una raza nueva se estaba destacando de las demás. Comenzaba a caminar de pie, y a parecerse lejanamente a mí. Yo estaba solo, y tenía los conocimientos y la tecnología necesarios. Me crucé genéticamente con

ellos en busca de una raza igual a la mía.

Silvia no salía de su asombro, sin llegar a distinguir con mucha claridad si todo aquello era una broma...

—De aquél cruce —continuó Rasek— surgió lo que conocéis como Homo Sapiens Neanderthalensis... vamos, el hombre de Neandertal...

—Un momento, un momento, por favor —le interrumpió Silvia—. ¿Qué es lo que me quieres decir, que tú estás aquí desde hace...

—Unos doscientos mil años vuestros.

Todo quedó en silencio, y Silvia mantenía la boca ligeramente abierta. Tomó despacio la copa y dio un sorbo de vino del que, efectivamente, hasta ahora ni siquiera notaba sus efectos. Pero se sentía mareada.

—¿No... no es una broma, verdad?

—No.

—¿Tú... tú eres el “padre”, el *creador* de nuestra raza?

—En cierto modo, sí.

—¿Pero cabe alguna posibilidad de que por nosotros mismos hubiéramos llegado a donde estamos?

—¿Eso importa?

—No lo sé... posiblemente no.

—Tampoco sabes con seguridad que esa especie comenzara a evolucionar por sí sola.

—¿Qué quieres decir?

—Los Sragars conocen el universo hace mucho tiempo. Es posible que ellos comenzaran esos cambios genéticos. Cabe la posibilidad de que también lo hicieran con mi especie.

—¿Te basas en algo?

—Todos los cambios que te he mencionado antes en esa especie que caminaba se originaron desde otra parecida que nunca llegó a hacerlo. Eso, cuando menos, es extraño. Y nosotros, los artkelianos... nosotros recibimos su visita cuando decidimos explorar el espacio. No tiene aspecto de ser casual. Ellos aparecieron cuando estuvimos preparados. Es posible, incluso, que sepan dónde estoy, qué hago... y que solamente esperen a contactar.

—¿Esperar a qué, a que el planeta esté preparado?

—Si realmente tuvieran alguna relación con la especie de este planeta, es seguro que lo vigilarían.

—¿Pero por qué alguien querría ir poniendo ese tipo de... “semillas” por el universo?

—Son unos seres que aman la vida en cualquiera de sus formas. Como yo. Los humanos, en cambio... —Rasek se detuvo.

—¿Sí? —preguntó Silvia inquieta.

—Creé una raza, la neandertal —continuó Rasek—, y no me arrepiento de ello. Eran buenos e inteligentes. Seres amables, capaces de un rápido aprendizaje. De ellos conseguí el material genético para igualar mi especie.

“Esa —dijo—, es otra de las cosas que me hace pensar que podemos tener el mismo origen.

“Sin embargo, el gran parecido entre los neandertales y los gorilas originales que me sirvieron de punto de partida, los llevó a mezclarse entre ellos. Surgieron los chimpancés... y surgió el conocido hombre de Cromagnon —Rasek se quedó pensativo—. Ése..., ése no era bueno.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó Silvia como si estuviera en una entretenida clase de Historia.

—Exterminó al Neandertal. Pudo más lo sanguinario y agresivo que la buena voluntad de una raza pacífica. Les bastaron unos ochenta mil años para acabar con una especie que llevaba otros tantos por el mundo. Desde hace ya cuarenta mil años no queda ninguno. Lo intenté cambiar...

—¿Cómo?

—Hace cien mil años hice una mezcla genética entre ellos y yo.

—Eso —dijo Silvia como recordando—... coincide con el comienzo del arte, de la diversidad cultural, y las expresiones simbólicas complejas, ¿no?

—Pensé que podría aplacar ese instinto tan violento que poseían. El resultado fue... “vosotros”, el homo sapiens sapiens.

—¿Y —preguntó casi con miedo—... lo conseguiste, aplacar ese instinto violento?

Hubo un momento de silencio.

—Tú conoces la respuesta.

Silvia quedó conmocionada por un momento. Aunque no tenía por qué, sentía algo de vergüenza por pertenecer a esa raza tan violenta de la que Rasek hablaba, pero con la que ella no se había identificado nunca. Y aunque los “sapiens” fueran menos violentos que sus antecesores, sabía muy bien en qué clase de mundo vivía. En todas las épocas había habido seres que disfrutaban haciendo daño a otros. Y la verdad..., no podía decirse que las cosas hubieran cambiado gran cosa. Agachó levemente la cabeza, y miró hacia el suelo.

—Tendrán —dijo Rasek— que aprender a librarse de la violencia con la inteligencia.

—Unos más que otros —apuntó Silvia con tristeza.

—Queda mucho aún...

—Bajo tu punto de vista... es como si yo estuviera esperando a que se cocine algo en el horno. Media hora de mi vida. En cambio tú...

—Todo el que quiera puede vivir así... si no hace daño a nadie.

—¿Todo el que quiera?

—Sí.

—¿Y... quién determina si hace o no daño a alguien?

—¿Crees que es necesario determinar eso? —Silvia se quedó algo confusa—. Llega un momento en el desarrollo de las personas en el que no necesitan que alguien les diga lo que está bien o lo que está mal. En el que no necesitan un “juez” que valore sus actos. En el que no tienen envidia de las cosas de los demás. En el que viven en un permanente estado de felicidad... a lo que, por supuesto, ayuda la tecnología, médicamente hablando.

—Somos de especies diferentes, ¿no es así?

—Estrictamente, sí. Mi raza, me refiero a la de aquí, no a la de mi origen, es el resultado de mi mezcla con “gorilas”, y de nuevo con los Neandertales. La vuestra es el resultado de la mezcla de los Neandertales con gorilas, y después conmigo. Pero básicamente somos primos —dijo de broma intentando aligerar el ambiente.

—Sí... hay mucho “primo” en este planeta —contestó Silvia con una sonrisa—..., pero no me refería a eso.

—Lo sé. Pero quizá la diferencia sea nada más que el tiempo que llevamos existiendo. Cualquier ser inteligente, con conciencia de que existe, puede llegar al “final” de su evolución.

—¿El final de la evolución? ¿Qué quieres decir? ¿Y después?

—Después... no hay dónde evolucionar. Sólo disfrutar de ser una estupenda forma de vida consciente de que disfruta.

—¿Y tú? ¿Tú estás ya al final? —preguntó con descaro.

—Siempre hay algo que aprender... pero es posible —Rasek miró con intensidad a Silvia—. ¿Estaban ya al final los Sragars hace más de doscientos mil años cuando se pusieron en contacto con nosotros? —hizo una pausa—. ¿O lo estaban ya si es que estuvieron aquí... hace millones de años?

Silvia se sintió abrumada. Un ser con... ¡cientos de miles! de años estaba frente a ella, y sólo se le ocurría la estupidez de preguntar si se encontraba ya al final de su evolución. ¿Y qué importancia tenía eso? Importa el ahora, el “ser”, que aprovechado, te conduce a ser mejor. Y aun con tanto tiempo de existencia, Rasek era una “persona” humilde, sencilla. Dispuesta a aprender algo y a mejorar cada

día.

—Antes de proseguir con el relato, voy a mostrarte algo, Silvia —dijo Rasek.

Silvia dio un brinco en su asiento, quizá más por sorpresa o por el suceso de algo inesperado que por susto. La botella que se encontraba a su lado se había levantado sola y se dirigía hacia una de las copas. Cuando estuvo allí, se inclinó y sirvió vino, y lo mismo hizo con las otras tres. Después, descendió de nuevo hasta la mesa.

—¿Cómo... o qué ha hecho eso? —preguntó sorprendida.

—He sido yo —dijo Rasek.

—¿Tú? —preguntó aún más sorprendida— ¿Tú..., sin ayuda de...

—Sin ayuda de nada. Sólo yo.

—¿Pero cómo? —quiso saber.

—El cerebro genera un campo magnético. Es parecido al que utilizan las máquinas, aunque en realidad son éstas las que nos imitan a nosotros. Es un campo “ilimitado”, por decirlo de alguna forma, y bien utilizado, puede llegar a variar la energía magnética gravitacional.

—Y eso quiere decir...

—Que puedes hacer que una masa determinada deje de ser atraída por... la Tierra, por ejemplo. Puedes generar un campo de gravedad hacia cualquier cosa... o de repulsión.

—Estás... estás de guasa, ¿no?

Rasek, por toda respuesta, comenzó a flotar por encima de su asiento. Y después... Silvia. Recordó la sensación que había tenido cuando “voló” con el cinturón de Jesús. Era algo parecido lo que notaba ahora que estaba en el aire... pero no tenía puesto ningún aparato. Pasados unos instantes descendió de nuevo hasta quedar sentada, al igual que Rasek. Después, el líquido que contenía su copa se elevó, formando una burbuja. Salió de la copa para acercarse a la cara de Silvia, y retornar de nuevo al recipiente. Allí se expandió otra vez, con su peso normal.

—¿Cómo —preguntó todavía incrédula—... cómo puedes hacer esto?

—*Todos* podemos hacerlo —contestó Rasek.

De pronto le invadieron a Silvia recuerdos de esas personas que, según dicen, consiguen *levitar* después de una profunda meditación... y aquéllas que aseguran poder mover objetos con tan sólo su mente.

—¿Quieres decir... que yo también puedo?

—Salvando las distancias, sí.

—¿Qué... distancias?

—Las distancias que interpone una biología no exactamente igual..., aunque en realidad tiene mayor importancia la práctica. Recuerda —dijo sonriendo— que soy... *un anciano*. Tengo... mucho tiempo de práctica.

—¿Cómo se hace... quiero decir... qué se siente, qué hay que notar? —se volvió hacia su madre— ¿Tú lo haces?

—No —respondió su madre—. Creo que es algo que lleva bastante tiempo.

Silvia miró a Jesús.

—Yo estoy comenzando, pero desde luego no tengo el dominio de él. Utilizo la fuerza gravitacional hacia mí y en repulsión a mí. Otra cosa es ya desplazar la materia con una trayectoria determinada. Puedo impulsarla hacia un lugar, pero me temo que, todavía hoy por hoy, allí caerá. Practico a diario, así que todo se andará.

Silvia se quedó pensando. Jesús tenía... ¿cuántos años?, y practicando a diario aún no dominaba...

—Os vais a reír —dijo—... pero es que esto me recuerda... tiene un gran parecido...

—¿A qué, a una película que conoces? —le preguntó su madre.

—Pues... sí. Aunque supongo que no hay ninguna relación.

—Es posible que tú también te rías —dijo Rasek.

—¿Por qué?

Rasek miró detrás de ella, pero antes de que Silvia pudiera volverse para ver qué miraba, notó pasar a su lado un objeto cilíndrico y alargado que se dirigía hacia él. Cuando estuvo a su alcance, Rasek levantó una mano y lo recogió del aire.

—Esto también va a resultarte familiar —dijo. Accionó algo y de uno de sus extremos surgió un haz de luz, acompañado por un tenue zumbido.

—¡No puede ser! —exclamó Silvia llevándose las manos a la cara— ¡Una espada láser! ¡No puede ser!

—Veo que, en efecto, te resulta familiar. Aunque, exactamente, no es *láser*, sino desintegradora, y tampoco es que sea una... *espada*.

—Pero... el haz... el zumbido....

—El zumbido es innecesario, pero “avisa” de que está conectado y funcionando. Puedo asegurarte de que un descuido con esto —dijo moviéndolo— ... puede tener consecuencias irremediables. La luz —continuó— también es innecesaria, pero te permite “ver” el alcance y grosor de la *línea desintegradora*.

—¿Entonces no “quema” por... intensidad luminosa? —Silvia no sabía muy bien cómo preguntar algo de lo que no entendía nada.

—No. Realmente, no. Es un desintegrador. Puedes elegir el alcance, desde un átomo hasta docenas de metros, y también el grosor con el que trabajar desde una línea atómica hasta varios centímetros. El campo magnético con el que trabaja “choca” con otro campo parecido...

—Con otra... *espada*, por ejemplo —dijo Silvia.

—En efecto.

—¿Es posible entonces que alguien no tenga en realidad tanta imaginación...?

—Conozco a muchas personas. Y muchas han estado aquí —dijo Rasek como si eso fuera una explicación.

—Muchas... que pueden haber visto lo que yo.

—Sí.

—Y haberlo contado...

—Sí.

—“La Fuerza”... gravitacional.

Hubo un momento de silencio antes de que Rasek continuara.

—Esta fuerza —dijo— se emite desde todo cuerpo en forma de disco excéntrico. En el caso del planeta contigo, por ejemplo, es como si estuvieran sincronizados yendo al mismo tiempo. Los dos hacia arriba... los dos hacia abajo. Si cambiaras eso en tu cuerpo haciendo que las fuerzas se enfrentaran, serías repelida por el planeta con la misma intensidad con la que te atrae.

Silvia se quedó pensando en la posibilidad de “caer” hacia arriba con esa fuerza.

—El cuerpo también emite ondas de este tipo, de manera que puedes influir en las que te rodean. A veces involuntariamente, pero también voluntariamente.

—¿Involuntariamente? —preguntó Silvia extrañada.

—De hecho —dijo Rasek—, ya lo has visto. Cuando una persona realiza algo que aparentemente es imposible porque no tiene fuerza para ello.

—Pero... eso es por la adrenalina.

—En muchos casos, la mayoría, sí. En otros no. Te sorprendería saber, de hecho les sorprendería incluso a aquellos que lo han hecho, que han llegado a variar la fuerza gravitacional de algún objeto que deseaban mover con todas sus fuerzas.

—Todas *sus fuerzas*... ¡tiene gracia! —dijo Silvia.

—En cierto modo, sí —sonrió Rasek—..., es otra “fuerza” con la que cuentan, aunque no lo saben.

—Las culturas orientales sí piensan en ella... o por lo menos en alguna forma de entenderla.

—Y son los que, hasta ahora, más la controlan.

Quedaron los cuatro en silencio durante un momento.

—Es increíble —dijo Silvia pensativa— ... me da la sensación de estar aquí desde hace años, y no llega ni a dos días. Me parece todo un sueño...

—¿Y... te gusta lo que “sueñas”? —preguntó Rasek.

—Vaya si me gusta... pero debo reconocer que aún me parece irreal. Es todo tan extraño... pero por favor, continúa con la historia —y al decir esto Silvia tuvo la sensación de que no estaba escuchando una historia cualquiera sino “La Historia”, y narrada además precisamente por aquél ser que según parecía la había “escrito”.

—Como te iba diciendo, hace unos cien mil años realicé un cruce para aplacar el instinto agresivo de los cromagnones. No resultó todo lo bien que yo hubiera querido, pero al menos comenzaron a alimentarse no sólo de caza. Se apaciguaron un poco, y recolectaron.

—¿Por qué? ¿Los neandertales se alimentaban de otra cosa?

—¿Nunca te has preguntado por qué algunas especies vegetales tienen semillas tan grandes? —respondió Rasek con una pregunta— ¿Y por qué pueden comerse... y otras no?

—Pues... la verdad es que no. ¿Qué relación tiene eso con la historia?

—En un principio, todas las plantas eran parecidas. Pero consideré, que ya que había dado origen a una raza, la ayudaría con alimentos para su desarrollo. Manipulé las plantas más propicias para ello, de modo que comenzaron a reproducirse con semillas de tamaño mucho más grande, que contenían todos los aportes necesarios para el organismo.

—Las frutas... los vegetales comestibles... ¿los creaste tú? —dijo Silvia sin salir de su asombro.

—Sí. Eran todas flores más o menos pequeñas, pero flores al fin y al cabo.

Insuficiente.

“Fue entonces cuando comencé la construcción de la nave en la que nos encontramos. Tuve que salir al espacio infinidad de veces en busca de materia oscura.

—¿Salir al espacio? ¿No había suficiente en la Tierra?

Rasek se quedó mirando a Silvia un momento.

—Veo que todavía no te has hecho una idea muy clara de lo que es la materia compacta. Cuando te he dicho antes que para hacer este aparato —tocó su cinto— se necesitaba la masa de un continente no estaba exagerando.

“Voy a decirte un poco por encima cómo es la nave en la que te encuentras: se trata de una nave con forma de “disco”, por decirlo de alguna manera. Su diámetro es de trescientos kilómetros y su altura de mil metros. La base es plana y la parte superior es ligeramente cóncava.

—¿Parecida al escáner central?

—Sí. Es prácticamente una representación suya a escala en el mismo centro de la nave. Alrededor hay una pared plana que une en todo el perímetro la base con la parte superior —Silvia asentía—. El grosor es de un centímetro.

—¿Un centímetro? —dijo asombrada—. ¿Cómo... cómo puede un material de un centímetro de espesor... aguantar una explosión como...?

—Esa es la nave en la que te encuentras ahora, Silvia. En la que yo estaba cuando ocurrió... aquello, era en la que vine. Contaba con seis milímetros de grueso. Lo que quería explicarte es que la Tierra cuenta con, más o menos, seis mil trillones de toneladas de masa. Solamente la base de esta nave, el “disco” de trescientos kilómetros de diámetro, ciento cuarenta mil kilómetros cuadrados, necesitó para su construcción ciento cuarenta cuatrillones de toneladas de masa.

“Soy consciente de que estas cifra no representan gran cosa para ti, porque tu mente no es capaz apenas ni de imaginarlas. Pero piensa que, sólo para hacer el disco de la base, he utilizado el equivalente a unos veinticuatro mil planetas como éste —Silvia estaba paralizada— ... y la nave es bastante más grande que la base.

“Me mantuve siempre, por seguridad, en el mar, sobre la superficie. Y allí

fue también donde construí ésta —dijo mirando a su alrededor—, que cuando estuvo concluida por fin hace unos cinco mil años, sumergí. Pero antes de hacerlo di una “vuelta” por el planeta para “enseñar”.

Silvia no pudo evitar el pensar en la posible conexión que podría haber entre ese sumergimiento de la nave, y todas las leyendas que había acerca de una gran civilización que se “tragó” el mar hacía ya mucho... mucho tiempo.

—¿Para enseñar? —preguntó.

—Un impulso intelectual. Lo he hecho varias veces, aunque esa fue la más importante. De esa forma tardaréis menos —Silvia estuvo tentada de preguntar que para qué tardarían menos, pero era una pregunta con una respuesta sabida—. Me pasé, como te digo, por diferentes partes del globo: África, China, América...

—¿Culturizando... por decirlo así?

—En efecto.

—¿Y qué fue lo que enseñaste? —preguntó Silvia con curiosidad.

—Eso es lo más anecdótico de todo. Lo mismo en todos los lugares en los que estuve.

—No veo qué tiene eso de anecdótico.

—Que cada cultura lo interpretó de formas diferentes —comenzó a explicar Rasek—: les hablé de las corrientes de energía magnética que circulan por el cuerpo...

—¿Energía magnética por el cuerpo?

—El magnetismo, Silvia, es el origen de la vida. Como te podrás dar cuenta, aunque sólo sea viendo cómo funciona la tecnología, con él puedes dirigir y controlar hacia dónde y cómo van las células vivas. No olvides que incluso el oxígeno que llega a tus células lo transportan los glóbulos rojos mediante electromagnetismo. Por eso cuando un organismo crece lo hace de una manera concreta: porque tiene una preestructura magnética. Un código heredado.

—¿Un código que vosotros podéis “inventar”?

—Sí. De esa forma impulsas a la materia a que forme el organismo que tú deseas. Una planta, un animal..., es como una construcción informática. Tú haces el programa, lo que debe ocurrir, y después todo hace lo que tú has programado, siempre que pueda proveerse de la energía suficiente, claro está. La cultura china es la que más se quedó con este concepto de las corrientes de energía.

Silvia asentía en silencio.

—Enseñé —prosiguió— fundamentos básicos de construcción. Recuerdo todavía, hacia el año tres mil antes de —sonrió mirando a Jesús—... mi hijo, a un tal Imhotep que fue el “primero” en construir una pirámide. Tiempo después —recordó— lo deificaron, pero tan sólo fue un arquitecto, hombre, que destacaba de los demás por su inteligencia, y que comprendió mejor que otros los conceptos que les mostré. Les dije cómo orientar sus construcciones para poder beneficiarse del campo magnético terrestre.

—¿Eso... eso puede hacerse?

—Claro. Desde que establecí el campo, se mantiene relativamente invariable.

—¿Cómo que “estabilizaste” el campo magnético? ¿Qué quiere decir eso..., que no es natural, que lo has creado tú?

—No, no. El campo sí es originario del planeta. Pero con el tiempo va cambiando de posición... rotando, para que entiendas. Yo lo que hice fue estabilizarlo en una posición para que no variara más de lugar. Cada varios cientos de años hay que invertirlo, tras una pausa, porque si no el magnetismo seguiría su curso natural continuando con la rotación. Al invertirlo todo puede continuar igual, sin variar los puntos de referencia. Sólo existe el pequeño trastorno de prescindir de él durante breves momentos.

—¿Y cómo es eso de que los edificios pueden aprovecharse de ello?

—Depende de cómo los orientes y de cómo sitúes algo dentro de ellos, pueden incluso conservar alimentos —Silvia levantó las cejas—. En la zona africana hacía mucho calor y esto era bastante importante...

—Y en China todavía sigue siendo muy importante la orientación y distribución de objetos dentro de ellos...

—...para mejorar el flujo de las corrientes corporales —dijo Jesús—. La pena es que en África todo se exageró demasiado, ¿verdad? —dijo mirando a su padre—. Fue el... *llegado del cielo* quien les contó cómo había surgido la humanidad. El llegado en una bola de fuego. Fue el dios... mi padre: Rasek.

Después de ver el material del que estaban hechos los cinturones, que parecía un espejo perfecto, no le costaba gran esfuerzo a Silvia imaginarse una nave de ese material llegando por el aire a pleno sol del desierto. El reflejo debía de ser casi tan intenso como el mismo Sol. Como... ¡una bola de fuego!

—Ra... —pronunció atónita Silvia casi sin darse cuenta.

—Les dije —continuó Rasek— que había una vida ilimitada para aquéllos que se la merecieran por su conducta. Pero el tiempo y las mentes desvirtuaron esa idea, y comenzaron las momificaciones: “vida eterna” en la cámara de la conservación... para unos pocos elegidos, que asumieron tener una procedencia divina..., por cierto, Imhotep se encuentra entre nosotros.

—¿Y alguna vez volvió para intentar ayudar a los suyos? —preguntó Silvia sin sorprenderse. Ya cualquier cosa podía parecerle normal.

—Sí.

—Eso puede haber ayudado a que pensaran que es un dios, ¿no?

—Casi con toda probabilidad, pero eso es una decisión propia.

—¿La de creer en un dios?

—No. La de no creer en uno mismo.

—Cada uno tiene un dios en sí mismo —dijo Silvia recordando en voz alta...

—Veo que conoces más variaciones de la misma enseñanza. Esa es la realidad. Todo es pasajero. Nada importa más que tú mismo.

—Todo es pasajero —repitió Silvia—...Tu punto de vista es diferente, claro.

—El mismo que tú puedes tener si quieres —afirmó Rasek—. Lo más importante que tienen los hombres que aprender es que ellos son en sí mismos...

“todo”. Que no necesitan pedir a nadie que les solucione los problemas que ellos no pueden, mientras se sientan a esperar a que esto suceda. Que no necesitan echar a nadie la culpa de lo que les sucede... y que todos estamos “comunicados” por una misma energía magnética. Lo que hago a alguien, regresa a mí. Es uno de los efectos del magnetismo. Va... y vuelve.

—Eso se lo he oído decir a papá más de una vez —dijo mirando a su madre.

—Un hombre sabio —dijo Rasek.

—Aunque sea una bobada, me gustaría preguntar —Silvia estaba insegura, como quien sabe que pregunta algo estúpido— ... ¿el vudú, la “magia”, funciona?

—Y regresa —dijo Rasek por toda respuesta.

—¿Pero cómo?

—Igual que yo puedo moverte por el aire. El pensamiento tiene poder, poder real, aunque la tendencia es a no creerlo. El cerebro emite unas ondas, que dependiendo de la intensidad con que lo haga, puede influir más o menos en los demás... y en las cosas.

—Entonces..., la “magia” existe —pensó Silvia en voz alta— ... aunque no es magia. Dime —dijo retomando la conversación—, ¿qué más cosas enseñaste?

—En función del sistema en el que estamos, a medir el tiempo.

—¿Del sistema?

—Sí. De lo que puede verse desde aquí.

—¿Te refieres al espacio? ¿A las estrellas que pueden verse?

—Sí. Las estrellas pueden ayudar a llevar una medición regular. Los mayas fueron los más interesados en este campo. Les expliqué que el año solar consta de trescientos sesenta y cuatro días, y que cada dieciocho mil novecientos ochenta días, es decir, 52 años solares, se repetía todo de nuevo.

“Ellos lo complicaron algo, ciertamente. Lo agruparon en 28 semanas de 13 días, y lo mezclaron con otro calendario que llamaron ritual, de 360 días repartidos en 18 meses de 20 días, de manera que cada 260 días coincidían los dos. Pero sí se

quedaron con la idea básica.

—No me he enterado muy bien, pero siempre he oído decir que el calendario maya es incluso más exacto que el que utilizamos actualmente —reconoció Silvia.

—Sí. El ciclo, los dieciocho mil novecientos ochenta días, son cincuenta y dos años solares. Cincuenta y dos años de los “vuestros”. Ésa es la idea básica.

—¿Y si es más exacto, por qué dejó de utilizarse?

—Supongo que por pura comodidad, o por lógica. Cada ciclo de cincuenta y dos años... vosotros no vivís tanto como para contar por ciclos las cosas. Nosotros, en cambio, preferimos tener exactitud, porque el tiempo no es un problema para ello.

—Esa... esa cultura, por lo menos lo que sabemos de ella, está muy influenciada por el cielo.

—Sí. Por el aire llegamos, por el aire nos fuimos... de hecho, todas las ciudades de su período clásico están orientadas respecto al movimiento de la bóveda celeste.

—Eso me suena —dijo Silvia—. El período clásico es el de mayor esplendor y progreso de su civilización... aunque, sin embargo, los grandes edificios datan del principio de su historia —Rasek asentía levantando levemente las cejas—. Su economía... ¡el maíz! ¡¿Tú... vosotros, tenéis también algo que ver con el maíz?! —Silvia acababa de recordar que es un vegetal del que no se conoce origen silvestre. Necesita la mano del hombre para reproducirse.

—Ese es uno de los ejemplos de “fabricación”.

—Un... cómo y dónde ir, y la naturaleza se encarga del resto.

—Sí. Igual que con la patata. Era una zona donde escaseaba el alimento.

—Ah... —de pronto se acordó de otras cosas “inexplicables”—: Las construcciones que sólo se pueden apreciar desde el aire —pensó en voz alta—... los edificios de piedra con unas tallas impecables...

—Esperan que volvamos por el aire —dijo Rasek—. Por eso crearon esas

formas, para que las viéramos. En cuanto a los edificios, están cortadas con desintegrador. Me refiero a las piedras. En realidad, es lógico que nos esperen. Siempre hemos dicho que volveríamos. A todos. El día de la evolución final.

Silvia se quedó pensativa unos instantes. Los hombres, generalmente, lo han tergiversado todo a lo largo de la historia, y casi siempre para beneficio propio.

—He dicho —dijo Rasek como adivinando sus pensamientos— evolución, no juicio.

—Dime —preguntó—, ¿qué pasó después?

—Después —prosiguió Rasek— sumergí la nave, y desde entonces permanece aquí.

—¿Aquí... dónde?

—En el lecho marino del Atlántico, cerca de España.

Silvia se quedó confusa.

—No lo entiendo —dijo.

—¿El qué no entiendes?

—¿Cómo es posible que nadie os... haya visto? Hoy en día se puede escanear y rastrear con exactitud la geografía marina —dijo sabiendo de lo que hablaba, ya que era parte de su trabajo—. A ello se dedican el Geosat y el ERS-1.

Rasek sonrió.

—En 1870 —dijo a modo informativo— el buque británico “Challenger” comenzó la exploración sistemática del fondo atlántico.

—Lo sé, lo sé. Llevaban un cable de seis kilómetros con un peso. Era una tarea muy lenta y laboriosa.

—En 1922 —continuó Rasek— se construyó el “sonar”, que distingue entre roca, bancos de peces, o metales, según el eco.

Silvia asentía, como dando a entender que precisamente ese era el motivo

por el que no entendía que nadie los hubiera visto.

—¿Crees que para nosotros hay gran diferencia entre el ERS-1 o el escáner del satélite militar que has mencionado y la pesa unida a una cuerda? —Rasek se quedó mirándola mientras sonreía. Silvia sintió algo de vergüenza—. Podemos mandar como reflejo cualquier cosa. Los escaneos que han realizado por encima, han “visto” montañas marinas, porque es lo que hemos querido que vean.

—Ya entiendo... hasta que alguien no llegue a estar literalmente al lado no sabrá lo que hay. Entonces...

—Entonces, como muchos otros, bienvenido será. Y que él decida lo que desea hacer.

—Supongo... que este material no se ve afectado por el agua marina, ni por las algas, crustáceos...

—No hay ningún ser vivo que pueda “agarrarse” a él. No tienen dónde. Por lo demás... ya te dije antes que no tiene desgaste.

Silvia se sirvió otro vino, cogió la copa entre sus manos y se la acercó a la cara.

—Dime otra cosa. ¿Cómo es posible que no note el vino que he bebido? No es que sea mucho, pero...

—Eso —dijo Rasek levantándose— te lo explicarán tu madre y Jesús. Yo, por ahora, no quiero entretenerte más. Podemos vernos mañana, y me comunicas la decisión que hayas tomado. Ya se va haciendo tarde.

—¿Decisión? ¿Qué decisión? —exclamó Silvia algo sobresaltada.

Rasek, Laura, y Jesús se miraron. Fue Laura la que habló:

—La decisión de... si te vas a quedar aquí, con nosotros.

De pronto, todo lo sucedido en los últimos días se agolpó en su memoria aturdiendo su mente. Recordó a su padre, recordó a Juan, a Pedro, el batiscafo, su última semana sumergida... y sin saber por qué, recordó especialmente a Alfredo.

—De acuerdo —dijo, con el pensamiento en otro lugar.

Se despidieron de Rasek con un abrazo, igual que hicieran al verse, y la emoción que sintió fue la misma:

Paz.

* * *

Al salir fuera ya estaba anocheciendo y podían contemplar algunas estrellas cuando se dirigían hacia la estación. Jesús la programó, sin preguntar, para regresar a casa, y entró. Laura esperó a que Silvia lo hiciera primero para pasar ella después. Al salir, hicieron algo parecido en otra estación, y salieron en el lugar que Silvia ya podía identificar. Habían llegado.

Fueron andando hasta la casa, en silencio. Al llegar Laura abrió la puerta y esperó a que Silvia entrara. Después lo hizo ella y detrás entró Jesús, que cerró. Se encontraban de nuevo en el lugar en el que Silvia despertara por primera vez. Paredes lisas, techo liso, suelo liso. Todo impecable, sin decoración alguna.

—Nos hemos quedado sin habla, ¿eh? —dijo Silvia.

—Has escuchado muchas cosas nuevas —dijo Jesús—. Es bueno que las madures.

—No todas las que quisiera —dijo Silvia con una curiosidad insaciable.

—¿Qué quieres decir?

—Me estoy dando cuenta de que... me dijiste que él me lo explicaría, pero se me ha olvidado.

—¿El qué?

—Lo del "Sol". Cómo funciona. Y tampoco he visto... un plano de la nave,

que iba a ver en el escáner.

—Es cierto —dijo Jesús mirando a Laura—, se nos ha olvidado. Se lo puedo decir yo, si no te importa.

—¿Por qué iba a importarle? —Silvia miró a su madre.

—Perdona... Silvia —contestó Jesús distraído—, “hablaba” con mi padre.

Silvia entreabrió levemente la boca.

—Lo... lo siento.

—No importa. El Sol que puedes ver en este “cielo” es real, pero a escala. Fabricamos el hidrógeno y el helio, y lo que se ve es una fusión controlada. El sistema lo hace desplazarse por la bóveda.

—¿Que fabricáis el hidrógeno y el helio?

—Sí... ¡fabricamos todo! O por lo menos, podemos hacerlo.

Su madre se acercó a un panel de mandos y, tras tocarlo, parecía como si se encontraran en el exterior, contemplando la “puesta” de Sol.

—Ya que hablamos de ello... podemos también disfrutarlo —dijo.

—Buena idea —dijo Jesús.

—¿Y éste —preguntó Silvia—, este Sol que vemos aquí dentro, también es una fusión?

—Técnicamente, sí.

Silvia, asombrada, se acercó a lo que sabía que era una de las paredes, alargando la mano hacia el Sol. Por muy lejano que pareciera, su representación se encontraba ahí, a unos centímetros. Al acercarse tan despacio, el sistema no la retuvo y llegó a tocar la pared.

—Increíble... apenas hay tacto... es como... como un cristal. Todo está... “ahí fuera”.

—¿Te gusta?

—Es increíble —repitió—. ¿Pero dime... cómo puede “fabricarse” una fusión en una pared?

—Bueno —dijo Jesús—... no en la pared exactamente —Silvia lo miró extrañada—. El sistema organiza la integración de determinadas partículas en determinado lugar. Lo que puede verse es el resultado de ello.

Silvia miró instintivamente hacia arriba. El... “sistema”.

—Eso me recuerda —dijo su madre tocando algo en la pared— lo que veníamos a enseñarte.

Aparecieron en la estancia, como por arte de magia, tres personas. Silvia se sobresaltó, pero aún más cuando comprobó que... ¡eran ellos! ¡Ellos mismos!

—¿Qué es esto? —preguntó todavía con el corazón agitado del susto.

—Somos nosotros —le dijo su madre.

—Eso ya lo veo... ¿pero por qué, para qué?

—Es otra de las funciones del escáner... la función médica.

—Ya —dijo Silvia extrañada recordando las imágenes de las sandías escaneadas—, pero... esta imagen... no es transparente. Es opaca.

—Realmente se puede ver como más te apetezca.

Laura se acercó a la imagen de Silvia y la tocó, al igual que hizo Luis con las sandías por la mañana. E, igual que ocurrió con ellas, parte de la imagen desapareció. Silvia dejó escapar un gemido, ya que verse a sí misma sin la piel es algo que no le ocurría muy a menudo... y la imagen era francamente espeluznante. Su madre volvió a tocar, y fueron desapareciendo sucesivamente la grasa, la musculatura..., hasta dejar a la vista el esqueleto y el sistema sanguíneo.

Silvia se quedó inmóvil, y comenzó a acercarse lentamente a la imagen. Podía ver cómo sus venas se movían por el impulso de la sangre que las recorría.

—Esta... esta no soy yo —afirmó.

—Aunque la imagen está inmóvil por comodidad, lo que ves es un escaneado en tiempo real. Puedo asegurarte que eres tú —dijo su madre haciendo que lo que quedaba a la vista se viera transparente. Silvia pudo contemplar por dentro cómo su corazón bombeaba sangre y cómo ésta circulaba por sus arterias y venas... y cómo aumentaba su velocidad.

—Imposible. Me... me rompí un brazo de pequeña, ¿recuerdas? Yo misma he visto en alguna radiografía la marca que me quedó de la soldadura. Este esqueleto —dijo mirando la imagen—... está perfecto.

—Tu hueso —dijo Laura—... está arreglado.

—¿Cómo arreglado?

—Sí... como si nunca hubieras tenido ninguna rotura. Se eliminó la parte soldada y se añadieron moléculas óseas nuevas. Fue mientras dormías.

—¿Así... sin más?

—No, con más —su madre le sonrió—. Tu cuerpo está en perfecto estado. Como si nunca te hubiera sucedido nada malo, ni hubieras respirado ni comido nada perjudicial, ni desgastado por los años... está... ¡nuevo! Tómallo como un regalo.

—No... no puede ser —dijo Silvia como frase hecha, ya que creía perfectamente posible lo que su madre le decía.

—Mira qué cosas puedes hacer con este “juguete”.

Laura aumentó de tamaño una sección de la imagen de Silvia hasta que uno de sus glóbulos rojos tuvo veinticinco centímetros de diámetro. La imagen estaba suspendida en el aire, al lado de la del cuerpo completo, y podía verse su interior... e incluso el oxígeno que transportaba, que sorprendentemente desapareció.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Silvia sorprendida.

—Habrá dejado su carga en algún lugar. Fíjate —contestó Laura señalando la imagen completa de su hija, por donde se movía un puntito luminoso—, ahora regresa hacia los pulmones a por más.

Silvia se quedó boquiabierta viendo cómo uno de sus glóbulos rojos representado por un punto luminoso se movía por su sistema sanguíneo... ¡a tiempo real!

—¿Se... se encuentra realmente donde se le ve? —preguntó.

—Sí.

—Es... sorprendente.

—¿Quieres verlo un momento... al natural? —le preguntó su madre.

—¡Claro!

De pronto la imagen “cobró vida” y comenzó a moverse. Silvia acercó una mano hacia la imagen y ésta, a su vez, hacia ella. Giró, levantó los brazos, y también lo hizo la imagen.

—Es sorprendente.

—¿Verdad que sí?

—¿Y... cómo se usa médicamente?

—El escáner identifica todos los componentes de tu cuerpo, y desintegra todo lo demás.

—Ahora entiendo. El vino, el alcohol...

—Así es.

—¿Pero cómo puede saber que algo que hay dentro y que no es del organismo debe quedarse?

—Eso está en la memoria del programa.

—¿Y nunca falla?

—Parece ser que no.

Silvia miró a Jesús, que negaba con la cabeza.

—¿Recuerdas las distancias que hay entre las moléculas —dijo Jesús— y entre la materia?

—Sí —afirmó Silvia acordándose de lo que habían visto en el gran escáner circular aquella mañana.

—No supone ninguna dificultad diferenciar entre un pelo que tienes en la cabeza creciendo y otro que ya “ha caído”. O entre una escama de piel desechada y tu propia piel. Hay distancias “gigantescas” entre ambas cosas aunque estén en *contacto*.

—O —meditó en voz alta— ... entre un líquido que está dentro del cuerpo y otro que ya está fuera, aunque esté tocando la piel —recordó cuando había ido al cuarto de baño, y también el “secado” al salir del lago.

—En efecto.

—¿Y se podría... “vaciar” uno sin necesidad de ir al baño?

—Claro, pero si quieres que el cuerpo siga funcionando como debe no lo hagas, ya que al acostumbrarse perdería las funciones y dependerías para siempre del sistema para hacer tus necesidades.

—No, no... ¡claro! Era sólo por saber. Entonces, si no lo entiendo mal, aquí tenéis un ambiente absolutamente estéril.

—Sí.

Silvia iba a preguntar si eso no podría perjudicarles, en el caso de que cualquier germen entrara, pero... ¿cómo entraría? Y lo que es más: ¿qué más daba que entrara cualquier cosa que no deseaban si al hacerlo lo desintegrarían?

—Tenemos dos opciones —dijo Jesús como leyendo su pensamiento—, ya que el único problema se plantea para los que salen al exterior. Una de ellas es que a la vuelta, simplemente, purifiquen su organismo. Otra, es que vayan vacunados, que es lo que hacemos con los que quieren permanecer mucho tiempo fuera.

—¿Os... vacunáis? —dijo pensando en que al parecer algo había allí como en todos los lugares: agujas.

—Sí —contestó su madre—. El sistema te integra dentro del organismo lo

necesario para generar anticuerpos, o directamente los anticuerpos mismos.

—¿Te lo integra... dentro? ¿Cómo lo hace, te inmovilizan?

—No hace falta. Lo hace directamente en tu torrente sanguíneo, o donde sea necesario.

—¿Incluso moviéndote?

—Mira —dijo su madre señalando un anillo que Silvia llevaba puesto—. Tocó la imagen y pasó a verse completa. Después la “detuvo” para que permaneciera estática, y tocó el anillo.

—Pero —dijo Silvia conmovida mirando su mano en la que ya no se encontraba el anillo—... ¿dónde está?

—Está guardado. Y lo bueno es que ahora te lo vuelvo a poner; dime dónde lo quieres.

—¿Dónde lo quiero? —dudó.

—Sí. En qué dedo..., en la boca..., encima de la oreja —su madre se rio.

Silvia se recogió ligeramente la túnica e hizo una especie de pirulí con el extremo, sujetándolo con la mano.

—Aquí —dijo—. Lo quiero aquí —y comenzó a agitarlo.

Laura manipuló la imagen de su hija de modo que también pudo verse la túnica, y aumentó el tamaño para ver mejor. Indicó el lugar en el que Silvia había decidido ver de nuevo su anillo. Y allí apareció.

Silvia se detuvo, mirando el pequeño cono de tela enrollada delante de sus ojos, con el anillo en su parte inferior.

—Lo he puesto bien abajo para que no se cayera. Ya sabes... con tanto movimiento...

—Parece que en estos días no sé decir otra cosa... pero es que... ¡es increíble!

—Pues esto es básicamente lo principal de la “medicina” de aquí —dijo Laura mirando a Jesús—, si es que se le puede llamar medicina.

—¿Hay más? ¿Y qué es ello? Porque con sólo lo que acabo de ver ya podría cambiar toda la humanidad.

—Lo que llamamos realmente... medicina —dijo Jesús—. Por ejemplo, si te cortas, si te rompes un hueso en una caída...

—¿Qué hacéis entonces? Sólo la teoría —dijo con sorna—... no quiero romperme un hueso para ver cómo se arregla.

—Hay varias maneras. En una de ellas se acelera el proceso del organismo integrando dentro la materia que necesita para la reparación

—Pero eso haría que quedara la marca de la soldadura, ¿no? Y si yo no tengo ya la que tenía...

—Efectivamente. Otra manera —continuó— sería generar otro hueso nuevo. El sistema te desintegra el hueso conservando el hueco interior, mientras el cuerpo hace crecer otro igual. Puede llevar unos minutos.

—¿Unos minutos? —exclamó Silvia—. Parece...

—Sí, ya sé, ya sé —la interrumpió Jesús casi riéndose— increíble, pero la que más te va a gustar es la que queda —hizo una pausa para crear expectación en ella—: el sistema fabrica otro hueso igual al dañado y lo sustituye.

—¿Cómo que fabrica otro igual?

—Eso... es parte de lo que aún no hemos hablado.

Silvia se le quedó mirando en espera de que continuara.

—Te dije que podemos fabricar materia.

—Sí.

—Pues... sencillamente, eso es. El escáner integra los átomos de manera que formen materia ósea... o vegetal... o mineral, cualquier materia.

“¿Y qué hacéis con lo otro, con lo que no se come?” “Lo guardamos”. “¿Lo guardáis? ¿Para qué?”. “Es materia”, recordó Silvia la conversación con Luis esa misma mañana.

“Materia...”

—¿Entonces —comenzó a preguntar— toda la materia que sobra se utiliza para otras cosas... como ésta?

—Sí. Se disgregan sus átomos y se guardan. Con ellos se puede formar cualquier cosa... desde agua, hasta un pimiento que quieras comerte.

—Pero no es lo mismo que construir un programa para que la materia biológica actúe según lo que se quiera...

—No, no —la interrumpió Jesús—. No tiene nada que ver. Estamos hablando de generar algo concreto. No una forma de vida que tenga un código hereditario.

—Por eso no es necesario cultivar —dijo comprendiendo realmente por primera vez el porqué.

—Eso es.

—Y por eso dijiste que podíais “fabricar” las plantas, crearlas.

—Sí.

—Pero —dijo agitando las manos—... a ver si lo he comprendido bien. ¿Podéis conseguir alimentos y... todo lo que podáis necesitar... de la nada?

—Mujer... de la nada es un poco exagerar. De una piedra, de un planeta, de una roca sideral... de cualquier tipo de sustancia o materia que pueda existir en el universo.

—¿Y podríais coger todos los residuos contaminantes, por ejemplo, y transformarlos en... tomates?

—Y lo hacemos.

—Me refería a... —dijo mirando hacia arriba.

—Te había entendido. Pero cuando alguien recibe ayuda, debe ser porque no la necesite.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó algo resentida.

—Que ayudaremos cuando sea el momento, no porque vaya a caer sobre vosotros la espada que vosotros mismos estáis colgando —Jesús se dio cuenta de que esto le había sentado mal a Silvia—. Podríamos, ahora mismo, desintegrar absolutamente toda la materia contaminante del planeta. ¿Crees que eso serviría de algo? ¿O quizá... sólo para que desaparecieran todos los acuerdos que existen... porque el “cubo” volvería a estar vacío?

—También se aprende de los errores —dijo Silvia.

—Si hubiéramos desintegrado la materia contaminante hace tiempo, nunca hubierais tenido petróleo, ni carbón, ni...

—Quizá hubiera sido mejor.

—Es posible. Pero cada avance ha de seguir su propio curso. Todo lo que sea manipular es forzar, obligar en cierto modo. La vida es libre, y ha de llegar a donde sea por sí misma.

—¿Y tu padre? ¿Acaso él no manipuló a los seres que vivían aquí? —estuvo tentada de decir.

—Nunca obligó a nada a ningún ser —la sobresaltó Jesús.

—¿Pero es que puedes “oír” lo que pienso? —preguntó nerviosa.

—Oír... no, pero tu energía se transmite con bastante intensidad en algunos momentos.

—Por lo que estoy entendiendo —dijo algo avergonzada—... pudo haber creado otro ser igual a él. Haberlo... integrado.

—Sí. Pero eso no da diversidad. El aprendizaje lento de una vida, de las cosas, una opinión propia... mi padre quería alguien con quien vivir, no a quien enseñar. Y puedo asegurarte que la persona que vive con él, mi madre, es por propia voluntad. Cuando hizo la mezcla, dejó crecer la nueva especie, enseñándola y ayudándola, y cuando de nuevo hizo lo mismo, obró igual.

—¿Y eso no te parece manipulación?

—Creación —dijo Jesús muy serio—. Manipular habría sido obligar a aquellos seres a realizar lo que él hubiera querido. Sin embargo los dejó libres y, como te he dicho, los ayudó. Creo que entre manipular y crear hay una diferencia muy grande. Mi padre..., es un creador.

Hubo un momento de silencio. La mujer de Rasek. No sabía por qué, Silvia no la había conocido. Pero en ese momento se dio cuenta de que sus orígenes se remontaban... a una única pareja.

—Pueden incluso resucitar a un muerto —retomó Laura la conversación.

Silvia se la quedó mirando con expresión entre desconcertada e incrédula.

—Venga ya... eso es demasiado —se volvió hacia Jesús—. ¿En serio?

—Dependiendo del tiempo que lleve muerto, así es.

—Ah...

—Seguro que estás pensando —dijo su madre— en la reanimación. Nada que ver. Te lo aseguro. Pueden hacerlo incluso con un cuerpo que lleve días sin vida.

—¿Cómo? —preguntó.

—Bueno —dijo Jesús—, técnicamente podría decirse que lo que es resucitar, no se hace. Se necesita el cuerpo original, y lo que se hace es construir otro nuevo —Silvia lo miró extrañada—, siempre que aún quede información de sus conexiones neurológicas. El escáner genera otro cuerpo exactamente tal y como estaba el anterior. Al tener un cerebro con los mismos contactos en forma y disposición, se tienen los mismos recuerdos que se tenían. En realidad los recuerdos son lo importante, la... "persona", por así decirlo. El cuerpo se puede igualar, modificar, mejorar... dependiendo de que así se desee.

—¿Quieres decir que ahora mismo podrías hacer una copia de mí... y que sería yo misma? —preguntó inquieta mirando la imagen del escáner.

—Sí. En realidad —dijo divertido—, no puedes saber si tú ya eres esa copia de la que hablas —Silvia dio un respingo—. Es broma, no te preocupes.

—Lo cierto —dijo Laura— es que el único problema se daría si se encontraran dos iguales a la vez. Pero si fueras esa... copia, te daría lo mismo. ¿O es que acaso no seguirías siendo tú?

—Tengo que reconocer —dijo despacio—... que aunque sea en otro cuerpo, soy yo. ¡Sigo siendo la misma! —su madre sonreía— Y que si es así, no soy consciente de ello.

—Desde luego —dijo Laura— tú eres lo que eres, no lo que “ocupas”. Tú eres tus recuerdos, tus conocimientos, tus experiencias..., si eso se mantiene, ¿qué más da en dónde esté?

—¿Ha habido alguien que haya querido cambiar su cuerpo?

—Sí, pero muy pocos. La mayoría se han sentido satisfechos con el suyo propio cuando éste ha estado en perfectas condiciones físicas, sin marcas ni cicatrices, con una buena dentadura, con fortaleza...

—Entiendo. Creo que sé a qué te refieres, porque en otros momentos diría que tanta noticia, tanto suceso nuevo, me han dejado agotada... pero me encuentro perfectamente descansada. La verdad es que extrañamente descansada.

—Tu cuerpo está en perfecto estado, y bien alimentado... aunque sería bueno descansar algo. La mente necesita asimilar —Jesús miró a Laura—. Os veré mañana, y ya nos dirá lo que decide.

—De acuerdo.

“Lo que decide”. Esas palabras sonaron como cañones a los oídos de Silvia. Realmente no se encontraba cansada, y eso le vendría bien porque las próximas horas habría de pasarlas decidiendo si se quedaría en aquel lugar o no. Al parecer todo sucedía muy rápido allí... con la cantidad de tiempo de que disponían, eso le pareció una contradicción. ¿Por qué llevaba allí dos días y tenía que decidirse con tanta prisa?

Se despidió de su madre, y ella misma logró “prepararse” su cama, aunque se acostó más por descanso obligado que por necesidad. En posición tumbada se fue relajando cada vez más... más...

De pronto, muchos recuerdos asaltaron su mente. Su padre... ¿qué pasaría con él? ¿Podía ella vivir allí... mientras su padre sufría pensando que había

muerto? ¿Qué pasaría con Juan y Pedro... con la expedición que había fracasado? La expedición... parecía ya tan lejana, como un sueño, como todo lo que podía recordar de los dos últimos días... quizá todo fuera un sueño, y se encontraba en algún hospital recuperándose de los efectos de la carencia de oxígeno en el batiscafo. A lo mejor, al despertar, se daría cuenta de que todo había sido irreal, de que la mente a veces puede jugar muy malas pasadas... o buenas. Quizá al despertar viera allí, esperando, a Alfredo.

Silvia despertó.

Plácidamente, como las otras veces de las que tenía recuerdo, con idénticas sensaciones. Con energía, con fuerza. Levantó las manos despacio y se las miró. Después miró a su alrededor. Todo permanecía igual que al acostarse. Desde luego, si aquello era un sueño, era de los más largos que había tenido en su vida. Recordó lo que debía hacer en aquel día que “comenzaba”. Fue haciéndose consciente de que en poco tiempo le preguntarían si quería quedarse allí, con su madre, en aquel lugar que aún no conocía bien, o regresar... “a su vida”.

Oyó llegar a Jesús, seguramente para conducirlos hasta Rasek.

Esa mañana hablaron poco, Silvia por estar imbuida en sus propios pensamientos, y Jesús y su madre posiblemente por respeto, por no interferir en lo que ella pensaba o en la decisión que pudiera tomar. Tantas personas en el planeta que piden a algún amigo o conocido opinión sobre qué hacer en determinadas circunstancias... lo tendrían difícil aquí, donde se pensaba que las decisiones son propias de cada ser y que cada uno las toma para sí mismo. No es lógico que alguien pida consejo sobre qué hacer a otro, porque todo el mundo tiene opinión... o debería. Decide siempre... ¡lo mejor para ti!, siempre que ello no perjudique a nadie y diferenciando el perjuicio real con que alguien se sienta perjudicado porque tú no actúas como él quiere. Eso... es manipulación. Algo que la gente de la superficie tiene asumido como parte de su vida. Por eso cuando alguien no funciona con esos cánones es el raro, al que hay que señalar, nada más por decidir lo que es bueno y lo que no para él, sin tener en cuenta lo que los demás creen que lo es.

Llegó el momento, y los tres se dirigieron hacia la casa de Rasek. Fueron por la “calle”, entraron en una estación, luego en otra, y por fin, se encontraron en la misma puerta a la que llegaron el día anterior. Rasek salió a recibirlos, como si supiera que ya estaban allí. Saludó, con un abrazo, les invitó a pasar al interior, y una vez sentados miró a Silvia, que aún se encontraba reconfortada por el abrazo.

—¿Y bien? ¿Qué has decidido?

—Lo cierto es que tengo ideas confusas. Me gustaría poder pensarlo con más detenimiento. Es una decisión muy importante y... ¿no podría tener algo más de tiempo?

—No —se limitó Rasek a decir con amabilidad.

—¿Y... cuál es el motivo? —se atrevió a preguntar.

—Lo sabrás por ti misma. No antes.

En algunos momentos todo parecía un galimatías, una especie de acertijo, que ni siquiera sabía si ella estaba preparada para resolver. Quizá demasiados misterios, quizá el no haber visto prácticamente a nadie desde que estaba allí, quizá la presión que notaba para tomar aquella decisión... todo un cúmulo de acontecimientos y de sensaciones la llevaron a decidirse justo en aquel instante.

—Está bien... ¡me voy!

—De acuerdo. Yo te llevaré —dijo Rasek.

—Así... ¿sin más? —la duda de que realmente la dejaran salir de allí anidaba en lo más profundo de Silvia. También la duda de que ... todo aquello fuera real.

—Sin más. ¿Qué esperabas?

Rasek movió el brazo para recoger su cinturón, que llegaba por el aire hacia él. Al colocárselo, Silvia pudo darse cuenta de que llevaba a la cintura la... “espada” que pudo ver el día anterior. ¿Acaso ya estaba preparado para salir antes de que ellos llegaran? ¿Cómo podía saber de antemano su decisión?

El trayecto no fue largo. Al parecer, allí todo estaba como máximo a... dos estaciones. Aunque no siempre sucedía así.

—Las estaciones —le habían explicado—, para que te hagas una idea, están

repartidas digamos como... regiones, y desde cada una de ellas puedes ir a cualquier provincia, y desde éstas a cualquier pueblo, y desde ellos a cualquier lugar de su entorno.

—De modo que, al parecer, nos estamos moviendo por lugares relativamente principales, ¿no?

Nadie le contestó, lo que le dio la sensación de haber realizado una pregunta incorrecta. Era algo extraño que, en aquel lugar en el que todos, según había entendido, decían lo que pensaban, pudieran tener algo que “no” decir. Sin embargo ni Jesús, ni Rasek, ni tan siquiera su madre parecieron molestos por la pregunta. Simplemente, se limitaron a continuar como si no la hubieran oído. Quizá pensaran que era una pregunta retórica, de la que Silvia ya conocía la respuesta.

—¿Sabéis? No he visto en el escáner... el plano de este lugar. Se nos olvidó.

—Da lo mismo —dijo Rasek—, ya que te vas. ¿Para qué quieres conocer un lugar en el que no estarás?

Tan obvia como esquiva respuesta era tan lógica que Silvia se abstuvo de hacer más comentarios.

Llegaron a una especie de hangar que más parecía una gran habitación. Las paredes eran lisas, de un tono neutro, como opaco, que carecía totalmente de brillos o reflejos. En el centro había un objeto circular de unos seis metros de diámetro y dos y medio de alto. Ascendía en forma cónica, con una inclinación de unos cuarenta y cinco grados, pero no terminaba en punta, sino en forma esférica, de manera que daba la sensación de tener acoplada en la parte superior lo que podría ser un tercio de una esfera de tres metros de diámetro. Reflejaba tanto que apenas podía distinguir con claridad sus bordes, hasta el punto de que si la pared no fuera tan... “absorbente”, ciertamente tendría dificultades para distinguir dónde acababa y dónde no. Podía ver mejor el reflejo de ellos mismos, deformados por las formas curvas del objeto, que al objeto mismo.

Rasek lo miró, y el objeto comenzó a elevarse. Cuando estuvo por encima de sus cabezas, a unos dos metros y medio de altura, se detuvo. De su parte inferior, lisa y aparentemente de una pieza, se separó un disco central de dos metros y medio de diámetro, parecido en tamaño a la forma esférica que podía verse en la parte superior. El disco fue descendiendo hasta llegar al suelo. Rasek subió sobre él

y extendió su mano hacia Silvia para que hiciera lo mismo. Cuando estuvieron los dos encima, el disco comenzó a ascender.

Fue en ese momento en el que Silvia se dio cuenta de que se marchaba, y de que ni siquiera se había despedido de su madre. Todo había ocurrido tan rápido... el accidente, la estancia en aquel lugar, tantas cosas nuevas... puede que todo no fuera más que un sueño, pero aún así le gustaría haberse despedido mejor, con más tiempo. Levantó una mano y sonrió con algo de tristeza mientras la plataforma se elevaba. Laura se dio un beso en la mano y se lo envió a Silvia, sonriendo. ¿Acaso le daba igual no volver a verla? Porque parecía que daba lo mismo lo que alguien hiciera allí: a nadie le molestaba... ni parecía importarle los comentarios o las decisiones de los demás. Estos sentimientos, que traían a Silvia recuerdos no muy gratos, son los que le hacían dudar en alguna ocasión de que todo fuera real. Era como... como cuando en sueños las cosas más extrañas suceden como si fueran lógicas.

La plataforma llegó al final de su recorrido y se detuvo. Silvia se sorprendió, ya que ni siquiera se había dado cuenta de que hubiera comenzado a... “entrar” en el objeto. Continuaba viendo exactamente igual a su madre y a Jesús, tal como si estuviera suspendida en el aire, sobre un cristal invisible, aunque pudo darse cuenta de que ellos no podían verla. Por lógica, supuso que se encontraba en un recinto cerrado, pero optó por no moverse, ya que no veía dónde.

De repente, todo se transformó. Había suelo, y una pared... circular. Se encontraban en una especie de cilindro en el que el suelo era la plataforma que los había elevado. La parte superior, abovedada, como le pareció desde fuera, con unos dos metros y medio en su parte más alta. Era como estar dentro de una bala gigante que alguien hubiera puesto de pie.

—Normalmente —dijo Rasek extendiendo la mano hacia el recinto— no hago esto para mí, pero quería que vieras la nave por dentro.

—¿Esto es... una nave? —preguntó algo inquieta, dándose cuenta de que no había ni dónde agarrarse.

—Para cuatro cómodamente, aunque pueden ir muchos más.

—¿Muchos más? —pensó—. Como no sea de pie...

Aparecieron dos cómodos asientos, y Rasek le indicó que se sentara. Él hizo lo mismo. La nave volvió a ser transparente de nuevo, por lo que sólo podían verse

los sillones en los que se encontraban. En la estancia ya no estaban ni Jesús ni su madre. Una gran parte rectangular de una las paredes del hangar comenzó a moverse hacia dentro, y después lateralmente. Quedó en medio, en su lugar, una superficie... ¡de agua! Oscura.

—¿Eso es..

—El mar... —dijo Rasek sin dejar que acabara la pregunta—..., y nuestra salida.

De pronto, la salida “se acercó” hacia la nave, la traspasaron, y ya desde el océano Silvia pudo contemplar gracias a que el sillón era giratorio, cómo la pared volvía a cerrarse y quedar como si nunca hubiera estado abierta. Se encontraron en la más absoluta oscuridad, en la que ni siquiera podía distinguirse la transparencia de la nave.

—Ni siquiera he notado que comenzara a moverse —comentó.

—No puedes... porque no se nota. Observa esto.

El océano se convirtió en un mar de luz. Parecía como si estuvieran en el cielo, flotando en el aire, sin dejar de ver en la distancia. Entonces pudo ver Silvia, allí delante, a unos pocos metros, flotar un objeto brillante. Era su propia imagen reflejada en la pared. “Un disco de trescientos kilómetros de diámetro por uno de alto...”, recordó las palabras de Rasek. Instintivamente miró hacia los lados y hacia arriba y abajo, pero no estaba muy segura de lo que veía, igual que le ocurriría a cualquiera que mirara un espejo de esas dimensiones, ya que no sabía si lo que veía era real o reflejo.

—Vemos a través, pero no somos transparentes... —dijo pensando en voz alta.

—Porque si no, en el reflejo estaríamos nosotros y no la nave —concluyó Rasek el pensamiento de Silvia.

—Así es. Por lo tanto, esto —alzo las manos— ... es un “efecto”.

—Es más que un efecto. Es todo lo que localiza el escáner, representado en una frecuencia visible para nosotros.

—¿Como si estuviera amplificada la intensidad luminosa?

—Sí.

—La luz se pierde en la distancia. Sin embargo esto...

—La luz se distorsiona al variar de medio. Si no quieres, no se apreciará eso desde aquí. Tampoco se aprecia su pérdida cuando viaja mucho tiempo por un medio como es el agua. Lo que ves es una representación luminosa de lo que hay, no la luz que realmente hay.

—Entonces... ¿cómo sabes si el exterior... es el lugar donde estás?

—Esto es un medio para movernos —rio Rasek—, no una imposición. Puedes pasar a modo “luz normal” cuando quieras. ¿No recuerdas que al cerrarse la puerta estábamos a oscuras?

—Sí... es verdad.

—De hecho —añadió—, puedes ver la gama de luz que desees. Él siempre te indica qué frecuencia estás viendo.

—¿Él? Te refieres al escáner.

—Sí. Discúlpame —se dio cuenta de que a Silvia le faltaba información para comprender.

Alrededor del sillón de Silvia apareció un tablero de mandos con forma circular, rodeándola, con una esfera a cada lado, justo del tamaño de sus manos.

—Esto —dijo Rasek—, es lo que tendrías si tú tripularas la nave, y lo que verías en el sillón de cualquiera que lo hiciera...

—Pero no tú.

—No. Yo la manejo con la mente. No me malinterpretes. Lo que manejo son los controles, sólo que no necesito tenerlos a la vista.

Los controles desaparecieron de nuevo.

—Bueno... ¿preparada para el viaje? —Silvia asintió—. Voy a enseñarte algo que creo te gustará.

El reflejo suyo se alejó de repente con tanta rapidez que pareció más desaparecer que alejarse. Se pararon —“¿Acaso se habían movido?”— al lado de una ballena de casi veinte metros de largo. Era como verla en el aire.

De pronto Silvia pudo notar la superficie del mar, las ondas que hacía el agua al moverse, y las burbujas de oxígeno que se formaban alrededor de la ballena.

—Gracias —dijo sabiendo que no era casual.

—Pensé que te gustaría más así.

La ballena encogió de tamaño desplazándose hacia arriba, hasta dejar de verse. Apareció, cercano, un calamar gigante. La cabeza delante de ellos, el ojo mirándolos... Silvia dio un respingo en el asiento.

—No te asustes. No puede hacernos nada.

—Lo... lo siento. Creo que mis recuerdos han actuado por mí sin preguntarme.

—Debí avisarte de lo que te iba a enseñar.

—No pasa nada, de verdad —dijo más tranquila—. Debe tener... lo menos cuarenta metros de largo.

—¿Esto es lo que buscabas, no es así?

—Desde hace muchos años. Y todavía no puedo creerme que lo esté viendo... así, sin más.

—El océano no tiene misterios para nosotros. Tú has dedicado tu vida a él. Pregunta lo que quieras. Conócelo. ¿Dónde quieres ir?

—No lo sé. Francamente, estoy sin palabras.

Rasek le enseñó a Silvia infinidad de rincones del planeta submarino. Subieron a la superficie, descendieron a más de diez mil metros en algunas de las fosas más profundas del planeta, visitaron los polos, el del norte por debajo del

casquete polar, las zonas tropicales, pudo contemplar incluso especies abisales de las que desconocía su existencia como si estuvieran a plena luz del día en un arrecife coralino, y pudo contemplar una erupción volcánica a tan sólo unos metros de distancia..., sin peligro alguno.

—Yo —susurró—... he dado prácticamente mi vida por saber algo de lo que estoy viendo en estos últimos minutos. Ni siquiera habría imaginado que... que podría verlo. Tan sólo documentarlo con algunas imágenes que pudiera grabar alguna máquina.

—Lo sé. Por eso te lo estoy enseñando —dijo Rasek como si fuera lógico.

Llevaban cerca de una hora de un lugar a otro del planeta, aunque ahora Rasek iba más despacio, para que Silvia pudiera apreciar cómo se desplazaban, para que pudiera orientarse. De otro modo, las imágenes aparecerían ante ella como cuando cambian en la pantalla de un televisor. Así, aunque a una velocidad vertiginosa, veía cómo éstas se acercaban y alejaban, dándose cuenta de dónde a dónde iban. Era como estar utilizando un videojuego. Todo se movía, pero ella no tenía ninguna sensación de moverse. Es más, se encontraba sentada cómodamente en un sillón sin tan siquiera sujetarse. En realidad, podría tratarse de un sofisticado sistema de proyección en tres dimensiones en el que el espectador se encontraba sentado en medio de la sala. En cierto modo, era un poco inquietante, porque no podía distinguir si lo que le estaba ocurriendo era real o no.

—Rasek —preguntó—, ¿cómo es posible que no se note movimiento alguno?

—La nave se mueve por fuerzas de campos gravitacionales.

—¿Y?

—Dentro de ella genera el opuesto de la inercia que se crea con el movimiento. Por eso no notas nada.

—O sea que... si asciende con una fuerza de dos *ges*, por ejemplo, aplica sobre nosotros dos *ges* hacia arriba para que no nos aplastemos contra el suelo.

—Eso es.

Silvia se quedó en silencio. Aquella nave podía moverse en cualquier dirección, en cualquier sentido, ascendente o descendientemente, en cualquier momento, bruscamente, y con una velocidad que nunca hubiera podido imaginar... ¡en unos minutos se habían desplazado por todo el planeta!

—Eso implica que funciona... esféricamente, ¿no? Por el tipo de movimientos que hace esto...

—Efectivamente. Los cálculos los realiza en forma esférica. Como has podido ver, “esto” —el tono de Rasek tenía algo de sorna, por lo que Silvia se sintió algo avergonzada de su expresión—... se mueve hacia cualquier sitio repentinamente.

—¿Y cómo es posible que a esta velocidad nunca choque con nada?

—Por el escáner. Registra a gran velocidad todo lo que le rodea... en mucha distancia.

—¿Mucha? ¿Cuánta?

—Digamos que el planeta... es tan sólo una pequeña parte de su “percepción”.

—¿Quieres decir que...

—Dispone casi inmediatamente de toda la información que le rodea en muchos millones de kilómetros.

Silvia se sintió sobrecogida. Estaban en una pequeña nave que por dentro podía tener el tamaño de un utilitario.

—Si no he entendido mal —dijo algo confusa—, nada puede atravesar la materia compacta. Y el escáner se encuentra dentro de la nave, ¿no?

Rasek miró a Silvia.

—Es una buena deducción, ciertamente. El casco de la nave —explicó— tiene unas pequeñas partes de materia que son móviles. Por ahí pasan las partículas magnéticas.

—¿Móviles? ¿O sea que se pueden cerrar esos... “agujeros”?

—Sí. Básicamente funciona igual que la puerta por donde hemos salido. La materia es compacta. Pero tiene una parte preparada para cambiar su atracción atómica, por lo que puede desplazarse de lugar.

—Y cuando regresa a su sitio queda como si nunca hubiera dejado de ser una sola pieza.

—Sí.

Silvia quedó pensativa un momento.

—¿Y qué tipo de energía utiliza para poder moverse así? —preguntó señalando la nave.

—Te lo he dicho. La gravitacional —Silvia dudó—. ¿Te parece pobre? ¿Te das cuenta de que la Tierra “se sujeta” alrededor del Sol sólo por esa energía? Son ciento cincuenta millones de kilómetros. Podríamos hacer que esta pequeña nave se atrajera con la Tierra como si pesara... miles de millones de toneladas. Incluso por su parte plana la atravesaría de lado a lado. Lo mismo se podría hacer a la inversa... y saldríamos repelidos con la misma fuerza. A esa repulsión, podríamos sumar la atracción de todos los planetas que se encuentren en la dirección en la que vayamos. Además...

—Ya..., ya me hago una idea —le interrumpió antes de comenzar a no entender nada— ¿Y... a qué velocidad se mueve?

—Esa es una pregunta sin respuesta.

—No entiendo.

—No sé a qué velocidad se mueve. Sé que podemos ir hasta el Sol en unos segundos, salir del sistema solar en poco más de un minuto... pero no sé la velocidad que alcanza. ¿Eso es importante para ti?

—Bueno... en realidad, no —dijo Silvia desconcertada—. Era por curiosidad. Pensé que durante tu viaje hasta aquí habrías mantenido...

—Me fui impulsando con la atracción de las gravedades a la vez que me repelía de ellas... ya sabes, como un imán. Te atrae un polo, a la vez que te rechaza

el otro. Cada vez mayor impulso. Cada vez mayor velocidad. Te lo dije ayer.

—¿Quieres decir que no tenéis límite de velocidad? ¿Que cada vez podéis ir... más y más rápido?

—Veo que por fin lo has entendido.

—¿Y cuánto tiempo te llevó el viaje? —preguntó dándose cuenta de que no habían hablado de ello.

—En años vuestros —respondió—... estuve como unos veinte mil por el espacio, hasta llegar aquí.

En ese momento Silvia se dio cuenta realmente de que estaba con alguien... llevaba doscientos mil años en este planeta, veinte mil de camino... y estaba casi segura de que cuando entró en su nave original, allá en Artkele, no sería un joven sin experiencia.

—Pero... pero entonces, ¿cuántos años tienes?

—Para tus cuentas demasiados, Silvia. Pero lo que vives no es lo más importante, sino cómo lo vives. Dime dónde quieres que te deje —dijo cambiando de tema.

—¿Cómo dónde?

—Sí. En... Tenerife, con tu padre, en Ribadesella...

—Pues... no sé —dijo desconcertada.

—Sea donde sea, ¿has pensado qué decir?

Silvia dudó.

—Supongo... supongo que la verdad. ¿Qué voy a contar si no?

—¿Y la verdad es...? —preguntó Rasek como si no supiera.

—La verdad es que no sé lo que me ha pasado. No engaño a nadie con eso. Sólo sé que he estado con vosotros, que me habéis enseñado muchas cosas... pero no sé dónde estaba, ni cómo llegué... ¡Por cierto! ¿Cómo llegué?

—Te “recogimos” del batiscafo momentos antes de que murieras asfixiada.

—¿Me recogisteis? ¿Cómo?

—Le dije a Jesús que fuera a buscarte. Te desintegró del “subático” y te integró allí.

—¿No hubiera sido todo más sencillo si me hubieseis dado oxígeno?

—Puede. Pero no fue así como lo hice —esquivó Rasek la respuesta.

Hubo un momento de silencio. Silvia pensaba, no, sabía que Rasek tenía un motivo para haber hecho las cosas de ese modo. Pero por algún otro motivo que no conocía no iba a enterarse de cuál era, por lo menos en ese momento.

—Supongo que lo lógico será aparecer por Ribadesella, cerca de la zona por donde desaparecí, para no complicar más las cosas.

—De acuerdo.

Se encontraban en ese momento cerca de las costas del lado occidental americano, entre Perú y Chile aproximadamente. La nave ascendió con rapidez hasta quedar a trescientos metros sobre el mar. Una vez ahí, como por efecto de un zoom, llegaron hasta la costa norte de España.

Silvia estaba impresionada.

—¿Nunca te has dado con algo? Porque a esta velocidad es difícil...

—En este último trayecto hemos evitado varias aves. Lo que ocurre es que ha sido tan rápido que no has podido verlo.

—¿Tú sí? —preguntó sorprendida.

—No. Yo tampoco. Pero me lo indican los instrumentos.

La nave se encontraba detenida sobre un acantilado cerca de Ribadesella, a varios metros del suelo. Había personas abajo, posiblemente turistas por el aspecto que tenían: pantalones cortos, camisetas, cámaras de fotos...

Algo “empujó” a Silvia hacia arriba, y cuando se hubo levantado,

desaparecieron los asientos, quedando los dos en pie, como flotando en el aire, ya que la nave continuaba transparente. Silvia miró hacia abajo.

—¿No... no te importa que nos vean?

—Ahora mismo, no nos ven. Pero no, no me importa que nos vean.

—¿Por qué no nos ven?

—Una esfera desintegradora se encarga de que la luz que debería llegar a la nave desaparezca y aparezca por el lado contrario. Lo que están viendo es el cielo que verían si no estuviéramos nosotros en medio.

—¿Qué? —preguntó Silvia sin comprender.

—No tiene importancia.

—Entiendo. Pero... has dicho que no te importa que te vean.

Rasek se quedó pensando un momento.

—Eso —dijo— no te lo voy a explicar. Eso lo vas a experimentar por ti misma. Verás... quitaré el campo de protección visual.

La nave comenzó a descender... o quizá sólo era la plataforma circular que servía de compuerta. Silvia no podía notar la diferencia, ya que no notaba más que el tacto de sus pies sobre un suelo. La nave permanecía invisible. Pero pudo darse cuenta de que cuando estaban aún a un par de metros del suelo, había un hombre enfocándolos con una videocámara, y otras dos personas más alejadas haciendo fotografías. Estaba claro que podían verlos. Silvia miró hacia arriba, y pudo ver la nave, flotando, brillante como el sol que reflejaba, sobre sus cabezas. Sin embargo, continuaba sin ver el suelo sobre el que estaba de pie.

—¿Sabes? Una parte de mí se hubiera quedado con vosotros.

—Sé qué parte es. También sé qué parte quiere volver.

Silvia miró a Rasek extrañada. ¿Qué parte quiere volver? Ni siquiera ella misma lo sabía con seguridad.

Llegaron al suelo y Silvia se bajó de la plataforma.

—¿Nos volveremos a ver? —preguntó algo triste.

—Haces preguntas a las que ya tienes respuesta —dijo Rasek enigmáticamente.

Sonrió, y comenzó a ascender sobre la plataforma hasta entrar en la nave sin importarle en absoluto las personas que miraban y, al momento, ésta desapareció, como tantas cosas había visto Silvia desaparecer en los dos últimos días. Aunque en esta ocasión era diferente. Sabía que se trataba, “simplemente”, de algo muy veloz, que la vista no apreciaba como movimiento.

Algo muy veloz, que había desaparecido de su vida casi con la misma velocidad con la que llegó.

—¿Me quieres hacer creer que es verdad que bajaste de “una bola de fuego”? —exclamó Juan.

—Podría decirse que sí —dijo Silvia.

Juan se quedó en silencio un momento sin saber qué podría haber ocurrido en realidad.

—Pensábamos que habías muerto —dijo emocionado—. Nadie pudo explicarse... —la abrazó con afecto— ¿cómo diantres saliste del “subático”? ¿Y dónde has estado?

—Por unos instantes, yo también pensé que había muerto, francamente. Pero, como puedes ver, no es así. En cuanto a lo de salir... yo no salí. Me sacaron.

—¿Cómo que te sacaron? Yo estaba allí, ¿Recuerdas?

—Esa, es una larga historia que te contaré después de comer, si no te importa —dijo frotándose el estómago.

—Claro.

Juan sacó algo de comida rápida de la nevera, que tardó una eternidad en preparar. Comieron prácticamente en silencio y al terminar se levantó.

—Voy a preparar un café. ¿Te apetece? —Silvia asintió— Mientras, puedes ir contándome esa larga historia.

Silvia comenzó a contar con todo tipo de detalles lo que le había ocurrido, sin omitir nada, mientras Juan cuándo sí y cuándo no enarcaba las cejas con mirada incrédula.

—Y esto es, creo, todo lo que me ha ocurrido en estos días —concluyó.

Juan callaba, intentando encontrar la mejor manera de decirle a su amiga lo

que pensaba. Quizá le hiciera falta ayuda... de un profesional, no de un amigo.

—Yo creo, Silvia —comenzó con prudencia— que lo importante ahora es averiguar qué te ha sucedido. Quizá... quizá más adelante encontremos alguna explicación lógica de cómo pudiste salir del batiscafo.

—O lo que es lo mismo —dijo mirándole con seriedad— ..., no me crees una sola palabra de lo que he dicho.

—No es que no te crea, mujer —intentó disculparse—, es que...

—¿Qué es lo que piensas de verdad —Juan quedó callado sin saber qué responder, ya que sólo una respuesta le parecía sensata—, que estoy loca?

—No, Silvia. No creo que estés loca —dijo muy serio—. Lo que creo es que has pasado por una experiencia muy traumática, y que tu cerebro, simplemente por protegerte, te ha vedado lo ocurrido....

—... y se ha inventado una historia.

—Bueno..., es posible.

Silvia se levantó lentamente de su asiento, dolida.

—Aparte de hablar con mi padre para que supiera que me encuentro bien, lo primero que he hecho es venir a verte. A un... *amigo*. Pero es posible que no lo seas..., o por lo menos no como yo pensaba —quedó un momento en silencio para añadir—: Debo marcharme.

—Espera, por favor, no te vayas así. ¿Tú sabes qué días he pasado... pensando que te había matado? —dijo Juan algo excitado.

—¿Tú? —replicó Silvia extrañada— Tú no me “habías” matado.

—Como ingeniero, la responsabilidad de la mecánica era mía..., ¡y falló!

—Fue un accidente —dijo Silvia sintiendo un escalofrío al recordarlo—. En realidad, fue un calamar...

—Que era lo que íbamos buscando. Tenía que haberlo previsto.

—No le des más vueltas. Un accidente no se puede preveer. Por eso se llaman accidentes —dijo Silvia con algo de sorna.

—Sí, pero... —Juan bajó la cabeza.

—¿Qué ocurre?

—Todo se ha ido al traste —dijo con tristeza—. La expedición, la plataforma, el proyecto de futuras subvenciones...

—Lo importante es que seguimos aquí, ¿no crees?

—¿¡Es que no lo entiendes!?! —gritó casi fuera de sí.

—¿El qué no entiendo? —dijo Silvia poniéndole la mano en el hombro.

Juan se echó a llorar y se abrazó a ella. Un abrazo emotivo, pero normal dentro de lo que cabe, que le hizo recordar las sensaciones que tuvo con Rasek.

—Toda mi vida —dijo entre sollozos— he trabajado para ese proyecto... y se ha hundido... ¡literalmente!. Toda mi vida he trabajado para poder sumergirme en el océano. Y cuando por fin había logrado la posibilidad de hacerlo, cuando estaba al alcance de mi mano, me tocó esperar al segundo turno. El turno que no llegaría nunca... ya no tuve mi oportunidad. ¡Ya no tengo *ninguna* oportunidad!

—Te equivocas —le consoló.

—¿A, sí? —sorbió por la nariz—, ¿por qué?

—Tu ilusión es conocer el océano... ¿no es así? —movió la cabeza de arriba abajo sobre el hombro de Silvia— Puedo asegurarte que puedes hacerlo de la mejor manera...

Juan se separó bruscamente de ella.

—¡Otra vez con lo mismo! ¿Tanto te cuesta pensar que lo has soñado? ¿Es que de verdad hay algo en esa historia que te parezca mínimamente creíble? ¡Por favor, Silvia!

—Es decir, que de verdad no me crees. No es que te cueste. Es que no crees... absolutamente nada.

—¿Pero cómo quieres que te crea? —dijo Juan exaltado— Si es... ¡increíble!
—Silvia recordó que había utilizado mucho esa misma expresión en esos días, y desde ese momento pensó que intentaría no volver a hacerlo nunca—. Llegas aquí, después de varios días desaparecida, contando que has estado con tu madre, por cierto, muerta hace ya veintinueve años, y con Jesucristo, nada más, y con su padre, el mismísimo Dios...

—Te he dicho que su padre no es Dios —dijo Silvia con seriedad.

—¡Da lo mismo! Una sutil diferencia en una increíble historia.

—¿Piensas que me lo he inventado para reírme de ti?

—Pienso que tu cabeza se lo ha inventado para olvidar lo que realmente sucedió. Pienso que necesitas ayuda. Y pienso que como vayas contando esto por ahí...

—¿Es que crees que soy boba? La versión oficial que contaré a la prensa, y a cualquiera, es que no recuerdo nada. No tengo ganas de que me encierren... Esto te lo he contado a ti, que pensé que por ser mi amigo me creerías, pero ya ves, me equivoqué.

—Silvia, de verdad, necesitas ayuda —repitió Juan.

—Te estoy ofreciendo la oportunidad de conocer los mares como yo los he conocido. Es la ilusión de tu vida. Tu ilusión.

—No —dijo Juan haciendo un juego de palabras—, es “tu” ilusión.

—De acuerdo... como quieras. Parece, entonces, que no tenemos nada ya de qué hablar.

—Silvia...

—Hazme un favor, ¿quieres?

—Lo que sea.

—Dile a Pedro que me encuentre bien. Cuéntale lo que quieras. A él también iba a contarle la verdad, ya que pensé que él y tú serías los únicos que podríais entenderla, por haber estado allí.

—Silvia... —repitió Juan.

Silvia se dirigió hacia la puerta, la abrió, y salió con decisión sabiendo que había perdido un amigo. O quizá era él quien la había perdido a ella. O quizá nunca lo habían sido y ésta no era más que una ocasión de demostrarlo.

¿Cómo era posible que alguien se negara a realizar el sueño de su vida solamente por no estar dispuesto a intentar realizarlo? ¿Por no estar dispuesto a creer lo que un amigo le decía? Durante su vida, Silvia nunca había mentido en algo de importancia. Sus amigos lo sabían, y pensaba que esto le daría credibilidad por lo menos con ellos, ya que a pesar de que tenían muy buen humor, y de que muchas veces estaban de broma... siempre habían sabido distinguir con claridad sus límites.

Le había dicho a Juan varias veces que lo que le contaba era cierto. Y eso... eso era más de lo que ella suponía que tenía que hacer para que alguien confiara en ella. Es muy sencillo: crees en alguien... o no. Por repetir cualquier cosa, cualquier historia, no la haces más veraz de lo que ya es.

* * *

Casi todos los titulares de la zona hablaban de lo mismo: “La doctora Silvia González ha regresado de lo que se creía su muerte”. “Desapareció misteriosamente del batiscafo en el que realizaba un estudio...” “¿Qué ocurrió realmente con la doctora...” “Varios turistas afirman haberla visto descender de una gran bola de fuego. Dicen estar en posesión de imágenes que lo demuestran...” “Manipulación de las imágenes grabadas ayer en la supuesta aparición sobre el acantilado de...”

Cansada, Silvia se dirigió hacia la estación de trenes para tomar uno hacia Madrid. Quería ir a ver a su padre a Tenerife, y los vuelos desde Asturias eran semanales. No quería perder más tiempo. El último día había sido durísimo. Juntas, reuniones, ruedas de prensa, explicaciones... El encargado de los fondos

públicos, que ya no era Alfredo, se le echó encima como una fiera, sin pararse a pensar en todo lo que ella podía haber pasado en esos días. A él sólo le importaba el dinero perdido.

—Dinero —dijo Silvia recordando a Rasek— ... ¿para qué sirve el dinero?

Una respuesta así violentó más a aquél hombrecillo, que le aseguró que no volvería a trabajar en ninguna investigación más, que estaba hundida, que su carrera había desaparecido por completo...

Al entrar en la estación, se dirigió hacia una de las ventanillas para comprar el billete.

—¡Señora! —la llamó una mujer cuando estaba pagando— ..., la he visto — se acercó a ella y le agarró del brazo con suavidad— ... quiero decir..., yo estaba allí, el domingo, cuando usted descendió. Sé quién es.

Silvia tomó el billete con la mano que le quedaba libre, y se retiró de la ventanilla. La mujer continuaba sujetándole el brazo.

—Mucha gente sabe quién soy... y más ahora.

—No, no. Sé quién es usted... ¡de verdad!

—¿Ah, sí? ¿Y quién cree que soy... de verdad? —preguntó Silvia curiosa.

—Es usted la Virgen —los ojos de Silvia se abrieron como platos— ... la Virgen María.

—¿Qué dice, oiga? —se agitó Silvia de repente algo asustada—. Suélteme.

—La he visto bajar del cielo con Jesús, y he visto cómo él ascendió de nuevo —la mujer miró alrededor y añadió en voz más baja—: no se preocupe, no se lo he dicho a nadie.

Silvia se quedó inmóvil y sin pensar mucho dijo con naturalidad:

—El que me acompañaba no era Jesús. Era su padre —la mujer abrió la boca y puso los ojos en blanco.

—Lo sabía... —susurró.

—Por favor, está llegando mi tren. ¿Le importa soltarme?

—Desde luego..., perdone. Pero antes, dígame: ¿qué quiere que haga?

Silvia pensó un momento y dijo:

—Está bien. Ya que lo desea, le diré qué hacer —la mujer escuchaba con atención—: sea usted feliz *por sí misma*. No piense qué me gustaría a mí que hiciera. Sin hacer mal a nadie, viva como a *usted* —recalcó la palabra— le haga feliz.

Silvia se encaminó hacia el tren, dejando allí a aquella sorprendida mujer que la miraba con dulzura, mientras sus brazos caían a lo largo del cuerpo, y asentía levemente con la cabeza. Cuando iba a entrar al tren, ya desde la puerta, Silvia se volvió y elevando un poco el tono de voz dijo:

—Una cosa más...

—¿Sí?...

—Intente que todas las personas que usted conozca hagan lo mismo.

—Haré todo cuanto esté en mi mano... ¡lo prometo!

Para sorpresa de la mujer, Silvia bajó del tren y se acercó de nuevo a ella.

—Sin promesas —dijo—... sólo acciones —se le acercó a un oído bajando la voz—. Las promesas, cuando no pueden cumplirse, generan malestar. Las acciones buenas, cuando se realizan, nos dan satisfacción —le sujetó la cara con ambas manos, y le dio un beso con suavidad en la frente—. ¿Cómo te llamas?

—Carol.

—Pues hazme un favor, Carol: sé feliz.

De nuevo volvió a subir al tren cuando éste ya comenzaba a moverse, esta vez sin mirar atrás. Buscó su asiento en el vagón que le correspondía, y desde allí pudo ver a través de la ventanilla por última vez a Carol, que se despedía de ella sonriendo.

—Cada persona cree en lo que necesita —dijo casi para sí misma.

—¿Perdón? —su compañero de asiento creyó que se dirigía a él.

—No, nada..., disculpe. Hablaba sola.

Pero Silvia no llegaba a entender con mucha claridad por qué la mayoría de las personas *necesitan* creer en algo. Por qué no pueden, simplemente, vivir. Y disfrutar de ello. ¿Acaso la vida no merece la pena para uno mismo? ¿Qué necesidad hay de vivirla para otro?

* * *

El avión aterrizó sin problemas en la zona sur de Tenerife. Silvia recogió un coche de alquiler, ya que era mucho más cómodo para el desplazamiento que iba a realizar. Su padre vivía en una casa que no se encontraba precisamente cerca de ninguna población. Mientras se dirigía hacia allí, recordó cuando habló con él desde el batiscafo. Le había llamado para despedirse...

Las ruedas del coche crujieron sobre el suelo pedregoso a la entrada de la finca. Fernando, que esperaba a su hija, salió al oírlo, sonriendo. Silvia detuvo el motor, bajó del coche mirando a su padre y, sin cerrar la puerta, se acercó a él para darle un abrazo. Fernando la estrechó con fuerza entre sus brazos y, emocionado, dijo:

—Pensé que no volvería a verte.

—Yo también.

—Vamos dentro, anda —dijo atusándole la cabeza—, y me cuentas.

Silvia cerró la puerta del coche después de coger las llaves, y sacó una bolsa del maletero.

—Cada día afinas más —dijo su padre viendo el tamaño del equipaje.

—¿Sí? Pues a pesar de eso... me han echado de “la orquesta”.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Ahora te lo cuento. Mientras “tocamos” un dúo —dijo frotándose el estómago.

Los dos rieron mientras entraban en la casa.

Fernando se dispuso a preparar la cena, mientras Silvia se aseaba y cambiaba.

Al cabo de media hora, Silvia aparecía por el comedor con ropa limpia y cómoda, después de una ducha.

Cenaron tranquilamente hablando de cosas sin importancia, ya que a los dos les gustaba hablar de cosas más serias mientras no comían. Una vez acabada la cena, y recogido todo, Fernando preparó un café. Mientras lo llevaba al salón, preguntó:

—¿Te apetece una copa?

—No... de momento, no. A lo mejor después.

—De acuerdo. Entonces —dijo su padre sentándose—... cuéntame. ¿Qué ha pasado?

—Pues básicamente —dijo Silvia emocionada—, que todo se ha ido al traste.

—¿Todo el proyecto?

—No, el proyecto, no... ¡todo! El proyecto..., y mi carrera. Salvo que yo misma me sufrague mis gastos a partir de ahora.

—Sabes que con la vida que llevo tengo de sobra para...

—Gracias, papá —le interrumpió Silvia—, pero no. No estoy dispuesta a que tú te quedes sin ahorros por mí. Una cosa es que te sobre... y otra muy diferente es costear algo así... es demasiado dinero. Además ahora mismo me da igual.

—¿Qué quieres decir? —preguntó extrañado.

Silvia se quedó pensativa, con la mirada perdida, sin responder.

—¿Tu carrera por qué? —retomó Fernando el tema pensando que quizá no era el momento de contestar a esa pregunta.

Silvia pareció “volver” y miró de nuevo a su padre.

—A alguien le ha sentado muy mal que la misión haya fracasado.

—No me gusta mucho esa palabra.

—A mí tampoco, pero en este caso, reconozco que es la adecuada.

—¿Y quién ha sido... ese tal Alfredo del que me hablaste?

—No —Silvia dudó—..., no. En realidad, no he vuelto a ver a Alfredo. Cuando fui llamada para declarar lo ocurrido, él no estaba. Me dijeron que ya no se encontraba en el cargo. Supongo que a él también le habrán “echado” lo suyo.

—¿A él..., por qué?

—Nos concedió para esta investigación *todos* los fondos que había. Eso no es muy habitual, y quizá por eso haya tenido problemas. No sé —dijo con tono melancólico—, probablemente... es posible que no vuelva a verlo.

—Eso no se sabe.

—Ya...

—¿Acaso te gustaría?

—¿El qué?

—Volver a verlo.

—No lo sé...

Silvia quedó callada, pensando. Recordando. Las imágenes eran confusas y se le mezclaban en la mente. Su madre, Alfredo, Jesús, el accidente, Rasek... estos días habían ido muy deprisa.

—¿Qué te pasa?

Silvia tardó en responder:

—Nada... no sé. Creo que nada.

—Silvia, te conozco lo bastante bien como para saber que ocurre algo y, a juzgar por tu cara, bastante serio. No tienes por qué contármelo si no lo deseas, pero no me digas que no pasa nada.

Silvia inspiró profundamente, como haciendo acopio de valor.

—Cuando volví —dijo—... cuando volví me dije a mí misma que sólo a tres personas les contaría lo que me ha ocurrido —su padre mantuvo silencio—. Una serías tú, otra Juan, al que consideraba mi amigo. La tercera sería Pedro, por encontrarse en el barco cuando sucedió todo.

Silvia y Juan habían sido amigos desde la facultad, por lo que Fernando se extrañó ante ese comentario.

—¿Considerabas?

—Sé de sobra que esto no se lo puedo contar a nadie, no soy tonta, porque me tratarían de loca... o de algo peor. Sin embargo, una de esas personas que había elegido para compartir lo ocurrido, me ha defraudado. No ha creído en mí.

—Silvia...

—Juan piensa que estoy mal de la cabeza... o que algo me ha afectado, no lo sé. Cualquier cosa antes de creer lo que le he contado.

—¿Contar qué? Me estás inquietando.

El silencio que se produjo en la estancia hizo darse cuenta a Fernando de lo que ocurría.

—Tienes miedo de que si me lo cuentas a mí...

—Sí —dijo mirándole a los ojos—, si no me crees, ya nunca podrá haber la misma confianza.

—¿Y si esa... historia, por extraña que sea, me parece convincente?

—Es muy difícil.

—Podría decirte que probaras. Pero esa, ha de ser “tu” decisión.

Quedaron los dos en silencio de nuevo.

—Pues... verás —comenzó Silvia dudando—. El caso... el caso es que he visto a mamá —hizo una pausa para estudiar la reacción de su padre, pero éste continuaba escuchando—. Estuve con ella... como ahora estoy contigo.

Nunca habían sabido qué ocurrió con el cuerpo de Laura, por lo que Fernando, que en lo más hondo de su ser siempre había pensado que continuaba viva, se interesó claramente por la historia de Silvia.

—Se encontraba tal y como yo la recordaba, joven y vital. No había cambiado en absoluto —esto extrañó visiblemente a Fernando. Continuar viva era una cosa. Mantenerse igual...— También estuve con Jesús.

—¿Con qué Jesús?

—Con... Jesucristo —dijo Silvia prestando atención a cualquier movimiento de incredulidad.

—¿Jesucristo? —dijo Fernando levantando ligeramente las cejas. Nunca habían sido creyentes.

—Sí, te lo aseguro. Parece increíble, pero estuve con ellos prácticamente los dos días enteros.

Fernando se llevó una mano a la barbilla.

—¿Quieres decir que... que has tenido una experiencia paranormal? ¿Como esa gente que dice haber estado muerta y haber regresado de...?

—No, no —aclaró Silvia—. Nada de paranormal. Ha sido real. Tan real como lo que está sucediendo ahora mismo aquí.

—Nada me gustaría más pensar que tu madre vive, pero... ¿cómo explicas que se mantenga como hace veintinueve años? Eso has dicho, ¿verdad?

—Sí, así es. Tienen una medicina muy adelantada —Silvia dudó—... o quizá no. Quizá sólo tengan una tecnología muy avanzada, no lo sé con seguridad. El caso es que anulan los sistemas de envejecimiento del cuerpo, regeneran tejidos cuando lo necesitan, fabrican otros nuevos...

—¿Tienen?

—Sí..., ellos.

—¿Quiénes son... ellos?

Silvia se percató de que su conversación podría ser la de un médico psiquiatra con su paciente.

—Los que me salvaron de morir asfixiada cuando se me agotó el oxígeno del batiscafo. Me llevaron a donde ellos viven... ¡bajo el mar!

—¿Me estás diciendo que bajo el mar se encuentra una especie de civilización... que te salvó de morir ahogada? —dijo Fernando sorprendido y algo incrédulo.

—Sí.

—Interesante —Fernando se quedó pensativo, con la mirada perdida.

—¿No me crees?

—¿He dicho eso? Sólo he dicho... interesante —repitió Fernando pareciendo recordar algo.

—Ahora sí voy a ponerme esa copita. ¿Tienes refrescos?

—Sí, en la nevera. Ya sabes dónde están los vasos.

Silvia se levantó para prepararse algo de beber.

—Ahora sí que me tienes intrigado de verdad —dijo su padre desde el sillón.

—¿Y eso por qué?

—Hay historias de mucha gente que podrían encajar con la tuya en eso de una civilización debajo del agua. Incluso dicen haber visto emerger del agua objetos volantes.

—La gente dice muchas cosas —dijo Silvia en el fondo algo curiosa—, pero casi todas se las inventa.

—Ya... pero es que yo tuve una experiencia personal acerca de ello.

Silvia dejó lo que estaba haciendo y se volvió sorprendida.

—¿De qué me hablas? ¿Cuándo? —dijo asomándose desde la cocina.

—Hace ya muchos años. Pero esa es otra historia. De momento estamos con la tuya... y puedo asegurarte que ahora mismo me tiene intrigado.

—De acuerdo —dijo Silvia mientras regresaba con un vaso lleno de chispeantes burbujas—, pero prométeme que en cuanto termine, me contarás la tuya.

Fernando pareció dudar un momento.

—De acuerdo. En cuanto termines.

Silvia se sentó de nuevo y se acomodó con lentitud.

—¿Por dónde iba...? Ah, ya. Te estaba diciendo que he estado con mamá, con Jesucristo... Me enseñaron parte del lugar donde viven.

—¿Cómo es?

—Precioso —dijo Silvia mirando hacia arriba—. Allí no hay nada malo. Todas las personas son buenas. Nadie hace algo que pueda perjudicar a otro.

—¿Ni siquiera sin querer?

—Eso parece.

—Cuesta creerlo, ¿verdad?

—No es necesario trabajar para vivir —continuó Silvia—. El que lo hace, lo

hace por puro gusto, por entretenimiento. No hay enfermedades, no hay muertes...

—¿No hay muertes? —preguntó Fernando extrañado.

—No.

—¿Y los ancianos?

—No hay ancianos.

—¿Cómo es eso posible?

—Te lo he dicho antes. Anulan el sistema de envejecimiento del cuerpo. Y, cuando es necesario, regeneran o fabrican los tejidos que necesitan.

—Pero, entonces... cada vez serán más. Llegará un día en el que no quepan en donde se encuentran.

—No sé si ese día llegará o no, pero te aseguro que está muy lejano. No tienen la conciencia de descendencia que tenemos en la superficie. No es algo vital para ellos. Además, podrían construir otra nave... supongo.

Fernando se incorporó repentinamente en el sillón.

—¿Has dicho otra nave? ¿Es que viven en una nave?

—Sí... sí. ¿Qué ocurre?

El padre de Silvia se quedó muy serio, llevándose una mano al mentón, y dejándose caer de nuevo lentamente en el respaldo del sillón.

—¿Qué ocurre, papá? —repitió Silvia algo intranquila.

—Hasta ahora estaba pensando que esa gente de la que hablas vivía bajo el mar, pero... ¡en una nave! ¿Te refieres a una nave... espacial?

—Sí. ¿Es que... es que es más creíble mi historia si viven en una nave que en una ciudad submarina? —bromeó.

—Contéstame una pregunta —dijo Fernando algo nervioso.

—Dime.

—¿Alguna de las personas que has conocido, por casualidad... —hizo un gesto al aire como de espantar una mosca—. No, no. No puede ser...

—¿Qué no puede ser? ¿Quieres acabar la pregunta?

Fernando y Silvia permanecieron mirándose a los ojos unos instantes sin hablar.

—Es que es algo extraña.

—¿Más que mi historia?

—Tienes razón.

—¿Entonces?

—Lo que iba a preguntarte —dijo Fernando visiblemente emocionado por los recuerdos— es si has conocido... a alguien llamado Rasek.

El vaso que sostenía Silvia en la mano había ido formando una capa de agua por fuera debido al frío del interior. Poco faltó para que se le resbalara y cayera al suelo.

—¿Rasek? ¿De qué conoces tú a Rasek? —preguntó sin poder cerrar la boca de asombro.

Fernando tomó esto como un sí, y sin poder contenerse más se llevó las manos a la cara y comenzó a llorar, sabiendo que toda la historia de su hija era real.

Se oyó fuera de la casa el crujir de las piedras de la entrada bajo los neumáticos de un vehículo. Los dos se miraron extrañados.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Silvia.

—No.

—Yo tampoco.

El coche se detuvo, pero no se escuchó ningún ruido más. Nadie pareció bajarse de él. Silvia se levantó y se acercó a una ventana. Movi6 ligeramente la cortina para poder ver, pero fuera estaba demasiado oscuro. No podía distinguir nada. De pronto se dio cuenta de que ellos tenían luz, por lo que desde el exterior podía ser vista, y se echó a un lado, inquieta, resguardándose con la pared..

—¿Qué pasa? —preguntó su padre intranquilo viendo su actitud.

—No sé. Un coche se ha parado pero no se baja nadie.

Silvia notó cómo una sensación le oprimía el pecho. Había visto demasiadas películas en las que ocurría algo parecido... y nada bueno sucedía después.

En ese momento se abrió la puerta del coche y una figura oscura apareció del interior. Se cerró la puerta, pero aquella persona permanecía allí, de pie, sin moverse.

—Voy a dar la luz de fuera —dijo Silvia yendo rápidamente hacia el interruptor que se encontraba al lado de la puerta de entrada. Lo accionó. Pero en lugar de sonar el "click" que ella esperaba, sonaron unos golpes en la puerta. El corazón de Silvia se aceleró bruscamente.

—¿Sí, quién es? —casi gritó.

—...edo —El golpeteo de la sangre en sus sienes no la dejó escuchar con claridad.

—¿Quién?

—¡Alfredo!

Un momento de silencio.

—¿Alfredo? —preguntó incrédula habiendo reconocido la voz—. ¿Qué haces aquí?

—Te lo explicaría mejor al otro lado de la puerta.

—¿Lo conoces? —preguntó su padre.

—Sí... sí —respondió confusa—. Alfredo Herranz. Es la persona que nos concedió los fondos para la investigación.

—Entonces... ¿por qué no abres la puerta?

—Sí... claro. Sí.

Silvia abrió, y se encontró frente a la profunda mirada de Alfredo. Una persona a la que había pensado que quizá no volviera a ver nunca, pero con un deseo diferente en su interior.

—Hola.

—Hola —contestó él.

—Pase, por favor —dijo Fernando desde dentro.

—Sí... perdona. Adelante.

Silvia se apartó de la puerta invitándolo a pasar.

—Es tarde —dijo Fernando mientras se levantaba para saludarlo—. ¿Ha cenado?

—Pues lo cierto es que no. Llevo bastante tiempo buscando este lugar. No es fácil encontrarlo.

—No si no sabes bien dónde está. Le prepararé algo.

—Se lo agradezco. Pero por favor, tutéeme.

—De acuerdo. Pero tú a mí también.

Fernando se dirigió a la cocina. Silvia estaba confundida, pero a la vez le resultaba grata la visita. Tan grata como extraña.

—Bueno —dijo por empezar de alguna manera—, no me malinterpretes, pero... ¿qué haces aquí?

—Quedó algo pendiente.

—¿Pendiente? ¿El qué?

—Me dijiste que... que me contarías cómo había ido todo... en una cena —dijo Alfredo sin rodeos, algo nervioso.

Silvia enarcó las cejas incrédula.

—¿Por eso has venido? Todo fue un desastre. Ya lo sabes.

—Sí. Pero me lo ibas a contar tú —Silvia le miraba sin saber qué decir—. Disculpa mi atrevimiento, Silvia. Tendré que buscar un trabajo nuevo. Pero antes de hacerlo, quería verte. Llámame loco si quieres, pero desde que te vi en mi oficina por primera vez, he sentido deseos de estar contigo —Alfredo hizo una pausa, pensativo, mirando hacia abajo—. Puede que haya hecho este viaje en vano, pero antes de cambiar mi vida quería saberlo.

—¿Cambiar tu vida? ¿A qué te refieres?

—Me gustaría conocerte —dijo sin rodeos lo que pensaba—. No he venido por la historia. He venido... por la cena. Por ti.

La sangre se agolpó en las mejillas de Silvia. A pesar de lo mucho que le gustaba que la gente fuera así, pocas veces se había encontrado con una persona tan directa como Alfredo.

—¿Pero estás hablando en serio? ¿Apenas nos conocemos y has venido hasta aquí sólo para decirme que te gusto?

—Esperando que no sólo sea para eso, pero... sí.

—No lo entiendo —dijo Silvia algo confusa.

—Hay cosas en esta vida que no debemos pasar por alto.

—¿Como cuál?

—Las sensaciones que he tenido contigo —Silvia estaba boquiabierta—. Si a ti no te ocurre algo parecido, mi vida continuará por otro camino. Pero si no es así, y es lo que me pareció...

—Lo cierto... es que yo también siento algo —reconoció Silvia despacio—... pero no sé muy bien qué. Estos últimos días me he acordado de ti en varias ocasiones. En algunas de ellas estaba en peligro, pero en otras...

—Yo no he dejado de pensar en ti. Cuando me enteré de que estabas viva...

Alfredo dio un paso hacia ella, y se detuvo. Silvia acortó la distancia que quedaba entre los dos. Estaban tan cerca como para cogerse por la cintura mientras continuaban mirándose a los ojos. Las manos de Alfredo subieron lentamente por la espalda de Silvia hasta el cuello, acariciándole la cabeza mientras se la sujetaba con suavidad. Estuvieron así unos instantes, para después acercarse más el uno al otro abrazándose por completo.

Sintieron como si hubieran dejado de tener cuerpo, como si fueran uno solo en el mundo...

—Andábamos sin buscarnos, pero sabiendo que andábamos para encontrarnos —susurró Alfredo.

—Eso... es muy bonito.

—Es una frase de Julio Cortázar que leí hace muchos años.

—Sigue siendo igualmente muy bonito.

—Es lo que siento.

Instintivamente, Silvia se apretó más a él. Había algo más allá de la percepción normal que le hacía sentir lo importante que era para ella aquella persona. Había algo en ese momento que le recordaba las sensaciones vividas con Rasek.

—Supongo —dijo Alfredo— ... que esto quiere decir: “me gustas, Alfredo”

—Sí —dijo Silvia separándose ligeramente para mirarle a los ojos y besarle lentamente.

Fernando hacía ya rato que había terminado de preparar algo de cena, pero prefirió no interrumpir. Alfredo advirtió que los contemplaba sonriendo desde la cocina.

—Discúlpame, Fernando —dijo separándose de Silvia mientras aún se sujetaban mutuamente las manos.

—¿Disculparte, por qué? ¿Por querer a mi hija?

Alfredo sonrió asintiendo.

—Mi padre no es muy normal. Ya le irás conociendo.

—Me da a mí la sensación —dijo Fernando— de que aquí ninguno de los tres es muy normal, la verdad.

Los tres se echaron a reír.

Mientras Alfredo cenaba lo que le había preparado Fernando, los tres estaban prácticamente en silencio. De cuando en cuando las miradas de Silvia y de su padre se encontraban, y el ambiente se quedaba algo más serio de lo que hubieran deseado.

Por una parte, en esos momentos, Silvia agradecía infinitamente que Alfredo se hubiera decidido a realizar aquel viaje en su busca. Pero por otra, éste había llegado en uno de los peores momentos de la conversación con su padre. Lo último que habían hablado era... ¡su padre conocía a Rasek! Y Silvia necesitaba saber de qué... y cómo.

—Me da la sensación —dijo Alfredo rebañando con naturalidad lo último que quedaba en el plato con un pedazo de pan— de que os he interrumpido algo.

—Bueno... lo cierto es que estábamos a medias de una conversación. Pero supongo que podremos continuarla en otro momento —dijo Silvia cogiéndole de la mano para que no se sintiera incómodo.

—¿Por qué? —dijo Fernando—. Continuémosla ahora —Silvia lo miró extrañada.

—¿Ahora...? —ladeó la cabeza hacia Alfredo, que consideradamente dijo:

—Puedo marcharme. Vosotros continuáis con lo que estabais haciendo, y nosotros —dijo mirando a Silvia— podremos vernos mañana... o cuando te venga bien.

—Eres muy comprensivo —dijo Fernando—, pero no veo la necesidad.

—Papá...

—Silvia —dijo Fernando muy serio—, Alfredo ha venido desde muy lejos para buscarte —hizo una pausa fijándose en cómo se miraban—. Y todo indica que a ti te ha parecido bien... más que bien diría yo.

—Lo cierto es que sí —reconoció.

—Aunque el tiempo dirá cómo se desarrollan las cosas, Alfredo ya no es una persona ajena a tu vida. Está dentro de un círculo próximo, ¿no es así? —Silvia asentía con la cabeza—. Entonces, cuéntale todo.

Silvia se quedó mirando a su padre sin responder, con inquietud en la mirada.

—¿Contarme el qué? —preguntó Alfredo.

—Contarte la conversación que estábamos teniendo cuando has llegado. Es importante.

—Yo no quiero que nadie se sienta incómodo por mí. Si es algo privado...

—No. Mi padre tiene razón —le interrumpió Silvia—. No podría llegar a tener confianza con alguien que no sepa todo de mi vida.

—Silvia, yo no pretendo saber todo sobre ti.

—Sí, pero hay una diferencia entre no contar algo y no poder contarlo. Yo no quiero que haya algo que no pueda contar a la persona con la que... —Silvia se interrumpió.

—¿A la persona con la que qué? —preguntó Alfredo.

—Lo mismo digo para ti. No me gustan los secretos. Si crees que hay algo que no podrás contarme, dímelo ahora.

—¿Y...?

—Y, como tú dijiste antes, nuestras vidas continuarán por caminos diferentes.

—No tengo ningún secreto que no pueda contar. Pero tampoco pretendo que por haber venido tengas que contarme uno tuyo.

Alfredo estaba sentado en un sillón con Silvia a su lado, que le cogía una mano con las suyas mientras se miraban.

—No tengo por qué hacerlo. Quiero hacerlo.

—Durante todo el viaje, imaginando cómo podría ser este encuentro, en ningún momento he llegado a pensar que pudiera ser así.

—¿Así cómo?

—De bonito. Y si te soy sincero, estoy empezando a notar curiosidad.

—He de prevenirte. Lo que vas a escuchar puede determinar nuestro futuro juntos.

—¿Nuestro futuro? —preguntó acomodándose en el sillón, mezcla de nerviosismo y entusiasmo—. Suena bonito... lo del futuro juntos.

—Sí. Pero esta historia puede que nos impida tener una absoluta confianza... que por otra parte, es lo que yo espero de alguien.

—¿Por qué? ¿En qué puede una historia...

—Lo verás después.

—Ahora sí que me tienes sobre ascuas.

Silvia comenzó a contar todo igual que lo hizo con su padre antes de llegar Alfredo. No le pasó desapercibido el hecho de que a Fernando se le escaparan algunas lágrimas al escucharlo de nuevo.

Al terminar, se produjo un silencio más largo de lo que ninguno de los tres hubiera querido.

—De modo que —comenzó a hablar Alfredo— una civilización superdesarrollada tecnológicamente que vive en una nave espacial en el fondo del océano te rescató de morir ahogada.

—Así es —Silvia lo miraba intentando descubrir incredulidad.

—Pues... estoy en deuda con ellos —dijo sonriendo.

—Así, sin más... ¿te lo crees?

—¿Tienes algún motivo para mentir?

—No, pero...

—Yo siempre creo lo que me dicen, porque siempre digo lo que pienso.

Silvia sonrió, mirándolo.

—Un buen amigo mío creyó que desvariaba, que mi mente se había inventado algo para olvidar lo que realmente sucedió.

—Bueno, reconozco que no es una historia usual, pero también reconozco que tengo un añadido que me ayuda.

—¿Añadido? ¿De qué hablas? —preguntó Silvia extrañada.

—Tengo un buen amigo que casualmente estaba en el acantilado en el que apareciste. Él vio la... "bola de fuego". Me lo contó porque sabía que yo te conocía. Quería saber más.

—¿Quieres decir que me crees porque un amigo tuyo corrobora mi historia?

—Quizá seas tú quien corrobore la suya —Silvia dudó—. A él ya le había creído. Pero es muy raro, además, que por separado coincidan dos cosas tan...

—¿Disparatadas?

—Iba a decir extrañas.

Los tres permanecieron en silencio unos instantes.

—¿Qué piensas? —preguntó Silvia a Alfredo.

—Creo que —comenzó a decir despacio—... por un lado, tu historia es verdad.

—Por un lado. ¿Y por otro?

—Por otro... a mi lado lógico le cuesta admitirlo. Sin embargo, hay una parte de mi lado lógico que también lo admite.

—¿Y qué parte lógica puede admitir algo así? —preguntó Silvia curiosa.

—La que racionaliza las historias escuchadas. Juan, Pedro... Cuando emergió el batiscafo, y eso sé que no se lo ha inventado nadie ya que incluso parte de la tripulación de otro barco estaba en ese momento y coincide en lo mismo, cuando emergió el batiscafo, como decía, no estabas en él. Después está mi amigo, en el acantilado..., lo de tu hueso reparado, que tú has contado, lo de tu lunar...

—¿Qué lunar? —Silvia se sobresaltó.

—Tenías un lunar en el cuello, por detrás. Te lo vi por primera vez en mi despacho. Ahora no lo tienes.

Instintivamente, Silvia se llevó la mano al cuello. Fernando se levantó a mirar.

—Es cierto. No está. ¿Te acuerdas lo que bromeábamos con él cuando eras pequeña?

—Sí, claro que me acuerdo —se levantó para mirarse en un espejo colocado

detrás de otro—... ni me había dado cuenta de no tenerlo —el espejo temblaba ligeramente en su mano.

—¿Estás bien? —preguntó Alfredo viendo cómo Silvia dejaba caer algunas lágrimas.

—Sí, sí. Sólo que... —se sentó— esto quiere decir que no sólo me han reparado la soldadura del hueso... y confirma que mi mente no se ha inventado nada, ¿verdad?

—¿Es que tú lo has dudado en algún momento? —le preguntó su padre. Pero por toda respuesta Silvia se limitaba a mirarle—. Entonces, éste es un buen momento para que yo te cuente mi historia.

—¿Qué historia? —dijo Alfredo.

—Cuando has llegado tú, mi padre me acababa de preguntar si había conocido a alguien llamado Rasek.

—Vaya —dijo Alfredo dándose cuenta de en qué momento había llegado— ... para haberme cogido manía. Pero tú aún no habías dicho su nombre, ¿verdad?

—No.

—¿Entonces?

—“Esa” es su historia.

—Ahora, realmente, sí que estoy sobre ascuas —dijo juntando las manos y echándose hacia adelante como si así pudiera oír mejor a Fernando.

—Pues veréis..., hace mucho tiempo —dijo Fernando pausadamente como si fuera un cuentacuentos experimentado—..., algo más de veintinueve años, Laura, mi mujer —dijo mirando a Alfredo, ya que era el que no conocía lo sucedido—, sufrió un accidente marítimo. Resbaló sobre cubierta y falleció en extrañas circunstancias.

—¿Extrañas?

—Desapareció el cuerpo, después de haberlo visto varias personas que estuvieron allí.

Fernando le contó lo sucedido, viendo la cara de asombro que tenía Alfredo, que lo miraba sin pestañear.

—Desde aquél día perdí interés por muchas cosas, y gran parte de mi tiempo lo dediqué a visitar el lugar en el que desapareció. Allí donde jugábamos a “buscar” estrellas, ¿te acuerdas? —preguntó a Silvia que estaba visiblemente emocionada—. Me gustaba recodar lo que hacíamos juntos, sentirla conmigo.

“Uno de aquellos días, “apareció” en el barco una persona que dijo llamarse Rasek. Yo me encontraba en medio del mar y no se veía ninguna embarcación en los alrededores, pero no contestó a mis preguntas a cerca de cómo había llegado hasta allí. Me preguntó por qué me encontraba tan triste. Si tenía relación con haberme pasado la mitad de mi vida mirando las estrellas sin saber gran cosa sobre ellas. Eso me inquietó. ¿Por qué o cómo sabía él a qué me dedicaba yo? Me preguntó si me gustaría verlas de cerca —Silvia contenía las lágrimas, acordándose de su madre. Estaba segura de que aquello fue un regalo suyo—. “No hay cosa que más me gustara en el mundo”, le dije.

Hizo una pausa, como recordando.

—Entonces... entonces surgió *aquello*. Algo salió del mar. Era como una especie de nube flotante... una burbuja de agua de mar, no sé.

—Fernando —interrumpió Alfredo—, aquel día... ¿estaba nublado?

—¿Nublado? No sé, ¿por qué? ¡Espera, sí! Recuerdo que pensé que no podría ver el cielo por eso.

—¿Qué importancia tiene eso? —preguntó Silvia.

—No lo sé —le contestó—, pero tú has dicho que ese material tan especial es puro reflejo, ¿no? Si le da el Sol parecerá una bola de fuego, pero si hay nubes o refleja el mar...

—Se verá como una “nube flotante” —dijo Silvia mirando a su padre—..., ¡claro!

—Bueno —continuó Fernando—, el caso es que de... “aquello” descendió como un disco de varios metros de diámetro hasta la cubierta del barco, y me invitó a subir en él. Después ascendimos por el aire hasta encontrarnos a unos diez metros de altura. Pude ver unos asientos que hasta entonces no había, y nos

sentamos en ellos. Era como estar sentado en un sillón que flota en el aire.

—Recuerdo esa sensación...

—“¿Qué quieres conocer?”, me preguntó. “Todo”, le dije. “Eso... lleva demasiado tiempo para ti”. Le pregunté si podía enseñarme la vía láctea, el Sol...

—¿Has estado en el Sol?! —casi gritó Silvia.

—He estado en muchos lugares... y en muy poco tiempo.

—¿Cabe —preguntó Alfredo dudoso—... cabe alguna duda de que no haya sido real?

Fernando meditó la respuesta.

—Yo sólo puedo decirte lo que mi mente recuerda. Pero la mayoría de los datos que me daba coincidían con los que yo conocía. Recuerda que soy astrónomo.

—¿La mayoría?

—En algunos casos estaba equivocado. Yo, quiero decir.

—¿Lo comprobaste después?

—Claro. Por otra parte, si tenía alguna duda, la historia de lo sucedido a Silvia me la elimina totalmente. Entiendo que tú aún puedes pensar que Silvia y yo estemos de acuerdo en contar algo parecido, pero no es mi caso, porque yo conozco *mi* verdad.

—Yo... yo no creo que me estéis contando algo que no sea verdad. Es extraño, lo reconozco, pero lo cierto es que lo creo.

Fernando bajó la cabeza apoyándola en una mano, y comenzó a llorar de emoción.

—¿Qué te pasa, papá?

—Lo otro que me preguntó fue —dijo entre sollozos—... fue si me gustaría ver de nuevo a Laura —hizo una pausa para limpiarse la nariz y los ojos—, pero yo

le dije que eso era imposible. “¿Crees que es imposible?”, me preguntó. “Yo mismo he visto su cuerpo sin vida”, le dije, recordando las fotos que había visto. Entonces, tal como llegó, se marchó. Simplemente me di la vuelta y ya no había nadie. Muchas veces he dudado de que aquello no hubiera sido más que un sueño. No hace falta decir por qué no lo he contado nunca. Pero ahora, con lo que te ha ocurrido a ti...

—Te ofreció ver a mamá.

—Y yo le dije que no.

—Eso no es del todo correcto.

—Dije que era imposible.

—Quizá lo que haya que cambiar sean las expresiones que utilizamos.

—Y lo que pensamos acerca de las cosas —puntualizó Alfredo—, ya que nadie consigue lo que no cree que pueda conseguir.

—¿Y por eso fue que te apartaste de la investigación?

—Sí. En unos minutos vi y aprendí más de lo que podría aprender en varias vidas mirando por el telescopio. Perdí gran parte de esa curiosidad que me empujaba a investigar, y decidí retirarme aquí.

—A pesar de lo que muchos amigos te han dicho.

—Siempre pensaron que se debía a una depresión por la pérdida de tu madre, pero nada más lejos de la realidad. Ahora por ti me entero de que está viva, con él, y la emoción de saberlo me puede... porque también sé que no la puedo ver, y aun después de tantos años sigo echándola de menos.

—Ella te está esperando.

—¿Qué quieres decir? —preguntó extrañado.

—Eso me dijo. Que algún día volveréis a estar juntos de nuevo.

—¿Cómo?

—No lo sé.

—¿Sabes cómo ponerte en contacto con ella?

—No. Pero sí sé que ella puede ponerse en contacto con nosotros.

—Son casi treinta años, Silvia —dijo su padre con tristeza—. ¿Por qué nunca lo ha hecho?

—“La vida sigue su curso”, me dijo.

Fernando miró ligeramente hacia abajo y dejó escapar unas lágrimas, recordando. Silvia también notó los ojos humedecidos.

—¿Te puedo preguntar algo, Silvia? —dijo Alfredo.

—Claro.

—¿Por qué has vuelto? Quiero decir que... si ese lugar era tan fascinante, ¿por qué no te quedaste allí cuando te lo preguntó Rasek?

Se produjo un momento de silencio.

—Pues —comenzó Silvia a explicar despacio—... si he de ser sincera, por dos razones. Y las dos están en esta habitación.

—¿Te refieres a... —comenzó a decir Alfredo.

—Sí. Mi padre... y tú.

—¿Por mí? —preguntó sorprendido.

—Sí. Me estoy dando cuenta ahora, y también ahora estoy entiendo lo que Rasek me dijo.

—¿Qué te dijo?

—Que sabía los motivos por los que quería quedarme allí y también por los que deseaba volver.

—Pero... si has venido por mí —dijo Alfredo—, has perdido algo demasiado bonito por alguien al que aún no conocías.

—¿Recuerdas lo que hemos hablado antes de las expresiones?

—Sí —asintió Alfredo.

—No hay nada demasiado bonito. Ni demasiado bueno. Ni se pierde algo por otra cosa. Si se elige, se tiene lo que se quiere, ya que eso es lo que has elegido. Por lo tanto, se tiene todo.

—Gracias.

Se quedaron los dos paralizados, mirándose.

—Bueno —dijo Fernando enjugándose las lágrimas—. Yo..., si no os importa, me voy a descansar. Se ha hecho tarde y han sido muchas emociones. Ya continuaremos...

—Lo cierto es que yo también estoy cansada.

—Y yo. He tenido un día de viaje muy ajetreado —miró fijamente a los ojos de Silvia—. ¿Dormiremos juntos? —preguntó directamente— Quiero descansar, pero me gustaría hacerlo a tu lado.

—Sí —dijo Silvia sonriendo mientras recordaba lo que sintió al abrazarlo.

Alfredo abrió los ojos. Pudo contemplar cómo Silvia, a su lado, continuaba durmiendo. Hacía calor, y estaba medio envuelta en la sábana. Se quedó embelesado observando, recorriendo con su mirada todas las formas de la mujer a la que había ido a buscar desde tan lejos. La mujer que tantas veces le había abstraído de sus pensamientos en estos dos últimos años, y por la que días antes había decidido que merecía la pena cambiar su vida. Sintió deseos de sentir la suavidad de su piel, de recorrerla con sus manos, con su cara.

—Buenos días —susurró Silvia despertando.

—Hola —también susurró Alfredo.

—¿Qué tal has dormido?

—Bien... muy bien.

Silvia levantó un brazo hacia Alfredo para pasárselo por detrás de la nuca. Lo sujetó con delicadeza y lo acercó suavemente hasta tener su boca al lado de la suya.

—Me alegro —dijo dándole un beso.

—Y este despertar... es más de lo que se puede pedir.

—¿Y eso?

Alfredo la miró enarcando las cejas.

—Ya...

—¿Te apetece que prepare el desayuno? —Silvia asintió con la cabeza—. Avisa a tu padre.

Alfredo se dirigió hacia la cocina, mientras Silvia se hizo la remolona durante un rato más. Posiblemente tardaría... ¿media hora en prepararlo? Un rato

más para descansar, para pensar en todo lo ocurrido últimamente en su vida...

Se dio la vuelta para un lado, cerró los ojos, dormitando...

—¡Esto ya está! —la despertó la voz de Alfredo haciéndola creer que había organizado un desayuno a base de comida preparada.

—¿Ya? —dijo para sí sorprendida. Miró la hora y vio que habían transcurrido cuarenta minutos—, debo haberme dormido —se levantó con rapidez y se encaminó hacia el dormitorio de Fernando.

—¡Papá!... está el desayuno preparado —dijo al pasar al lado de la puerta de la habitación de Fernando a la vez que golpeaba suavemente con los nudillos.

Al llegar a la escalera, mientras se abrochaba la camisa, Silvia se detuvo.

—¿Ocurre algo? —preguntó Alfredo.

—No me ha contestado... ¡que raro! No recuerdo cuándo ha estado dormido a estas horas.

—Es tarde. A lo mejor ha salido a dar una vuelta.

Silvia, ya abajo, miró a su alrededor.

—No veo ninguna nota.

—¿Has entrado en la habitación?

—No.

—Quizá esté dormido.

—Subiré a llamarlo. Por cierto —dijo mirando hacia el salón—, estoy impresionada.

Alfredo sonrió. En la mesa había tres vasos de zumo recién exprimido, café recién hecho, chocolate, unas crujientes tostadas de pan, mermelada, mantequilla, y algo de fruta.

—He puesto un poco de todo. No sé qué os gusta más.

—Está perfecto.

Silvia subió con agilidad por la escalera, mientras Alfredo ultimaba los detalles, poniendo en la mesa unas flores que vio en el alféizar de la ventana.

Cuando las estaba colocando, oyó un grito de Silvia que provenía de la parte de arriba.

—¿Qué ocurre?! —exclamó sobresaltado.

Silvia no contestó. Pero se la oía sollozar.

Algo inquieto, subió rápidamente la escalera. El sonido salía de la habitación de Fernando, que tenía la puerta abierta.

—¿Qué pasa, Silvia? —dijo asomándose.

—Mi padre —gimió Silvia— ... está muerto.

—No puede ser..., ¿estás segura? Llamaré a emergencias... no, tardarán demasiado. Llémoslo al coche.

Silvia lo miró con esos ojos tan profundos que ahora Alfredo conocía mejor. Había tristeza en su mirada, pero también serenidad.

—Está frío... ¡frío! —dijo—. Ha debido ocurrir hace varias horas... al acostarse.

Silvia dirigió la mirada hacia un bote de pastillas vacío que se encontraba en el suelo. Alfredo se dio cuenta y también miró, diciendo:

—¿Crees que...

Parte de la conversación que tuvieron por la noche pasó de nuevo por la mente de Silvia: “Ella te está esperando” “¿Qué quieres decir?” “Eso me dijo. Que algún día volveréis a estar juntos de nuevo” “¿Cómo?” “No lo sé”, y por un instante, sólo por un instante, pensó que su padre podría haber hecho algo para...

—No. No puede ser.

—¿Qué no puede ser? —preguntó Alfredo.

—Que haya hecho eso —dijo mirando hacia el bote—. Por un instante lo he pensado, pero no puede ser.

Alfredo se sentó en la cama, al lado de Silvia, y le pasó el brazo por los hombros.

—¿Por qué estás tan segura? Después de todo, lo que hemos hablado ayer...

—Se habría despedido de mí.

Los dos permanecieron un momento en silencio, juntos.

—¿Crees que si hubiera decidido hacer algo así te lo hubiera dicho?

—Sí —dijo Silvia con firmeza—. Nunca hubo secretos entre nosotros.

—Quizá no le hubieras dejado.

Silvia se separó un poco de Alfredo y lo miró.

—Alfredo —dijo muy seria— ... hay algo importante que debes saber de mí. Yo soy de esas personas que defienden la vida —recordó la conversación mantenida con Jesús—. Pero si alguien decide por sí mismo que ya no le apetece estar más tiempo aquí, creo que es libre de hacer lo que desee, siempre que con ello no perjudique a nadie. Mi padre pensaba igual.

—¿Te ha sentado mal que te lo diga?

—No..., no. Lo que me puede sentar mal de algo que me digan es la forma en que lo hagan. Lo que dice otra persona en realidad no te afecta en nada. Sólo el cómo te lo tomas —al decir esto recordó a su madre.

—Sí. Estoy de acuerdo.

—No sé qué hacer en estos casos, a quién llamar.

—Yo tampoco. Llamaré a emergencias.

Silvia y Alfredo bajaron lentamente al comedor para esperar la ambulancia

que llegaría. Se sentaron a la mesa preparada y comieron algo no con muchas ganas.

—De todas formas...

—¿Qué?

—Sí... si tu padre, es un decir, hubiera querido... “irse”, tampoco tendría mucho sentido, ¿verdad?

—¿Por qué lo dices?

—Porque... tú dijiste ayer... no sé. Él no sabía... no tenía seguridad de...

—Alfredo, por favor. ¿Quieres acabar algo de lo que dices?

—Sí, perdona. Te preguntó si sabías cómo ponerte en contacto con tu madre, ¿verdad?

—Sí.

—Y le dijiste que no sabías cómo hacerlo.

—Así es.

—La posibilidad que queda, a mi modo de ver, es que haya sido algo, no sé, físico. Un infarto, un aneurisma, o algo así.

—¿Por qué lo dices?

—Porque me ha parecido, en el poco tiempo que he estado con él, un hombre muy cabal. ¿O me equivoco? —Laura negó con la cabeza—. La posibilidad remota de que, pensando que tu madre lo veía, hiciera algo así no tiene mucho sentido.

—Por otra parte —dijo Silvia con tristeza— ..., dudo mucho que hicieran el regalo de la vida al que no la quiere.

Silvia comenzó a llorar en silencio, con mucha emoción. Recordando tantas cosas...

Alfredo se levantó y se puso a su lado, cogiéndola por el hombro.

—No creo que haya sucedido eso.

—Lo sé, lo sé, pero es que... —intentó decir entre sollozos.

Alfredo la abrazó, le dio ternura y cariño a través de sus manos, de su cuerpo, que era lo único que podía hacer en una situación parecida.

Algunos momentos de la vida ha de pasarlos uno mismo. Aunque tener a alguien al lado lo puede mejorar bastante. Silvia se abrazó con fuerza a él.

—Gracias —dijo llorando.

—¿Por qué?

—Por estar aquí... por haber venido a buscarme... por todo.

—Créeme. Estoy encantado —le pasó la mano por la cabeza—. Aunque a la vez tremendamente apenado...

—Vaya situación, ¿eh?

—No se la desearía a nadie.

—Vienes a buscar a una chica, y te encuentras de entierro —sonrió ligeramente a la vez que lloraba—... pero egoístamente, me alegro de que estés aquí.

Al cabo de un buen rato llegó la ambulancia para el traslado del cuerpo. El día fue bastante ajetreado, acompañando a alguien al que ya le da lo mismo, y poniéndose en contacto con numerosos amigos y conocidos que Fernando tenía. Fueron muchos los que dejaron todo y se acercaron hasta el tanatorio para estar un momento con Silvia, y dar su último adiós a un viejo amigo al que ya no tendrían posibilidad de volver a ver.

—Silvia, ¿cómo estás? Lo siento muchísimo.

—Gracias, Eduardo.

Eduardo era uno de esos amigos que se hacen en la infancia y se tienen para toda la vida. Para Silvia era prácticamente como de la familia. Desde pequeña había ido a su casa incontables fines de semana, y él a la suya. Lo consideraba más como un tío que como un amigo de su padre.

—Más de uno —dijo Eduardo— ... más de uno me ha preguntado que... no sé cómo decírtelo. Que por qué no pueden...

—¿Despedirse? —acabó Silvia dándose cuenta de que la gente sentía curiosidad por ver el cuerpo, pero no podían ya que la caja se encontraba cerrada—. Pueden hacerlo. Pero para ello no necesitan verlo, si es eso a lo que te refieres.

—No te lo tomes a mal —se justificó Eduardo—. A mí me da lo mismo. Yo prefiero tener el recuerdo suyo que conservo en mi memoria.

—No me ha molestado, Eduardo, tranquilo. La gente es libre de preguntar lo que desea saber. Así debería ser siempre —dijo Silvia levantando la cabeza y mirando hacia arriba—. Pero también deberían estar dispuestos a escuchar las respuestas.

Eduardo se quedó algo confuso.

—¿Las respuestas? ¿Y cuál es el motivo? ¿Es que hay alguno especial?

Silvia lo miró con detenimiento.

—Sí. Pero...

—No te preocupes —la interrumpió—, ya sabes que no necesitas contarme nada que no quieras.

—No, no es que no quiera. Es que prefiero hacerlo cuando todo esto haya acabado. Mañana... después del entierro. Si no tienes nada que hacer, vienes a casa, con nosotros.

—¿Nosotros?

—Mañana te cuento, ¿vale? Por ahí vienen Luis y María.

Silvia se separó de Eduardo para ir a saludar a la pareja que había mencionado, y después a más conocidos. No podía evitar ser el centro de atención de aquella reunión.

Llegada la noche, decidieron pasarla en un hotel para no tener que desplazarse hasta su casa y de esa forma tener más tiempo para descansar. Al día siguiente se celebraría el entierro y era casi seguro que ello requeriría casi toda la energía que fuera capaz de dar.

Amaneció, como muchos otros días en las islas, con el cielo azul. Eran las siete de la mañana cuando una suave brisa entraba por el balcón de la habitación, que estaba abierto. Silvia y Alfredo se despertaron poco a poco antes de que les llamaran del servicio de habitaciones, como habían acordado, con una grata sensación de haber descansado profundamente, aunque a la vez con un pesado lastre que no les dejaba moverse con plena libertad.

—Buenos días —dijo Alfredo.

—Hola.

—¿Cómo estás?

—Bien... dentro de lo que cabe, bien. ¿Y tú?

—Mejor cuando te miro —Silvia sonrió—. Es bonito comenzar un día sonriendo, a pesar de todo.

—Sí.

—Puede ser siempre así.

—Eso espero —dijo acercándose para besarle.

La prensa había notificado con profusión el fallecimiento de Fernando González, físico astrónomo muy reconocido, con innumerables premios por su labor de investigación, de manera que esa mañana el tanatorio se encontraba a rebosar de personas deseosas de darle un último homenaje.

Silvia habló con docenas de personas que no conocía, expresándole todas

ellas la admiración que sentían por su padre. A cada rato una lágrima resbalaba por su mejilla, ocasionada por los recuerdos que todos ellos le hacían aflorar a su memoria.

Fernando González había decidido tiempo atrás ser incinerado, de manera que el féretro fue conducido hasta el crematorio. A pesar de ser un lugar bastante espacioso no cabían dentro todas las personas que se encontraban allí, por lo que el espacio estaba más lleno de lo que debiera. La caja fue colocada delante de la entrada del horno. La puerta comenzó a abrirse.

—Un momento —interrumpió Silvia.

Cesaron repentinamente los pocos susurros que podían oírse. Silvia se acercó a la caja y, para desconcierto de todos, la abrió ligeramente. Se quedó observando unos instantes, y la cerró de nuevo. Todo el mundo contenía la respiración, ya que el ataúd había permanecido cerrado permanentemente. Silvia se volvió llorando hacia Alfredo, haciéndole una seña para que se acercara. Alfredo se acercó hasta ella y le pasó la mano por la cintura, mirado con curiosidad por Eduardo.

—Está aquí —le dijo Silvia en voz baja entre sollozos mientras abría de nuevo para que pudiera verlo.

Nadie salvo Alfredo entendió lo que quería decir Silvia con esas palabras. Todos pensaron que se debía a esa fase de incredulidad por la que se atraviesa en estos casos: “Está aquí... está muerto”.

Alfredo asintió con la cabeza mientras decía:

—Sí.

—Se necesita el cuerpo original..., pero él continúa aquí —susurró.

—Sí —dijo Alfredo sin saber qué otra cosa podía decir.

Todo el mundo se quedó quieto, en silencio, hasta que fueron interrumpidos por el encargado de la incineración:

—Perdone —dijo con suavidad— ..., ¿podemos continuar?

Silvia no pudo contestarle, pero movió la cabeza afirmativamente a la vez

que movía la mano indicando que procediera.

La caja comenzó a desplazarse y cuando estuvo en el interior se cerró la puerta que comunicaba con todos los asistentes. Ya no podía verse nada, pero pudo escucharse el sonido de las llamas al otro lado.

No quedaba más por hacer que recoger las cenizas producidas. Pero eso debería ser al día siguiente. Por el momento, eso era todo.

Todos los asistentes salieron lentamente hasta la calle, donde se despidieron de Silvia amigablemente.

Por fin, quedaron solos Silvia, Alfredo y Eduardo.

—Bueno —dijo Silvia cogiendo la mano izquierda de Alfredo—, éste es Alfredo, y él es Eduardo, un amigo de la familia... para mí de toda la vida.

—Es un placer —dijo Alfredo extendiendo la mano.

—Lo mismo digo —Eduardo estrechó con fuerza la mano que se le tendía.

Se quedaron los tres un momento en silencio, que rompió Alfredo:

—¿Quieres dar un paseo, ir a casa...?

—Vayámonos a casa —dijo Silvia—. Es donde más tranquilos estaremos.

—¿Tú crees? —preguntó Eduardo pensando en los que aún no se hubieran enterado de la noticia y que al saberlo llamarían para expresar sus condolencias.

—No te preocupes —dijo Silvia como leyéndole el pensamiento—, desconectaré unos días el teléfono, y si alguien quiere hablar conmigo, que llame a mi móvil. Me gustaría —Silvia titubeó al hablar—... me gustaría que hoy pasaras el día con nosotros, si es que no tienes algo más importante que hacer. Quisiera hablar contigo.

—¿Más importante? No, no. Y menos un día como hoy. Además, puedo asegurarte que me tienes intrigado.

Silvia lo miró y sonrió.

—¿Por lo que te dije ayer?

—Pues... sí. Y... por lo que acabas de hacer ahí dentro.

—¿Os parece si pasamos por algún sitio de comida para llevar y nos ahorramos el preparar algo ahora? —propuso Alfredo.

—A mí me parece una idea estupenda —dijo Silvia.

Los dos miraron a Eduardo.

—Yo... como queráis, me parece bien.

Al llegar a casa se dispusieron a preparar la mesa. No tardaron mucho ya que sólo hubo que colocar sobre ella lo que llevaban, y poco más. Silvia se acercó a una estantería donde había copas, y acercándose hacia ellas, preguntó:

—¿Os apetece un poco de vino?

—Sí, gracias —dijo Eduardo.

—Sí... yo también.

Comieron sin hablar mucho. Al terminar, Alfredo se levantó para ir a preparar un café, y fue cuando por fin Eduardo se armó de valor y preguntó lo que estaba esperando desde ya hacía un día:

—De manera que Alfredo y tú... estáis juntos. ¿Hace mucho? Porque no sabía nada.

—No. En realidad estamos juntos desde ayer.

—¿Desde ayer? —exclamó sorprendido.

—Sí. Bueno, nos conocemos desde hace algún tiempo, ¿sabes? Él fue el responsable de concedernos los fondos para la investigación que... —Silvia no continuó.

—Me enteré de eso, pero no he tenido tiempo ni siquiera para decirte que lo

siento.

—Creo que ya no tiene mucha importancia —dijo con la sensación de que todo aquello hubiera ocurrido hacía años.

—Entonces, ¿cuándo habéis llegado?

—Yo vine anteayer. Él llegó ayer por la noche.

—¿No vinisteis juntos?

—No. Yo vine sola. Él... vino a buscarme —dijo sonriendo.

—A ver si lo entiendo —dijo Eduardo algo confuso—. Cuando tú has venido no estabais juntos —Silvia asintió—. Después, él ha venido a buscarte sin estar aún juntos... —Silvia asintió de nuevo, algo divertida—, y lo estáis desde ayer. O sea que...

—O sea que... —continuó Alfredo que llegaba con los cafés— vine hasta aquí a buscarla sin saber lo que me diría.

—Tienes valor, muchacho.

—Y mucha suerte —dijo mirando a Silvia.

—Estoy impresionado. Esto se merece un brindis —alzó la taza de café—. Por vosotros, pues. Que os vaya muy bien. Por lo menos como... —Eduardo se detuvo, recordando.

—¿Como a mis padres? —dijo Silvia.

—Sí. Eso iba a decir. Pero...

—No te preocupes. Ese es un buen deseo. Gracias.

—Gracias —dijo también Alfredo, levantando levemente su taza.

Los tres dieron sendos sorbos a sus respectivas tazas. Envueltos en un denso silencio, bebieron de nuevo.

—Bueno —dijo Silvia—, sacaré yo el tema ya que veo que a ti te resulta algo incómodo.

—Te lo agradezco —contestó Eduardo—. Me resulta un poco violento preguntar... ya sabes. A fin de cuentas, yo no tengo por qué opinar sobre...

—...por qué hice ayer lo que hice. Te dije que te lo explicaría hoy.

—Pero no tienes que hacerlo si no lo deseas.

—Esta sí que es buena. Ya lo sé. Pero sí lo deseo. ¿Te acuerdas de quién soy? Estás hablando conmigo —preguntó algo socarrona señalándose a sí misma—. Eduardo, *me conoces* de toda la vida —dijo enfatizando las palabras—, ¿o no es así?

—Sí, es verdad. Pero ya sabes que a veces las personas... —miró a Alfredo.

—¿Cambian? —dijo Silvia mirando a Alfredo y después a Eduardo— ¿Lo dices por él? Si yo tuviera que cambiar para estar con alguien, dejaría de ser yo. Es más: si una persona quiere que otra cambie para estar juntos, debería pensárselo mejor, porque no es con ella con quien realmente quiere estar.

—Discúlpame.

—Es verdad que muchos permiten que les ocurra. Por eso estás disculpado. Pero conociéndome como me conoces, me extraña que ni siquiera lo hayas pensado. Lo que hice ayer —retomó el tema— fue algo inusual, pero quería asegurarme de que...

Silvia se detuvo para enjugarse unas lágrimas que descendían por sus mejillas.

—De que su padre continuaba en la caja —dijo Alfredo viendo que ella no podía continuar.

—¿Qué... qué quieres decir? ¿Dónde iba a estar si no? —preguntó Eduardo algo inquieto.

—Esa... es una larga historia.

—Para eso estoy aquí, ¿no? —dijo acomodándose.

—Sí... sí, tienes razón. Verás, hace tiempo mi padre conoció a una persona muy especial.

—Lo sé —asintió mientras cruzaba la piernas.

Silvio lo miró con cara de sorpresa.

—¿Lo sabes?

—Sí. Laura..., tu madre.

—No, no me refiero a mi madre —Eduardo se removió en su sitio—. No se trata de ninguna amante o algo por el estilo, si es lo que estás pensando. Se trata de alguien mucho más... *especial*. Lo conoció después del accidente, un día que se encontraba cerca de la zona donde ocurrió.

Eduardo descruzó las piernas y acercó la cara instintivamente hacia la de Silvia:

—¿Tu padre te habló alguna vez de *él* —Silvia agrandó los ojos como platos—... de Rasek? Me dijo que nunca se lo había contado a nadie.

—¿Qué sabes tú de Rasek? —preguntó Silvia sin dar crédito a lo que oía.

—Que tu padre lo conoció, como has dicho, unos días después del accidente. Que, según dijo, le enseñó parte del cosmos. Que le sació su sed de conocimiento.

—¿Y tú lo creíste?

—Yo... no sé si aquello sucedió de verdad. Lo que sí sé es que mi amigo se encontraba sereno y feliz. Si era verdad para él, a mí me bastaba.

—Eres un buen amigo. ¿Te dijo por qué no quiso contármelo a mí?

—No, pero veo que al final lo hizo —Silvia negaba con la cabeza, desorientando a Eduardo—. ¿Entonces... cómo sabes...? No lo entiendo.

—Bueno. No es exacto que no me lo contara... nos lo contara —dijo cogiendo una mano de Alfredo—. Lo que ocurre es que lo hizo cuando yo le dije que lo había conocido. A Rasek, me refiero.

El rostro de Eduardo se quedó sin sangre.

—¿Que tú... quieres decir que has conocido a Rasek personalmente? ¿Es cierto que existe? —Eduardo ladeó ligeramente la cabeza mientras continuaba mirando a Silvia— No... no se trata de una broma, ¿verdad?

—No. Nada de bromas —dijo Silvia muy seria—. Es el padre de la persona que me salvó cuando estuve a punto de morir en el batiscafo. Me llevó a su ciudad... por así decirlo.

—¿A su ciudad?

—Sí. Bajo el océano.

—¿Me estás contando cosas por las que después tendrás que matarme? —preguntó Eduardo medio en broma.

Silvia sonrió.

—Le importa bien poco que las personas conozcan de su existencia. He podido comprobarlo personalmente.

—¿No teme que sepan de él y lo busquen?

—No. *Nada* pueden hacer contra él —dijo enfatizando “nada” —, créeme.

Hubo un momento de silencio, durante el cual tintinearón las cucharitas en las tazas de café. Después de dar un sorbo y dejar la suya sobre el plato, Eduardo miró con seriedad a Silvia:

—Una vez, hace muchos años, creí a tu padre. Y lo mismo voy a hacer contigo. Me resulta... “increíble”, valga la expresión, pero no veo motivo alguno por el que podrías contarme algo así... si no fuera verdad —miró a Alfredo—. ¿Tú también lo has visto?

—No —contestó sinceramente—. Pero tengo la absoluta confianza de que es verdad.

—¿Por qué? —preguntó Eduardo sin temor a molestar a Silvia.

—Tengo un amigo que se encontraba allí cuando ella llegó al acantilado —

Alfredo le contó un poco por encima el cómo y el dónde ocurrió—. Su historia coincide bastante. Además, es verdad que el batiscafo estaba vacío al llegar a la superficie —hizo una pausa como recordando—. Y ..., cuando su padre y ella se enteraron de que el otro conocía a Rasek... eso no fue fingido, te lo aseguro. Yo estoy seguro... —dijo mirando a los ojos de Silvia—, sé que dice la verdad.

—¿Y eso... qué tiene que ver con lo de la caja? —preguntó Eduardo un tanto desconcertado.

—Mucho. ¿Recuerdas el accidente de mi madre? —Eduardo no se movía, pero asintió—. Desapareció. Pero según dijeron aquellas personas que encontraron el barco, el cuerpo se encontraba allí. Incluso hicieron fotos. Y después, simplemente, no estaba. La investigación policial determinó que no había sido movido, ni trasladado, ni nada por estilo. Yo sé lo que ocurrió —dijo Silvia con seguridad—. Literalmente, *desapareció*.

—Ya. Eso... eso ya lo sabíamos.

—He estado con ella.

Silvia esperó alguna reacción por parte de Eduardo, pero éste ya no podía dar más muestras de asombro por el momento.

—Desperté en esa ciudad..., en su casa. Me explicó que cuando ella se encontraba malherida apareció Rasek y le preguntó si quería ayuda. Ella dijo que sí, y entonces él se la llevó y la curó. Todo eso debió de suceder mientras aquellas personas esperaban a la policía en su barco, después de hacer las fotografías que vimos.

Eduardo estaba dispuesto a creer lo que su amigo le contó acerca de aquél ser. Y también lo que Silvia dijo de él. Pero esto... era demasiado para asimilarlo a esa velocidad. ¿Silvia se había vuelto loca? ¿Y también Alfredo?

—Te cuesta creerlo, ¿verdad? —un silencio fue la respuesta—. Es extraño.

—¿Extraño, por qué?

—Te crees que mi padre estuviera con Rasek. Te crees que yo lo viera. Por lo tanto, crees que existe —Eduardo asentía—. Realmente, eso es lo difícil, creer que

existe. Lo demás es una mera concatenación de sucesos.

—Bueno, Silvia. Yo he de decir que creí a tu padre y que te creo a ti. De lo que no estoy tan seguro —dijo con su sinceridad de siempre— es de que todo ello sea cierto.

—Eso es lógico, porque no lo has visto. Pero te agradezco que me intentes creer.

Eduardo se quedó pensativo un momento.

—Entonces —dijo dándose cuenta por fin— ... lo que querías comprobar era si tu padre... si tu padre desaparecía de la caja antes de entrar en el incinerador.

Silvia asentía con la cabeza.

—Y no fue así —las lágrimas corrieron de nuevo por sus mejillas—. Mi madre me dijo que lo estaba esperando... todo este tiempo. Y ahora... ahora ya nunca volverán a estar juntos. Y no lo entiendo —dijo sollozando—. Me dijo que tenía un rastreador de salud.

—¿Un qué?

—Un rastreador de salud. Un aparato que le avisaría si nos ocurriera algo a mi padre o a mí. Me dijo que yo tenía otro —se explicó.

—Es posible —intervino Alfredo— que haya sido demasiado repentino.

—Es posible —se secó las lágrimas.

—¿Has dicho —preguntó Eduardo— que tu madre lo estaba esperando?

—Sí.

—Pero... Laura también tendrá ya... ¿cuántos años?

—Estaba igual que el día del accidente. No había envejecido nada. Allí la gente no envejece. Viven para siempre.

—Eso suena a película de ciencia ficción.

—Disponen de una medicina y una tecnología que nosotros no podríamos ni siquiera imaginar para una película de ciencia ficción, Eduardo. Me dijo que en su momento, lo llevarían allí para estar juntos de nuevo, y lo rejuvenecerían. Pueden vernos cuando quieren... por eso no entiendo qué puede haber ocurrido.

—¿Cuándo quieren? ¿En cualquier momento? —dijo Eduardo mirando a su alrededor algo inquieto.

—La vida tiene cosas muy extrañas —dijo Alfredo—. Y, aunque vivan tanto como dices, eso no quiere decir que sean omnipresentes.

—Eso es cierto —se intentó consolar—. Pero pienso en mi madre y...

—Tendrá que aceptar la vida como es. Tal y como nos toca hacer a todos.

—No estoy muy segura de que ellos la acepten tal como es.

—¿Rasek nunca a perdido a nadie? —preguntó Eduardo.

—Sí... —por unos instantes Silvia mantuvo un profundo silencio recordando el momento en el que Rasek se lo contó—, sí. Perdió a todo su pueblo. Toda su civilización. Su sol explotó, desintegrando su planeta y muchos otros.

Un torbellino de preguntas se agolpó en la cabeza de Eduardo: ¿su planeta? ¿es que es de otro planeta? ¿su sol explotó? ¿todo desintegrado? Entonces... ¿cómo pudo sobrevivir él?, pero sólo acertó a decir:

—Eso debe ser espantoso. Qué experiencia tan dolorosa —Eduardo compartió largas conversaciones con Fernando acerca de las estrellas en numerosas ocasiones. Conocía casi todas ellas como la palma de su mano, y sabía que Silvia también—. ¿Dónde se encontraba? Me refiero a su sol.

Silvia se levantó y se dirigió hacia un mapa celeste que estaba colgado en una pared del salón. Señaló uno de los puntos luminosos.

—No se encontraba —dijo—. Se encuentra aquí. Su luz aún nos llega... aunque él lleva aquí más de doscientos mil años.

—Silvia..., sé bastante sobre física y astronomía como para saber que un viaje así por el universo...

—Puedo asegurarte —le interrumpió— sin ánimo de ofender, que no sabes nada. Al menos, nada sobre la tecnología de que disponen.

Se produjo un silencio. Instintivamente miraron la hora. Era tarde, y se encontraban cansados.

—Creo —continuó Silvia— que ahora sería buena idea descansar un poco. Podríamos continuar mañana.

Tanto Alfredo como Eduardo estuvieron de acuerdo.

—Quédate a dormir aquí, y te evitas el conducir ahora hasta casa para tener que volver por la mañana.

—No... gracias. Mejor me iré a casa. Allí tengo ropa limpia —dijo acercándose la nariz a una axila—... y creo que me hace falta. Además, vosotros querréis más intimidad que la que yo puedo daros estando aquí.

—Si es por eso, no lo hagas, de verdad. Aquí puedes ducharte también, y para un momento, alguna camisa de mi padre te valdrá. Ya lo has hecho más veces.

Eduardo se la quedó mirando.

—¿De verdad no os importa?

—Claro.

Miró a Alfredo.

—A mí también me parece buena idea —dijo éste.

El interés por todo lo que estaba escuchando pudo con cualquier otra idea que se le pasara por la mente.

—Está bien —se decidió—. ¿Uso “mi habitación”? —Silvia asintió—. Pues entonces... os voy a dejar. Mañana nos vemos.

—Que descanses —dijo Silvia mientras le besaba en la mejilla.

Se despidieron hasta el día siguiente mientras subía ya por las escaleras. Por

un momento, todo quedó en silencio. Silvia y Alfredo solos, en el salón, mirándose.

Por la mañana, al despertar, Alfredo bajó al salón y comenzó a recoger las copas que habían quedado del día anterior, y también la mesa. Lo llevó a la cocina, y se dispuso a limpiar los cacharros, despacio, muy despacio, para no hacer ruido. Silvia continuaba durmiendo y no le vendría mal un poco de descanso extra. La puerta de Eduardo estaba abierta cuando él salió de su habitación, por lo que Alfredo supuso que sería una de esas personas a las que les gusta darse un paseo matutino, con el fresco.

Casi había terminado, cuando Silvia apareció por la puerta:

—Eres muy sigiloso —susurró.

—Buenos días —dijo volviendo la cabeza—. ¿Qué tal has descansado?

—Muy bien, gracias... —se acercó para darle un beso en la nuca, mientras le abrazaba por la cintura—... a ti. Mientras acabas, voy preparando el desayuno.

—Qué bien... porque ya noto hambre.

—Creí que Eduardo estaría aquí. He visto su puerta abierta.

—Cuando yo he bajado no estaba. Quizá haya salido a dar una vuelta.

—Es posible. Lo hace casi siempre que duerme aquí. Le gusta el aire puro.

Silvia fue llevando lo necesario a la mesa, y cuando estuvo todo, preparó una jarra de zumo de naranja.

—Ya está —dijo al acabar.

—Yo también acabo. Si me das el exprimidor, lo dejo en remojo. Luego cuesta menos limpiarlo.

Silvia lo miró con ojos de enamorada.

—¿Eres siempre así?

Alfredo se detuvo, mirándola.

—Sí. Lo que ves es lo que hay.

—Pues me gusta.

—A mí también —hizo una broma—. Y también me gusta mucho lo que veo —dijo sonriendo mientras la miraba.

—Gracias. Supongo que ha de gustarte para hacer lo que has hecho.

—No —dijo Alfredo poniéndose serio—, me he explicado mal. Que eres guapa salta a la vista —una sonrisa asomó a los labios de Silvia—, pero lo que quería decir es que me gusta lo que veo en ti. Cómo eres. Y eso es lo que no sabía si iba a encontrar cuando decidí venir.

—Gracias... de nuevo —Silvia se le acercó y se abrazaron.

—Esperamos a que Eduardo vuelva de su paseo, ¿verdad? No me parece bien comenzar sin él.

—Sí. No creo que tarde mucho.

Se dirigieron al salón, donde estaba ya todo prácticamente preparado, y se sentaron en el sofá.

—Silvia, ¿te importa hablar de... —Alfredo se detuvo.

—¿Sí?

—Bueno. Puede que no sea el mejor momento, pero quería que supieras... ¿sabes? Con todo esto del accidente, me refiero al tuyo, claro, no al de tu padre, bueno... con todo lo ocurrido durante la investigación, será difícil que encuentres algo donde...

—Lo sé. Me quieres decir que no voy a volver a encontrar trabajo nunca más, ¿verdad?

—Bueno, es posible que tampoco sea tan drástico.

—Ya... ¿Y?

—Yo... yo dejé mi puesto. No soporto que la gente sea tan falsa e hipócrita.

—¿Lo dejaste? Tenía entendido que te habían despedido.

—¿Despedido? No, no. Fue una buena reprimenda, eso sí, pero nada más. ¿Quién te ha dicho eso?

—Pues lo cierto es que nadie en concreto. Ya sabes lo que ocurre con los rumores. En general, con los que yo he hablado, todos creen que has sido despedido.

—Lo cierto es que me da absolutamente igual —dijo levantando ligeramente un hombro—. Pueden creer lo que les dé la gana.

—¿No te importa?

—No. Eso no varía la realidad. *Mi* realidad —recalcó.

—Eso también me gusta —Silvia lo agarró por la cintura, apoyando la cabeza en su pecho. De pronto, se separó y lo miró—: Entonces... ¿por qué te despediste?

—Porque las mismas personas que habían delegado en mí para que tomara decisiones me querían recriminar por tomarlas. ¿No es absurdo? Ellos querían que tomara *sus* decisiones, y no las mías. Les importaba más todo lo referente a lo económico que la vida que se había perdido... me refiero a la tuya.

—Ya...

—Yo tomé *mis* decisiones con *su* autorización. ¿Qué esperaban, que no me equivocara nunca? —se quedaron en silencio un momento—. Las personas les importan un pimiento si se pierde dinero. Y en este caso, a mí se me juntó con que esa... "persona" me interesaba más que todo el dinero del mundo —levantó su mano para ponerla cariñosamente sobre el hombro de Silvia mientras se miraban— ..., así que los mandé al cuerno.

—Y al parecer, tampoco tú tienes trabajo, ¿no es así?

—Así es. Y de ello quería hablarte. A mí nada me ata en ningún sitio. Salvo que tú quieras intentar de nuevo... yo... tengo unos ahorros. Podemos utilizarlos para comenzar una nueva investigación, para...

—Te lo agradezco, pero mucha gente me ha defraudado, incluso algunos que creía amigos. Por otra parte... —comenzó a decir recordando sus últimos días vividos, y también los últimos años de su padre—...he conocido más de lo que jamás hubiera podido soñar. Y lo que es más sorprendente, no siento la necesidad de divulgarlo ni de que los demás lo conozcan. De modo que no, gracias. No quiero intentarlo de nuevo. No quiero pasarme la vida trabajando para poder dar a conocer una milésima parte de lo que he podido ver en unos minutos con Rasek — se quedó mirando hacia arriba con la mirada perdida—. ¿Sabes? Me estoy dando cuenta de que precisamente ahora es cuando mejor he llegado a comprender a mi padre.

—A él le ocurrió lo mismo. Por eso se retiró, ¿no es así?

—Sí.

—Bueno. De todas formas, podemos abrir algún pequeño negocio, o quizá comprar un terreno y dedicarnos al turismo... no sé. Quiero que sepas, si en algún momento has pensado en cómo serán las cosas en el futuro, que cuentas con lo que yo tengo. Es para los dos.

—¿Sabes una cosa? Creo que te quiero —Alfredo notó un pequeño acaloramiento en las mejillas—. Y me extraña decir eso a alguien al que conozco desde hace tan poco, pero tienes algo que me hace surgir ese sentimiento.

—Gracias.

—Por otra parte, como sabes, mi padre estaba retirado. Has de saber que él mismo se ofreció a sufragarme gran parte de los gastos de la investigación, pero yo preferí hacerlo por mis propios méritos, de forma convencional.

—De lo cual me alegro —dijo Alfredo, sabiendo que se habían conocido por ello.

—Yo también.

—Siempre sucede todo por algún motivo, ¿no crees?.

—Seguro. Aunque al principio no lo conozcamos.

—¡Un momento! —exclamó Alfredo dándose cuenta— ¿Me estás diciendo que eres...

—No me hace falta dinero, si es lo que quieres decir. Pero agradezco tu oferta. ¿Sabes lo que podemos hacer? Vivir tranquilamente nuestra vida. Porque ni necesitamos montar un negocio ni nada por el estilo. Sólo queremos...

—... estar juntos —continuó Alfredo mientras se miraban—... tener buena salud...

—Y ser felices —concluyó Silvia.

Unos golpes en la puerta los sacaron repentinamente de su ensimismamiento.

—¡Eduardo! —dijo Silvia notando hambre de pronto—. Ve a abrir, por favor, mientras yo traigo el zumo a la mesa.

Silvia se dirigió al frigorífico, de donde cogió la jarra de cristal casi llena de zumo de naranja. Oía hablar a Alfredo con alguien, lo cual la extrañó. De ser Eduardo habría entrado sin más, pero... no se había oído ruido ninguno. Estaba segura de que ningún automóvil había llegado mientras esperaban a que Eduardo regresara. Con la jarra en la mano, se acercó lentamente algo inquieta hacia la puerta.

—¿Quién es, Alfredo? —al acercarse unos pasos, cuando Silvia pudo ver quién estaba hablando con él, se le aflojó ligeramente la mano, con lo que la jarra se inclinó, cayéndose parte del zumo por el suelo—: ¡Rasek!...

—¿Rasek? —dijo Alfredo sorprendido mirando a Silvia y después a él—. ¿Tú eres Rasek?

—Sí —contestó el aludido—. ¿Me conoces?

De pronto, ante los atónitos ojos de Alfredo y Silvia, el zumo de naranja derramado se elevó del suelo formando una especie de nube que se dirigió al jardín para extenderse sobre él como si fuera una fina manta de líquido

pulverizado.

—Al jardín le beneficia, y a vosotros os ahorro un trabajo. ¿Os parece bien?
—preguntó Rasek, que mantenía una mano ligeramente alzada.

—De... acuerdo —casi balbuceó Alfredo.

—Sí..., sí, claro —dijo Silvia.

Rasek bajó la mano, y el manto de zumo pulverizado se posó con suavidad.

Silvia se dio cuenta de que la jarra, que aún tenía en la mano, no estaba manchada por fuera debido al zumo caído. Posiblemente ese líquido estaría con lo que fue a parar al jardín, o quizá hubiera “retornado” a la jarra. Recordó su copa de vino durante la comida en casa de Rasek.

De pronto salió de su ensimismamiento y fue rápidamente a dejar la jarra en la mesa, para saludar a Rasek.

Se abrazaron.

Después, Rasek se acercó a Alfredo:

—Tú eres Alfredo —se limitó a decir extendiendo ligeramente los brazos hacia él, que aún continuaba atónito.

—Sí —se acercó para dar el abrazo que ese hombre parecía esperar. Al separarse, cruzó una mirada intensa con Silvia. Ella le había hablado de esa experiencia, pero sentirlo era algo bien diferente.

—Estábamos a punto de desayunar. ¿Quieres comer algo? —dijo Silvia.

—Sí, gracias, pero esperemos a que Eduardo llegue de su paseo.

Alfredo miró un tanto inquieto a Silvia, sin entender cómo podía saber que estaban esperando a alguien, y menos aún cómo podía saber su nombre, pero ésta no parecía haberse sorprendido mucho por el comentario de Rasek. Ciertamente, ella ya le había contado cosas parecidas, aunque Alfredo pudo comprobar que no era lo mismo experimentarlo en persona.

Se sentaron los tres, y estuvieron unos instantes en silencio, mirándose.

—Bueno..., ¿y a qué debemos este gran honor? —preguntó Silvia gratamente sorprendida.

—Había que darte una noticia y han sido tan amables de dejarme ser el portavoz, ya que yo también quería hablar contigo.

—¿Una noticia? —Rasek asentía— ¿De qué se trata?

—Tus padres —dijo Rasek sin rodeos mientras la cara de Silvia se ensombreció—. Están juntos de nuevo.

Silvia quedó enmudecida. Miró sorprendida a Alfredo, para decir:

—Pero... pero si yo misma... ¿cómo es posible? No lo entiendo.

—Creí que te alegrarías.

—Sí, claro que me alegro... sólo que pensé que no había sido posible.

—¿Y eso por qué? —exclamó Rasek sorprendido.

—Porque ya estaba muerto.

—¿Y? —preguntó como si lo que Silvia decía no fuera suficiente.

—¿Cómo... —se explicó con algo de torpeza—... cómo se va a curar a un cuerpo si ya no tiene vida?

—No se necesita el cuerpo original... ni tampoco que esté vivo.

—Jesús me dijo que se necesitaba el cuerpo —dijo confundida—. Eso le entendí...

—Se necesita el cuerpo para copiarlo. Un original. Pero no el cuerpo en sí. ¿No lo viste cuando estuviste con nosotros?

—No.

—Entonces eso lo aclara todo. Yo pensaba que eso te lo había contado tu madre.

—Sólo me dijo que lo esperaba. Que cuando llegara el momento... pero no

le pregunté cómo iba a hacerlo.

—Yo... —llamó la atención Alfredo—... esto... no quisiera interrumpir, pero si no es mucho preguntar, ¿podría saber cómo la habéis hecho?

—Hicimos una copia —dijo Rasek mirándole fijamente.

—¿Una copia? ¿Y ya está?

—Sí. ¿Decepcionado?

—Pero...

—La copia es literal. Cada átomo en el mismo lugar. Eso implica que los sistemas eléctricos, neuronales..., están conformados de la misma forma, y que la consciencia y los recuerdos de la persona son los mismos. En realidad es la misma persona.

—O sea que la copia no es a nivel de órganos, huesos..., sino a nivel de partículas —murmuró Alfredo para sí.

—Así es.

—Pero...

La puerta de la calle se abrió, y apareció Eduardo.

—¡Buenos días! Veo que estáis levantados —dijo al ver la mesa preparada—. Me había llevado las llaves por si acaso, para dejaros descansar, pero... —se dio cuenta de que había alguien más en la casa—... lo siento, creí que estabais solos. No he visto ningún coche afuera.

—No he venido en coche —dijo Rasek.

—¿No? ¿Cómo entonces...? —preguntó extrañado recordando no haber visto ningún tipo de vehículo.

—Eduardo —interrumpió Silvia—, se trata de Rasek.

—¿De Rasek? ¿Qué ocurre con él?

—No... quiero decir... es Rasek. ¡Él es Rasek!

—¿Él? —dijo sorprendido mirándolo— ¿El mismo Rasek del que hablabas ayer? —Silvia asentía con la cabeza—. No se trata de una broma, ¿verdad?

—No.

—Pues si es así, ha de saber que es un honor conocerlo —extendió su mano hacia Rasek.

—Me alegro, pero por favor, tutéame.

Rasek se levantó para extender su mano hacia la de Eduardo. Ambas se estrecharon durante unos instantes, más de lo que solía ser lo habitual en cualquier saludo. Al separar las manos, Eduardo miró a Silvia y a Alfredo que estaban pendientes de él. Nunca había experimentado una sensación parecida, y estaba seguro de que ellos dos lo sabían.

De pronto alguien llamó a la puerta.

—¿Son ellos? —Silvia miró a Rasek con los ojos chispeantes de ilusión.

—Sí.

—¿Ellos? ¿Quiénes? —preguntó Eduardo confuso.

Silvia fue corriendo a la puerta. La abrió con rapidez.

—¡Papá! ¡Mamá!

—¿Papá? —la confusión de Eduardo aumentó, pensando por un momento que Silvia había perdido el juicio. Pero después del largo abrazo que los retuvo en la puerta, pudo verlos con claridad. Eran ellos. Fernando... ¡y Laura! En ese momento todas las piezas de la historia que le fue contada el día anterior encajaron en su sitio. No sólo todo era verdad para el que lo contaba, sino que... ¡todo era verdad! Lo estaba viendo con sus propios ojos.

—¡Eduardo! —exclamó Fernando mientras se acercaba para darle un abrazo.

—¿Pero cómo... eres tú de verdad? ¿Sois vosotros? —preguntó al separarse—. ¡Laura! Estás igual que cuando... bueno, ya sabes.

—Dame un abrazo —dijo ella—, te he echado de menos, ¿sabes?

—Silvia me ha contado... pero puedo asegurarte que no entiendo nada —dijo mientras la abrazaba.

Durante un buen rato, cargado de emoción, permanecieron todos en silencio. Finalmente fue Alfredo el primero en hablar.

—Bueno, donde desayunan tres, lo hacen seis. ¿Por qué no nos sentamos y seguimos hablando mientras?

—Me parece una idea estupenda —confirmó Silvia.

—Es una satisfacción conocerte en persona, Alfredo —dijo Laura dándole un beso antes de sentarse a la mesa.

—Lo mismo digo.

—Bueno. Alguien querrá explicarme todo esto, ¿verdad? —suplicó Eduardo mientras se sentaba.

Eduardo fue puesto al corriente de todo entre bocado y bocado.

—Rasek —intervino Silvia curiosa—, has dicho antes que tú querías hablar conmigo. ¿De qué?

—Se trata de la pregunta que te hice.

—¿Pregunta? ¿Qué pregunta?

—Vaya cabeza —fingió Rasek indignación—. *¿Quieres vivir con nosotros?* Ésa es la pregunta.

—Pero... cuando yo dije que me quería volver... pensé que...

—Dijiste que te gustaría vivir allí.

—Pero que quería volverme.

—Para hacer algo... que ya has hecho —concluyó Rasek mirando a Alfredo.

Silvia cogió de la mano a Alfredo.

—Tú sabías para qué tenía que volver.

—No te engañes. No *tenías* que hacerlo. No fue una obligación, sino una decisión. Las personas han de aprender a escucharse a sí mismas, a lo que les rodea..., y tú lo vas haciendo bastante bien.

—Entonces, si sabes lo que he encontrado, ¿cómo es que me preguntas si quiero ir con vosotros? —dijo mirando a Alfredo—. Quiero estar aquí, con él.

—Renunciar a algo que deseas por alguien a quien quieres dice muy bien de ti, ¿pero quién ha dicho que Alfredo no puede venir?

Silvia volvió la cabeza hacia Rasek.

—¿Hablas en serio?

—¿No creíste cuando se te dijo que allí puede vivir cualquiera que lo desee?

—Supongo que sí, pero... —miró a Alfredo con inquietud.

—Yo... iré contigo donde quieras —dijo Alfredo sinceramente.

—Qué mañana. Sorpresa tras sorpresa. Cuando salí de... la nave, ¿cómo os referís a ella? —preguntó Silvia.

—Artkle —aclaró Rasek—. La llamé así en honor a mi planeta de origen. Significa “procedente de”.

—Pues cuando salí de... Artkle —continuó Silvia— lo hice con la idea de que no podría volver.

—¿Por qué?

—No lo sé. La sensación de haber fallado en alguna especie de prueba que se me hubiera hecho... o algo así.

—De haber sido una prueba, la hubieras superado con creces.

—¿Sí? —preguntó sorprendida—. ¿Por qué?

—Porque no elegiste lo más cómodo, ni tampoco una vida fácil. Elegiste lo que tú deseabas. Y realmente eso es lo que importa. No lo que se vive, sino cómo se vive.

—¿Y Eduardo...? —preguntó Fernando.

—También puede venir, si quiere.

Eduardo estaba tan aturdido, que sólo acertó a decir:

—Desde luego, me encantaría conocer ese lugar —dijo en parte por curiosidad y en parte por ver con sus propios ojos que todo aquello era cierto.

—Ya hemos terminado hace rato —dijo Rasek mirando la mesa del desayuno—. Podemos irnos cuando queráis.

—Debo reconocer que me hace una ilusión tremenda, pero también que estoy algo nervioso —dijo Alfredo.

Rasek levantó una mano hacia la mesa, y todo lo que había sobre ella desapareció. Alfredo y Eduardo se quedaron absortos mirando la mesa vacía, mientras los demás salían a la calle. Habían oído hablar de ello, pero no se explicaban lo que acababan de ver. Se cruzaron una mirada, y salieron también de la casa. A pocos metros de distancia pudieron contemplar lo que debía de ser la nave en la que Rasek había llegado. Parecía como... como una especie de cono acabado en esfera, reluciente. Como si fuera un gigantesco y extraño espejo deforme. Los demás se encontraban juntos sobre una superficie circular de varios metros cuadrados, esperándolos. Se acercaron a ellos, y pisaron también la superficie circular, que al momento comenzó a ascender. Al introducirse en la nave, fue como dejar de verla. Por fuera era como espejo, pero por dentro... ¡no existía! Únicamente podían ver una especie de consola que los rodeaba, de forma circular, de unos setenta centímetros de altura. La plataforma se detuvo y en ese momento, inexplicablemente, aparecieron seis asientos. Todos se sentaron sin decir nada en el que más cerca tenían, y al hacerlo la consola “desapareció” y el suelo dejó de ser suelo. Sólo podían ver el terreno bajo sus pies, y el vasto paisaje que los rodeaba, como si estuvieran flotando en el aire.

—Podríamos ir como si fuéramos dentro de una nave, pero creo que os gustará más así —bromeó Rasek.

Comenzaron a moverse sin la sensación de hacerlo, como si lo único que lo hiciera fuera la imagen que podían ver.

—¿Nos... estamos moviendo? —preguntó Alfredo—. No lo parece.

—¿Sorprendente, verdad? —le dijo Silvia cogiéndole de la mano.

Se elevaron por encima del Teide, e hicieron un descenso sobre el cráter. Después ascendieron increíblemente hasta una altura de doscientos o trescientos kilómetros, donde se quedaron parados.

—Rasek. ¿Puedo... puedo hacerte una pregunta? —dijo Alfredo tímidamente.

—Claro.

—¿Nos estamos moviendo realmente a la velocidad que parece?

—Sí.

—Pero, entonces... las turbulencias que se pueden generar en el aire...

—No existen —le interrumpió.

—¿No existen? ¿Por qué? —preguntó Silvia intrigada.

—La nave tiene un sistema de desintegración en forma esférica. Cuando se desplaza a mucha velocidad, por donde pasa... *no hay nada*.

—¿Quieres decir que lo desintegra y después lo vuelve a dejar donde y como estaba una vez que ha pasado?

—Sí.

—Extraordinario... —murmuró Eduardo.

—Pero —dijo Silvia— el otro día me dijiste que habíamos esquivado a varios pájaros.

—Cierto, aunque no exacto. Dije aves, no pájaros, y dije... *evitado*, no esquivado.

—Es verdad —recordó Silvia—, no me dijiste cómo.

—Por eso cuando nos movemos entre aviones, ciudades..., o en cualquier otro lugar, no afectamos al entorno.

—¿Aviones? —preguntó Eduardo— ¿Habéis ido entre aviones alguna vez? ¿Y no os han visto?

—Sí, a veces —dijo Rasek por toda respuesta.

Todos se quedaron en silencio durante un momento, dándose cuenta del alcance de sus palabras.

—Supongo —dijo Alfredo—..., es un decir, claro. Supongo que una escuadrilla de aviones que aviste esta nave puede quedar bastante extrañada. El brillante y extraño “objeto” que ven se mueve con mucha más rapidez que ellos... en cualquier dirección, arriba, abajo... se pone a un lado, al otro, los adelanta, y por fin... “desaparece” — Rasek sonreía—. Desaparece porque se aleja a una velocidad que ni siquiera pueden calcular —Alfredo se quedó pensativo—..., o quizá porque se conecta el sistema del que has hablado, ¿no?

—Efectivamente —contestó Rasek—. El sistema desintegra sus señales de radar, lo mismo que hace con la luz. Simplemente, “no nos ven”. Ni con las máquinas, ni con los ojos.

—Pero estás ahí. ¿Qué ocurre si un avión se da contigo? —dijo Eduardo.

—No puede chocar, Eduardo —contestó Alfredo— porque lo atravesaría, ¿no es así?

Rasek asentía.

—Así es. Si algo fuera a colisionar con la nave, sería desintegrado e integrado por el lado contrario. No sé si la palabra “atravesar” es la más correcta, pero... sí, ocurriría algo parecido.

Tanto Alfredo como Silvia y Eduardo parecían intentar comprender cómo podía existir algo semejante.

—¿Queréis ver cómo funciona? —preguntó Rasek.

Los tres movieron la cabeza con rapidez de arriba a abajo, abriendo los ojos.

Entonces la nave, que continuaba detenida a unos trescientos kilómetros de altura, comenzó a moverse hacia abajo. Primero lentamente, después más y más rápido, aunque no se apreciaba en gran medida. Se movía a una velocidad lo suficientemente "lenta" como para que todos pudieran ver por dónde iban y hacia dónde, aunque al menos se desplazaban a diez mil kilómetros por hora.

La superficie del planeta comenzaba a acercarse con rapidez. Estaban más cerca del suelo, y por eso se notaba con mayor claridad la velocidad que llevaban.

Veinte mil kilómetros por hora.

Nadie era capaz ni siquiera de abrir la boca. El suelo se acercaba ahora a una velocidad vertiginosa. Sabían que la nave podía detenerse bruscamente, pero llegaban con tal rapidez...

De pronto, se hundieron en el suelo. Se pudo oír un gemido ahogado. Y antes de que nadie pudiera darse cuenta, la nave salió por el otro lado del planeta, continuando su trayectoria hasta encontrarse a diez mil metros de altitud, donde se detuvo.

—¿Os ha gustado? —preguntó Rasek.

Durante unos instantes, nadie le contestó. Fue Eduardo el primero en poder decir algo.

—Vaya...

—Lo mismo digo —dijo Silvia—. Ahora entiendo cómo podía desplazarse así bajo el mar.

—Impresionante —dijo Alfredo—. Se desplaza a través de sólidos como si nada.

—Yo —dijo Fernando recordando su encuentro pasado con Rasek— ... yo ya lo había visto. Pero no lo recordaba.

—Bueno —dijo Rasek—. Tiempo habrá para más. Ahora, de momento, nos dirigimos a... *casa*.

En unos segundos dieron una vuelta alrededor del planeta y entraron en el océano a tal velocidad que esta vez ni siquiera tuvieron tiempo de asustarse por la visión de la caída. Llegaron a una especie de gigantesco espejo que a Silvia le resultó familiar. Una parte de aquella pared se movió para dejar un espacio abierto por donde entraron. Una vez allí, vieron cómo esa especie de puerta se cerraba de nuevo, quedando la superficie como si realmente fuera una pared compacta, de una sola pieza. “Algo” los levantó de los asientos y éstos desaparecieron. La plataforma sobre la que estaban, que ahora podía verse de nuevo, comenzó a descender. Al llegar al suelo, y una vez que todos habían bajado de ella, subió otra vez hasta la reluciente nave, que se quedó allí “flotando”.

—Bienvenidos a Artkle —dijo Rasek señalando con la mano hacia una puerta por donde salir de aquella especie de hangar.

—Creo... creo que ya haré preguntas más adelante, y poco a poco —dijo Alfredo todavía mirando hacia donde se había cerrado aquella puerta por la que hacía poco habían entrado desde el mar, y cuya existencia no se dejaba notar. O quizá es que no existía.

—Bueno... —dijo Laura mirando a Rasek—, yo creo que habría que enseñar un poco el lugar a nuestros invitados, ¿no?

—De tu mano está —consintió éste.

Se dirigieron hacia la casa de Laura, para lo que tuvieron que utilizar varias estaciones. “Más adelante... y poco a poco —se repitió Alfredo para sí en voz alta.” Una vez que hubieron visto la casa, los llevaron a conocer diferentes lugares, tal como hicieron con Silvia en su momento.

Después de ver varios lagos, paisajes, el escáner central, y el sistema de alimentación, regresaron a casa para ver el sistema médico y para comer algo.

Allí aparecieron una mesa y unos asientos de ningún lugar. También un montón de comida ya preparada y cocinada.

Comieron sin hablar demasiado, y ya al final, cuando todos acabaron y se separaron un poco de la mesa, se quedaron mirando entre sí.

—Demasiada información en poco tiempo, ¿verdad? —dijo Laura. Alfredo y Eduardo asintieron con la cabeza—. Es lógico. Nos pasa a todos cuando venimos por primera vez.

—Lo curioso es que ya me lo había contado Silvia —dijo Alfredo—, pero oírlo y verlo no tiene nada que ver. Es... impresionante.

Silvia se echó a reír y miró a su madre, que también rio.

—Por lo menos —dijo— no ha dicho “increíble”, como yo.

—¿Eso dijiste? —preguntó Alfredo con ingenuidad.

—Continuamente. Aunque lo cierto es que tú llevas la razón. Impresiona, pero sí puede creerse.

Ahora fue Alfredo el que se echó a reír, contagiando a todos los demás.

—Bueno —dijo Silvia al cabo de un rato cambiando de tono—, ¿tenéis alguna idea de cómo vamos a hacerlo?

—¿El qué? —preguntó Rasek.

—Pues... no sé. Solucionar las cosas... allá arriba.

—¿A qué te refieres? —preguntó Laura.

—A los papeleos... ¿por qué dejar las cosas sin más? No sé... la casa, el dinero... alguien se podría beneficiar de ello. Si no,...

—No creo que lo hayas entendido del todo, Silvia —le interrumpió su madre.

—¿Qué quieres decir? —preguntó sorprendida.

—Nosotros, tu padre y yo, estamos... *muertos* —sonrió—. Para efectos, ya no existimos. Pero tú... vosotros...

—¿Estás diciendo que no podemos quedarnos a vivir aquí? No entiendo...

—Claro que podéis. Pero eso no quiere decir que renunciéis a vuestra vida actual. Esto estará igualmente aquí más adelante.

—O sea, que si lo he entendido bien, hemos de vivir fuera hasta que... “nos muramos”, igual que vosotros.

—No —intervino Rasek—. Lo que tu madre quiere decir es que podéis continuar con vuestra vida con total normalidad, y venir aquí cuando os apetezca.

—Nosotros —dijo Laura— seguiremos aquí, pero nos veremos con la frecuencia que queramos.

—Y si deseáis viajar, sólo tenéis que “decirlo”. Os puedo llevar a donde queráis —añadió Rasek.

—Entonces... yo... ¿tampoco puedo quedarme? —dijo Eduardo.

—No estáis entendiendo —dijo Rasek—. Sí os podéis quedar. No obstante, permíteme que te haga una pregunta.

—Dime.

—¿Falta algo en tu vida? —le preguntó Rasek directamente.

—No... no lo sé. La verdad es que nunca me he planteado...

—Pues plantéatelo —le cortó con seriedad—, no vengas aquí para conseguir aquello que te falta como persona. No lo encontrarás. Has de estar completo para disfrutar de una vida plena. ¿Comprendes la diferencia?

Por un momento reinó el silencio.

—Si personalmente no te sientes completo —continuó Rasek—, ¿para qué quieres una vida inagotable? Se te haría “eterna”, pero en el mal sentido de la palabra.

En apariencia, Rasek estaba echando de aquel lugar a Eduardo, pero aquellos que ya lo conocían algo mejor, sabían que lo único que estaba haciendo era ayudarle a que se desarrollara mejor como persona. Como ser vivo. A que encontrara la satisfacción y la felicidad en sí mismo. No fuera de él. Como persona. No en un lugar.

Eduardo reflexionó en silencio.

—Pero nos veremos de cuando en cuando, ¿no? —dijo al cabo de un rato mirando a Fernando.

—¿Eso quiere decir que no te quedas? —le preguntó Fernando.

—Creo —dijo dudando después de pensarlo—... creo que Rasek tiene razón. Me encontraré a mí mismo... ¡por mi cuenta! Hay facetas de mi cuerpo y de mi vida a las que hasta ahora no he prestado ninguna atención. Quizá tenga que aprender a vivir más conmigo y para mí... y en ese momento esté preparado para venir y quedarme.

—Me parece una decisión estupenda —dijo Rasek—, pero Artkle no requiere un examen de entrada. Puedes estar donde te apetezca: aquí, arriba, yendo y viniendo... lo que yo te he dicho es que no creas que por el sólo hecho de quedarte aquí serás feliz.

—Gracias —dijo Eduardo.

—Puedes llamarnos cuando quieras —le contestó Laura.

—¿Llamaros? ¿Cómo?

—Utiliza la meditación. Has de estar calmado y centrado en lo que quieres. Visualizar y desear con fuerza, pero manteniéndote sereno y tranquilo.

—Así es como Fernando me “avisó” de lo que le sucedía a Silvia en el batiscafo —dijo Rasek.

—¿Que yo te avisé? —intervino sorprendido Fernando mirando a Rasek.

—¿Crees que fue casualidad que Jesús pasara por allí?

—Pues... hasta ahora, sí.

—¿Podría decirse que crees en las casualidades, entonces? —preguntó Rasek algo irónico.

—Pues... sí...

—Presta atención entonces a lo que voy a decirte. Si crees en ellas, utilízalas, manipúlalas, porque tú puedes *crearlas*.

—¿Yo? ¿Yo puedo *crear* una casualidad? —preguntó incrédulo.

—Sí.

—Interesante punto de vista —dijo Eduardo—. Practicaré.

—Notarás los resultados —se limitó a decir Rasek mirándole.

Después de una conversación bastante larga y animada, Eduardo fue llevado a su casa, y también Silvia y Alfredo.

Era de noche cuando la nave descendió suavemente sobre el terreno que a partir de ahora pertenecería a Silvia. Una vez detenidos, la plataforma bajó hasta el suelo. Fue un momento emotivo, como cuando alguien se despide de un ser querido al que sabe que no verá en mucho tiempo, aunque no era el caso. Se dieron besos, abrazos, y se alargó algo más de lo necesario. Cuando Fernando, Laura, y Rasek ascendieron de nuevo a la nave para marcharse, Alfredo y Silvia levantaron sus manos a modo de despedida. Sabían que podían verlos, aunque ellos tan sólo distinguían una especie de fluctuación en el aire, que desapareció en unos segundos. Entraron, cogidos de la mano, en la casa, donde todo estaba perfectamente recogido.

Alfredo se dirigió a los armarios y los abrió.

—¿Qué haces? —le preguntó Silvia.

—Está todo aquí... en su sitio.

—¿Y qué esperabas?

—La verdad es que esperaba esto, pero me resulta tan extraño...

Se quedaron un momento en silencio, en el que Silvia mostraba tristeza.

Parecía pensar. Recordar. Imaginar...

—¿En qué piensas? —le preguntó Alfredo.

—Pues... —Silvia tardó en responder— ... en que todo está muy claro, ¿pero nos podremos ver cuando queramos realmente? Quiero decir... sí, ellos, cuando quieran, vendrán. Pero nosotros..., ¿sabremos llamarlos?

—Creo —dijo Alfredo alentador—... que eso es parte de nuestro aprendizaje. Y que cuando realmente lo deseemos conseguiremos hacerlo.

Alfredo se acercó hasta ella.

—¿Y sabes otra cosa? —añadió cogiéndole la cara entre sus manos y mirándola con el mayor cariño que nadie se pueda imaginar.

—¿Qué? —preguntó Silvia con los ojos relucientes.

—Que desde que te vi por primera vez en mi despacho... ¿te acuerdas?

Silvia asentía, emocionada.

—Pues desde aquel momento, tuve la extraña sensación de que contigo... conocería el Paraíso.